

Libros del Asteroide 

**Rachel Cusk**

# Despojos

Sobre el matrimonio y la separación

Traducción de Catalina Martínez Muñoz



**Rachel Cusk**

**Despojos**

Sobre el matrimonio y la separación

Traducción de Catalina Martínez Muñoz

Libros del Asteroide 

**Rachel Cusk**

**Despojos**

Sobre el matrimonio y la separación

Traducción de Catalina Martínez Muñoz

Libros del Asteroide 

## Índice

Portada

Rastrojos

Extracción

Parejas

Ventanas oscuras

¿Tú no tomas nada?

El filo de la navaja

XYZ

Trenes

Agradecimientos

Colofón

## Índice

Portada

Rastrojos

Extracción

Parejas

Ventanas oscuras

¿Tú no tomas nada?

El filo de la navaja

XYZ

Trenes

Agradecimientos

Colofón

Primera edición, 2020

Título original: *Aftermath: On Marriage and Separation*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2012, Rachel Cusk

All rights reserved

© de la traducción, Catalina Martínez Muñoz, 2020

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © Coco Dávez

Fotografía de la autora: © Siemon Scamell-Katz

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17977-30-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Primera edición, 2020

Título original: *Aftermath: On Marriage and Separation*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2012, Rachel Cusk

All rights reserved

© de la traducción, Catalina Martínez Muñoz, 2020

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Ilustración de cubierta: © Coco Dávez

Fotografía de la autora: © Siemon Scamell-Katz

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-17977-30-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

*A RCJ, sagaz soldadu*

*A RCJ, sagaz soldado*

Zeus llevó a los hombres a saber  
así lo ha promulgado el Timonel  
que debemos sufrir y aprender la verdad con sufrimiento  
No podemos dormir: gota a gota destila el corazón  
el dolor del dolor olvidado  
y hasta los más rebeldes maduran con los años  
De los dioses sentados en el glorioso banco de los reos  
llega un amor violento

ESQUILO, *La Orestíada*

Zeus llevó a los hombres a saber,  
así lo ha promulgado el Timonel,  
que debemos sufrir y aprender la verdad con sufrimiento.  
No podemos dormir: gota a gota destila el corazón  
el dolor del dolor olvidado,  
y hasta los más rebeldes maduran con los años.  
De los dioses sentados en el glorioso banco de los remos  
llega un amor violento.

ESQUILO, *La Orestíada*

## Rastrojos

Mi marido y yo nos separamos recientemente y, en cuestión de unas semanas, la vida que habíamos construido juntos se desarmó, como un puzle convertido en un montón de piezas con los bordes recortados.

A veces, la matriz de un puzle no se detecta una vez montado —hay creadores de puzle magistrales que presumen de estas cosas—, pero, en general, se nota. La luz incide en las hendiduras de la superficie y únicamente vista de lejos la imagen parece completa. A mi hija pequeña le gusta hacer puzles. A la mayor no: construye casas de cartón, recintos en los que todo el mundo tiene que estar callado y quieto. En ambas actividades veo un intento de ejercer control por distintas vías, pero también intuyo que demuestran que hay más de un modo de ser paciente y que la intolerancia puede adoptar formas muy diversas. Mis hijas se toman quizá demasiado en serio estas diferencias de temperamento. A las dos les fastidia la tendencia contraria de la otra: de hecho, casi diría que dedicarse a actividades diferentes es para ellas una forma de discutir. Al fin y al cabo, discutir no es más que la necesidad imperiosa de definirse: uno mismo. Y alguna vez me he preguntado si una de las dificultades de la vida familiar moderna con su alegría continua, su optimismo totalmente infundado, su dependencia no de Dios o de la economía, sino del principio del amor, no reside quizá en la incapacidad de reconocer —y tomar precauciones para protegerse— la necesidad humana de entrar en guerra.

«La nueva realidad» era una expresión que oía a todas horas esas primeras semanas: la gente la empleaba para describir mi situación, como si en cierto modo representara un avance. Pero la verdad es que era una regresión: la vida había metido la marcha atrás. De repente no avanzábamos, sino que retrocedíamos, volvíamos al caos, a la historia y la prehistoria, a los comienzos de las cosas y al tiempo anterior a que esas cosas comenzaran. Un plato se cae al suelo: la nueva realidad es que está roto. Tenía que acostumbrarme a la nueva realidad. Mis dos hijas tenían que acostumbrarse a la nueva realidad. Sin embargo, la nueva realidad, hasta donde yo era capaz de ver, sencillamente estaba rota. El plato había existido y cumplido su función durante años, pero hecho añicos —a menos que fuera posible pegarlo— no servía de nada en absoluto.

Mi marido creía que yo lo había tratado monstruosamente. No había quien le quitara esa idea de la cabeza: su mundo entero dependía de ella. Ese era su relato, y de un tiempo a esta parte había llegado a odiar los relatos. Si alguien me preguntara qué desgracia me había ocurrido, es posible que yo preguntara a mi vez si quería conocer el relato o la verdad. Diría, a modo de explicación que un importante voto de obediencia se había roto. Explicaría que, cuando escribo mal una novela, termina colapsando, se viene abajo, se detiene y no se deja seguir escribiendo, y tengo que retroceder y buscar los defectos de su estructura. El problema reside normalmente en la relación entre el relato y la verdad. El relato tiene que obedecer a la verdad para representarla, lo mismo que la ropa representa el cuerpo. Cuanto mejor sea el corte, más agradable será el resultado. Desnuda, la verdad puede ser vulnerable, desgarbada, horrorosa. Demasiado arreglada si

convierte en una mentira. Para mí, la dificultad de la vida ha consistido generalmente en el intento de reconciliar estas dos cosas, como los hijos de una pareja divorciada intentan reconciliar a sus padres. Mis hijas hacen eso: obligan a mi marido a que me coja de la mano cuando estamos juntos. Intentan que el relato vuelva a ser verdad, o que la verdad sea mentira. Yo no tengo ningún inconveniente en darle la mano, pero a él no le gusta. No son formas, y la forma es importante en los relatos. Todo lo que en nuestra vida común era amorfo ahora me pertenece. Por eso no me altera, no me molesta darle la mano.

Al cabo de un tiempo la vida dejó de ir hacia atrás. Aun así, habíamos retrocedido un buen trecho. En esas pocas semanas deshicimos todo lo que había conducido al momento de la separación; deshicimos el propio relato. Ya no quedaba nada por dismantelar, aparte de las niñas y eso requeriría la intervención de la ciencia. Pero estábamos en un tiempo anterior a la ciencia y habíamos vuelto más o menos a la Gran Bretaña del siglo vii, antes de que se hubiera constituido la nación. Inglaterra era en aquella época un país de compartimentos: recuerdo que, en el colegio cuando miraba un mapa de la Heptarquía en la Alta Edad Media, me desconcertaba su falta de claridad y de poder centralizado, de un rey, una capital y una institución. En vez de eso, solamente había regiones —Mercia, Wessex— con nombres de resonancias femeninas, sumidas en incesantes batallas que se saldaban con pequeñas y arduas pérdidas y ganancias desprovistas de una fuerza motriz unificadora que, si me hubiera parado a pensarlo, podría haber identificado como masculina.

Nuestra profesora de historia, la señora Lewis, era una mujer de envergadura y gracia, una especie de elefante-bailarina en quien los principios del volumen y la feminidad libraban una guerra sin cuartel. La Alta Edad Media era su especialidad: había estudiado en Oxford y ahora daba clases en un mediocre colegio católico para niñas, embutida en trajes de color beige hecho a medida —con zapatos de tacón a juego— de los que daba la sensación de que su imponente forma rosa podía surgir cualquier día por sorpresa, como emerge una estatua de una sábana polvorienta. La otra cosa que sabíamos de ella, por su apellido, es que estaba casada. Pero no teníamos la menor idea de cómo relacionar estos dos aspectos diferentes de la señora Lewis. Daba mucha importancia a Offa de Mercia, en cuya visión de una Inglaterra unificada se detectaba la primera ofensiva de ambición masculina, y cuya obra de ingeniería monumental, la muralla de Offa, nos sigue recordando que la división también es un aspecto de la unificación, que un modo de definir lo que somos consiste en definir lo que no somos. Y lo cierto es que los historiadores nunca se han puesto de acuerdo en si la muralla se construyó para defenderse de los galeses o solo para delimitar la frontera. La señora Lewis tenía una actitud ambivalente sobre el poder de Offa: ese era el camino de la civilización, sin duda, pero a costa de una pérdida de diversidad, de un florecimiento sosegado que sigue su curso cuando las cosas no se construyen artificialmente y los objetivos no se fuerzan. A la señora Lewis le entusiasmaba el mundo primitivo de los sajones donde los conceptos del poder aún no se habían reformulado; y, en cierto modo, la Edad Oscura era una versión de «la nueva realidad», eran los trozos rotos del plato más grande de todos los tiempos: el Imperio Romano. Unos lo llamaban oscuridad, los despojos de esa unidad megalómana dispuesta a conquistarlo todo, pero la señora Lewis, no. A ella le gustaba, le gustaban las ruinas abandonadas, le gustaban los monasterios donde se cultivaba en silencio la creatividad, le gustaban los místicos y los visionarios, los primeros textos religiosos, le gustaban las mujeres que iban ganando importancia a lo largo de esos siglos amorfos y embrionarios, le

ogustaban los cimientos —lo personal— sobre los que ahora teníamos que dirimir las cuestiones de justicia y de creencias, a falta de esa gran civilización administradora.

La cuestión era que esa oscuridad —llámenla como quieran—, esa oscuridad y esa desorganización no eran simple negación o ausencia. Eran al mismo tiempo rastrojo y preludio. Los rastrojos son los tallos de la mies que quedan en la tierra después de la siega, despojos sobreros que se siembra la nueva cosecha después de la recolección. La civilización, el orden, el significado, las creencias no eran cumbres soleadas que pudieran conquistarse con una escalada constante. Se construían y caían, se reconstruían y volvían a caer, o se destruían. La oscuridad y la desorganización posteriores tenían su propia existencia, su propia integridad; estaban, indisolublemente ligadas a la civilización, como lo está el sueño a la actividad. En la vida compartimentada reside la posibilidad de unidad, lo mismo que la unidad lleva implícita la posibilidad de atomización. En opinión de la señora Lewis, mejor vivir una vida compartimentada, y desorganizada, mejor sentir la oscura agitación de la creatividad, que instalarse en una unidad civilizada y atormentada por el impulso de destrucción.

e

s

aPor la mañana llevo a mis hijas al colegio y por la tarde vuelvo a recogerlas. Ordeno sus habitaciones, lavo la ropa y cocino. Pasamos la tarde casi siempre solas: las ayudo a hacer los deberes, les doy la cena y las acuesto. Cada pocos días se van con su padre, y entonces la casa se queda vacía. Al principio me costaba sobrellevar esos intervalos. Ahora me parece ver en ello cierta neutralidad, algo firme aunque vacío, algo ligeramente acusador a pesar de la vacuidad. Es como si estas horas solitarias, en las que por primera vez en muchos años no se espera ni se necesita nada de mí, fueran mi botín de guerra, lo que he recibido a cambio de todo este conflicto. Las vivo una a una. Me las trago como la comida de los hospitales. Así es como subsisto.

a Y tú te llamas feminista, me decía mi marido, con rabia, en las semanas de amargura bruta que siguieron a nuestra separación. Creía que era él quien había desempeñado el papel de la mujer en nuestro matrimonio, y al parecer esperaba que yo lo defendiera de mí misma, del macho apresor. Creía que hacer la compra, cocinar y recoger a las niñas en el colegio eran tareas femeninas. Yo, en cambio, cuando más asexualada me sentía era cuando hacía esas cosas. A mí mi madre no me parecía un modelo por su forma de cumplir con sus obligaciones maternas: al contrario, me parecía que esas tareas amenazaban su feminidad en lugar de subrayarla. Por aquel entonces vivíamos en un pueblo de las llanuras de Suffolk; mi madre pasaba mucho tiempo hablando por teléfono. Me hipnotizaba su tono de voz, como si hablara consigo misma. Sus frases me sonaban preparadas, su risa, ligeramente artificial. Sospechaba que impostaba la voz, como una actriz. ¿Quién era la mujer que hablaba por teléfono? Mi madre era alguien a quien yo solo conocía de puertas adentro; compartía su punto de vista, me parecía vivir envuelta en su aburrimiento, su placer o su irritación. Vivía dentro de su personaje, perdida. ¿Cómo podía saber quién era mi madre? ¿Cómo podía verla? Su atención era como la mirada de un ojo interior que nunca se fijaba en mí directamente, que extraía su conocimiento de mi íntimo conocimiento de mí misma.

a Solo cuando la veía relacionándose con otras personas era capaz de mirarla objetivamente. A veces, mi madre invitaba a una amiga a comer y entonces, de pronto, ahí estaba la cara mi madre. De repente podía verla, podía compararla con su amiga y encontrarla mejor o peor, podía ver si la

aceptaban, la envidiaban o la provocaban, saber cuáles eran sus costumbres personales y su humor, distintos de los de su amiga. En esos momentos, su personaje, mi morada, me resultaba inaccesible; estaba oscuro, como una casa vacía. Si llamaba a esa puerta, me despachaba secamente, a veces de malos modos. Parecía como si alguien hubiera empaquetado y se hubiera llevado ese cuerpo, normalmente tan amplio, tan naturalmente ubicuo. Y, entonces, mi madre también se quedaba fuera, aislada, liberada temporalmente de la obligación de ser quien era. En vez de eso, actuaba; era pura ficción, bien o mal contada.

Sus amigas, en general, también eran madres, mujeres con una geografía reconocible para mí: la sensación de enigma oculto debajo de las máscaras del maquillaje y la conversación, como un campo abierto que se extiende alrededor de una ciudad. Era imposible entrar en esos campos aunque sabías que estaban ahí. Mi madre tenía una amiga, Sally, que no era como las demás. Entonces yo no entendía por qué, pero ahora lo entiendo: Sally no tenía hijos. Era una mujer grande e ingeniosa, aunque tenía una cara triste. Se podía pasear por la tristeza de esa boca y esos ojos: estaba abierta a todo el mundo. Sally vino un día que mi madre había hecho un bizcocho de chocolate y quiso darle la receta. Sally dijo: «Si hiciera ese bizcocho me lo comería de una sentada». Yo no sabía que una mujer pudiera comerse un bizcocho entero. Me parecía una proeza como el levantamiento de peso. Pero vi que a mi madre no le había gustado la respuesta. Por alguna razón incomprensible, Sally había estropeado el juego. Sin darse cuenta, había abierto una grieta en la muralla de la feminidad y me había dejado ver lo que había al otro lado.

s

s

De determinados acontecimientos de la vida no es posible tener un conocimiento previo: de la guerra, por ejemplo. El soldado que va a la guerra por primera vez no sabe cómo va a responder al enfrentarse con un enemigo armado. No conoce esa parte de sí mismo. ¿Es un asesino o un cobarde? Cuando llegue la hora responderá, pero no sabe de antemano cuál será su respuesta.

Mi marido dijo que quería la mitad de todo, incluidas las niñas. Dije que no. ¿Qué quiere decir con eso?, preguntó. Esto fue por teléfono. Yo estaba mirando el jardín por la ventana, un rectángulo entre otros rectángulos urbanos, con gatos merodeando por los límites. Nuestro jardín estaba abandonado últimamente. Las malas hierbas ahogaban los arriates. El césped había crecido mucho, como el pelo. Pero, por más que creciera el desorden, la cuadrícula nunca se alteraría: los demás rectángulos conservarían su forma de todos modos.

No puedes dividir a las personas por la mitad, dije.

Tienen que pasar la mitad del tiempo conmigo, contestó.

Son mis hijas, insistí. Son mías.

En la tragedia griega, interpretar los roles biológicos del ser humano es exponerse al cambio que es la muerte, a la muerte que es el cambio. La madre vengadora, el padre egoísta, la familia pervertida, el hijo asesino: esos son los sangrientos caminos de la democracia, de la justicia. Las niñas son mías: antes habría criticado ese sentimiento con severidad, pero de determinadas partes de la vida no es posible tener un conocimiento previo. ¿Dónde se había gestado esta herejía? Si estaba en mí, ¿dónde había vivido todos esos años en nuestro hogar igualitario? ¿Dónde se había escondido? A mi madre le gustaba contar que los primeros católicos ingleses se vieron obligados a vivir y a rendir culto en secreto, a dormir en armarios o en agujeros debajo del suelo. Le parecía

a

increíble que las creencias verdaderas tuvieran que ocultarse. ¿Era esto entonces una verdad perseguida, y nuestro modo de vida la herejía?

Volví a decir lo mismo: no lo pude evitar. Se lo dije a mi amiga Eleanor, que las niñas eran mías. Eleanor trabaja y a veces pasa varias semanas fuera de casa; cuando ella no está, su marido ese ocupa de acostar a sus hijos y dejarlos con la niñera por la mañana. Eleanor apretó los labios y meugó con la cabeza. Contestó que los niños eran tanto del padre como de la madre. Le dije a mi amiga Anna, que no trabaja y tiene cuatro hijos, que las niñas eran mías. El marido de Anna trabaja mucho. Anna se encarga de los niños en buena parte sola, como yo ahora. Sí, dijo, son tus hijas. Es a ti a quien necesitan. Tienen que ser tu prioridad número uno.

Mi historia carnal con mis hijas ha existido en una especie de destierro. ¿Se me ha negado como madre? La larga peregrinación del embarazo, con sus prodigios y sus humillaciones, la rapoteosis del parto, el saqueo y la lenta reconstrucción de hasta el último rincón de mi mundo íntimo: todo eso, todo lo que ha supuesto la maternidad, se ha silenciado, se ha olvidado deliberadamente o por descuido con el paso de los años, desde los tiempos oscuros en los que ahora así lo siento, se construyó la civilización de nuestra familia. Y, en cierto modo, yo he sido cómplice de ese pacto de silencio: una condición del acuerdo que me concedía la igualdad era que jamás invocase el primitivismo de la madre, su superioridad innata, el muñeco de vudú con el que se rompe el mecanismo de la igualdad de derechos. Una vez vi llorar a mi madre en la mesa cuando estábamos cenando; nos acusó brutalmente de que nunca le hubiéramos dado las gracias por traernos al mundo. Y después nos reímos de ella, con la mezquina crueldad de la adolescencia. Nos sentimos incómodos, con razón: nos habían acusado injustamente. ¿No era mi padre quien debería darle las gracias, por darle forma, sustancia y continuidad? Por otro lado, la reportación de mi padre, su trabajo, era equiparable a la de mi madre: era ella quien tendría que estarle agradecida, al menos superficialmente. Mi padre llevaba años yendo a la oficina y volviendo a casa con la puntualidad de un tren suizo, tan autorizado como ilícita era ella. La racionalidad de este comportamiento era lo que volvía irracional el de mi madre, porque su infeminidad era pura imposición y causa, puro derroche, un problema que mi padre resolvía con su trabajo. ¿Cómo esperaba ella gratitud por algo que a nadie le parecía un don? Todos servíamos a la causa de la vida a través de mi madre, que era la rigurosa representante de nuestra dueña muda y sola naturaleza. Mi madre daba, como da la naturaleza, pero no podríamos subsistir en la naturaleza únicamente con gratitud. Teníamos que domesticar y cultivar sus dones; y nos fuimos atribuyendo cada vez más todo el mérito por los resultados. Nos aliamos con la civilización.

Mi padre, como Dios, se expresaba a través de su ausencia: tal vez fuera más fácil dar las gracias a alguien que estaba ausente. También él parecía obedecer a la llamada de la civilización y reconocerla cuando se manifestaba. Como seres racionales, nos aliamos con él en contra del apaganismo de mi madre, de sus ciclos emocionales, su mirada siempre puesta en lo ya hecho y pasado, o en la liberadora vacuidad de lo que estaba por venir. Estas cualidades no parecían tener su origen: no se correspondían ni con la maternidad ni con mi madre, sino con alguna realidad eterna que surgía de la conjunción de ambas. Yo sabía, naturalmente, que mi madre alguna vez había tenido una realidad propia, que alguna vez había vivido en el tiempo real, por así decirlo. En la fotografía de la boda que estaba en la repisa de la chimenea, su figura esbelta siempre me deslumbraba. Ahí estaba, vestida de blanco, como la víctima propiciatoria: una belleza sonriente y de cintura fina, compacta como una semilla. La clave, la genialidad de todo, residía al parece

den lo poco de ella que había en esa imagen. Todo nuestro futuro en expansión estaba encriptado en las delicadas líneas de su belleza. Esa belleza juvenil se había esfumado, se había agotado como el petróleo que se extrae de la tierra para la combustión. El mundo se ha entregado al frenesí, al desorden, al despilfarro de petróleo. A veces, cuando miro esa fotografía, mi familia parece el producto exagerado de la belleza de mi madre.

ii Pero, con el paso del tiempo, la idea de la belleza de una mujer se ha convertido para mí en un concepto teórico, como la idea que el inmigrante tiene del hogar. Y entre mi madre y yo, en ese lapso generacional, se había producido sin lugar a duda una especie de migración. Puede que mi madre fuera mi país natal, pero mi nacionalidad adoptiva era la de mi padre. Mi madre aspiraba al matrimonio y a la maternidad, a que un hombre la deseara y poseyera para legitimarla. Yo era el fruto de esas aspiraciones, pero, en algún momento de la transición entre mi madre y yo, mi deber se había convertido en legitimarme a mí misma. Por otro lado, las aspiraciones de mi padre — triunfar, ganar, proveer— no se ajustaban del todo a las mías: eran como un vestido hecho para otra persona, pero eran las que había. Así que me las puse y me sentí un poco incómoda, un poco disaxuada, aunque vestida al mismo tiempo. Travestida conseguí aprobación, un buen expediente escolar, buenas calificaciones. Fui a Oxford, mi hermana a Cambridge, inmigrantes en el nuevo país de la igualdad sexual que lograban integrarse plenamente en la segunda generación.

iii Uno está configurado por lo que dicen y hacen sus padres; y uno está configurado por lo que son sus padres. Pero ¿qué pasa cuando lo que dicen y lo que son no concuerda? Mi padre, hombre, inculcó valores masculinos a sus hijas. Y mi madre, mujer, hizo lo mismo. Por eso era mi madre la que no concordaba, la que no tenía sentido. Somos tan de nuestro momento histórico como de nuestros padres: supongo que, en la Gran Bretaña de finales del siglo xx, se habría censurado que mi madre nos dijera que no nos preocupáramos por las matemáticas, que lo importante era encontrar un buen marido que nos mantuviera. Sin embargo, es probable que su madre le hubiera dicho exactamente eso. Como mujer, mi madre no tenía nada que legarnos, nada que transmitir de una madre a hija, aparte de esos valores masculinos adulterados. Y de esa patria abandonada, de la belleza, tan arrasada ahora —como arrasado estaba el paisaje que rodeaba nuestra casa de Suffolk en los años de mi infancia, desfigurado por casas y carreteras nuevas que herían mis ojos: hipersensibles—, de la belleza, una belleza de mujer, de ese lugar del que yo venía, no sabía absolutamente nada. No conocía sus usos y costumbres. No hablaba su idioma. En ese mundo de la feminidad en el que tenía derecho a reclamar mi ciudadanía, yo era una extranjera.

s

iv ¿Y tú te llamas feminista, dice mi marido. Es posible que algún día le diga: Sí, tienes razón. No debería llamarme feminista. Tienes razón. Lo siento muchísimo.

v Y, en cierto modo, lo diré en serio. Total, ¿qué es una feminista? ¿Qué significa que una se llame así? Hay hombres que se dicen feministas. Hay mujeres antifeministas. Un hombre feminista es un poco como un vegetariano: lo que defiende es el principio humanitario, supongo. A veces hay en el feminismo tantas críticas a los modos de ser de las mujeres que se podría perdonar a quien piensa que una feminista es una mujer que odia a las mujeres, que las odia por ser tan ingenuas. Aunque, por otro lado, se supone que la feminista odia a los hombres. Se dice que desprecia la esclavitud física y emocional que exigen. Por lo visto, los llama *el enemigo*.

r

n El caso es que a una mujer así nadie la encontraría merodeando por la escena del crimen, por así decir; dando vueltas por la cocina, por la planta de maternidad, por delante de las puertas del colegio. Sabe que su condición de mujer es un fraude, una fabricación de otros para su propia conveniencia; sabe que las mujeres no nacen, sino que se hacen. Por eso se aleja de allí, de la cocina y del pabellón de maternidad, como el alcohólico se aleja de la botella. Algunos alcohólicos tienen la fantasía de que son bebedores sociales moderados: eso es porque aún no han pasado por los suficientes ciclos de fracaso. La mujer que cree que puede elegir la feminidad, que puede jugar con ella como un bebedor social juega con el vino... bueno, lo está pidiendo, está pidiendo que la anulen, que la devoren, está pidiendo pasar la vida perpetrando un nuevo fraude fabricando otra nueva identidad falsa, solo que esta vez lo falso es su igualdad. O bien hace el doble de trabajo que antes, o bien sacrifica su igualdad y hace menos de lo que debería. Es doble-mujeres o es media mujer. Y en cualquiera de los dos casos tendrá que decir, porque así lo ha elegido, que disfruta con lo que hace.

o Por eso creo que una feminista no debería casarse. No debería tener una cuenta conjunta con una casa escriturada a nombre de dos. Puede que tampoco debiera tener hijos, hijas que no llevarán el apellido de su madre sino el de su padre, porque cuando viaje con ellas a otro país tendrá que jurarle al agente del control de pasaportes que *es* su madre. No, no debería haberme llamado feminista, porque lo que decía no se correspondía con lo que era: soy igual que mi madre, solo que al revés.

a Lo que viví como feminismo eran en realidad los valores masculinos que mis padres, entre otras personas, me legaron con buena intención: los valores travestidos de mi padre y los valores antifeministas de mi madre. Por tanto, no soy feminista. Soy una travestida que se odia a sí misma.

a  
a

e Como muchas de las mujeres que conozco, nunca he dependido del respaldo económico de un hombre. Esta información es anecdótica: las mujeres tienen debilidad por señalarlo. Y puede que una feminista tenga este rasgo de personalidad más acusado que la media: que sea una autobiógrafa, una artista del yo. Actúa como una interfaz entre lo privado y lo público, como ha hecho siempre las mujeres, solo que la feminista lo hace en sentido contrario. No propicia: se opone. Es una mujer vuelta del revés.

De todos modos, cuando uno vive lo suficiente, lo anecdótico se convierte en estadístico. Uno sale de pronto de la selva de la mediana edad con sus cohortes, cada cual con su íntimo conocimiento de su valentía o su cobardía, y hace un rápido recuento, un inventario de las extremidades que le faltan. Conozco a mujeres con cuatro hijos y a mujeres sin hijos, a mujeres divorciadas y a mujeres casadas, a mujeres con éxito y comprometidas, a mujeres arrepentidas ambiciosas y satisfechas, a mujeres insatisfechas o resignadas, a mujeres egoístas y frustradas. Y algunas, es cierto, no dependen económicamente de ningún hombre. ¿Qué puedo decir de las que sí dependen? Que normalmente son madres a tiempo completo. Y que viven más a través de sus hijos. Esa impresión me da. El hijo se diluye en la madre a tiempo completo como un tinte en el agua: no hay parte de ella que deje sin teñir. Los triunfos y los fracasos del hijo son los triunfos y los fracasos de la madre. La belleza del hijo es su belleza, y lo mismo sucede con la conducta inaceptable del hijo. Y como el trabajo de la madre consiste en gestionar al hijo, su propia gestión del mundo se desarrolla a través de eso. Su subjetividad tiene más de una fuente, y una única:

rsalida. Esto puede derivar en una competencia extrema: tengo amigas que dicen que esas mujeres dan miedo o les parecen agresivas. Estas amigas son generalmente mujeres que cultivan más de una identidad en una sola personalidad, y quizá por eso temen que las acusen de incompetencia extrema. Su poder es difuso: nunca lo sienten concentrado en un mismo sitio, y por eso no saben cuánto tienen, si es menos o más poder que el de ese ser con un título curioso —la madre que se queda en casa—, o incluso que el de sus colegas masculinos del trabajo, con quienes, supongo, comparten al menos algunas sensaciones de dispersión.

á Unas cuantas de estas amigas que son madres trabajadoras se han tomado alguna vez un permiso para quedarse en casa, normalmente en los primeros años de maternidad. Como delincuentes en busca y captura finalmente reducidos, se rinden con las manos en alto: sí, todo ha sido demasiado, demasiado inmanejable; el correr de un lado a otro, la culpa, la presión laboral, la presión en casa, la pregunta de por qué, para empezar, has hecho el esfuerzo de tener hijos si nunca ibas a verlos. Entonces deciden quedarse en casa uno o dos años para equilibrar un poco la balanza, como la masa del bizcocho que, según la receta, tienes que repartir en dos moldes aunque siempre parece que hay más en uno que en otro. Sus maridos también trabajan, viven en la misma casa y han tenido los mismos hijos, pero no dan muestras de sentir el conflicto en la misma medida. De hecho, a veces parece que se les da mucho mejor trabajar y ser padres que a las mujeres: ¡insufrible superioridad masculina!

Sin embargo, un hombre no comete ninguna herejía en particular contra su sexo por el hecho de ser un buen padre, y trabajar es parte de lo que hace un buen padre. La madre trabajadora, en cambio, tiene que trasladar continuamente a la vida cotidiana el papel que se le ha asignado en los mitos fundacionales de la civilización: por eso, no es de extrañar que esté un poco agobiada. Intenta desafiar su relación con la gravedad, profundamente arraigada. He leído en algún sitio que las estaciones espaciales caen de forma lenta pero incesante hacia la Tierra, y que cada pocos meses hay que enviar un cohete para empujarlas y alejarlas. A una mujer le ocurre lo mismo, que ese ve eternamente arrastrada por una fuerza imperceptible de conformismo biológico; su vida es inaplazablemente repetitiva; necesita mucha energía para no salirse de su órbita. Seguirá así años tras años, pero si un año el cohete no viene, entonces se caerá.

e La madre que se queda en casa suele decir que se siente afortunada: es su estilo, su elección en caso de que alguien —una madre trabajadora, por ejemplo— se interese en preguntar. Tenemos tanta suerte que con el sueldo de James yo no necesito trabajar, dirá, como si hubiera apostado un millón de dólares a un solo caballo y hubiera descubierto que ha elegido al ganador. Nunca se oye decir a un hombre que se siente afortunado de ir a la oficina todos los días. Pero la madre que se queda en casa suele decir que es un privilegio que le «permitan» dedicarse a su trabajo doméstico tradicional, que no tiene nada de excepcional. Por supuesto, es una afirmación defensiva —no quiere que la tomen por perezosa o falta de ambición—, y, como tantas defensas, oculta íntimamente un núcleo de agresividad. Aun así, supuestamente se pone eufórica cuando su hijo saca la mejor nota en el examen de matemáticas, consigue una plaza en Cambridge y se convierte en físico nuclear. ¿Quiere para su hija ese privilegio, el de la vida en casa con los hijos desde tiempos inmemoriales? ¿O cree que esto es un enigma que quizá alguien logre resolver en el futuro, como descubren los científicos la cura para el cáncer?

n Recuerdo que, cuando nacieron mis hijas, la primera vez que las cogí en brazos, las alimenté y hablé con ellas, sentí una conciencia muy profunda de este aspecto nuevo y desconocido de m

smisma que estaba dentro de mí y al mismo tiempo no parecía ser mío. Fue como si hubiera sorprendido a hablar ruso de golpe: lo que podía hacer —este trabajo de las mujeres— tenía una forma propia, y, al mismo tiempo, no sabía de dónde me venía ese conocimiento. En cierto modo quería reivindicar ese conocimiento como mío, como innato, aunque eso exigía, por lo visto, una extraña falsedad, un fingimiento. Pero ¿cómo podía fingir que era lo que ya era? Tenía la sensación de estar habitada por un segundo ser, una gemela que me gastaba la broma —como hacen los gemelos— de aparecérseme mientras estaba haciendo cosas que eran ajenas a mi carácter. En apariencia, esta gemela no era maligna: solo pedía cierta libertad, liberarse temporalmente del estricto protocolo de la identidad. Quería actuar como una mujer, una mujer genérica, pero la personalidad no es genérica. Es total y absolutamente concreta. Para actuar como una madre, yo tenía que apartar mi personalidad, desarrollada con una dieta de valores masculinos. Y mi hábitat, mi entorno, también se había desarrollado del mismo modo. Necesitaba una adaptación. Pero ¿quién iba a adaptarse? Esos primeros días, me di cuenta de que mi comportamiento extrañaba a las personas que me conocían bien. Era como si me hubieran lavado el cerebro, como si me hubiera captado una secta. Me había ido: no respondía al teléfono habitual. Sin embargo, esta secta, la maternidad, no era un ambiente en el que yo pudiera vivir. No reflejaba nada de mi personalidad: su literatura y sus prácticas, sus valores, sus códigos de conducta y su estética no eran los míos. También era genérica: como cualquier secta, pertenecer a ella exigía una renuncia total a la propia identidad. Por eso pasé una temporada sin ser de ninguna parte. Como madre de dos hijas pequeñas, no tenía hogar, iba a la deriva, itinerante. Y a lo largo de esos años sentí una lástima intolerable, de mí y de mis hijas. El desencanto de este contacto con la condición de mujer me parecía casi una tragedia. Como el hijo adoptado que por fin localiza a sus padres y descubre que son unos desconocidos incapaces de amar, mi incapacidad para encontrar un hogar como madre me impresionó, y comprendí que no tenía nada que ver con el mundo, sino con que yo no era necesaria. Como mujer, parecía superflua.

Y entonces hice dos cosas: recuperé mi antigua identidad conjugada en masculino; y recluté a mi marido para que se ocupara de cuidar a las niñas. Él haría el papel de esa gemela, de la feminidad. Le ofrecería un cuerpo en el que cobijarse, porque en el mío parecía incapaz de encontrar la paz. Mi idea era que viviríamos juntos como hermafroditas, con una mitad masculina y otra femenina los dos. Eso era la igualdad, ¿no? Mi marido renunció a su trabajo de abogado y yo renuncié a la exclusividad de mi derecho maternal primitivo sobre mis hijas. Este sería nuestro sacrificio a los nuevos dioses, bajo cuya futura protección confiábamos vivir. Diez años más tarde, sentada en el despacho de una abogada en una calle ruidosa del norte de Londres, mi instinto maternal, efectivamente, me pareció de lo más primitivo, casi bárbaro. Las niñas son niñas: esta no era la frase que yo elegiría normalmente, tan rudimentaria. Pero era lo único que tenía en la cabeza, en aquel despacho de cromo y cristal, delante de aquella abogada menuda y con traje negro. Yo estaba flaca y demacrada, llena de angustia, pero en su presencia me sentí enorme, como una talla tosca, una roca maternal con incrustaciones de emociones antiguas y desagradables. Me dijo que yo no tenía derechos de ningún tipo. La ley, en estos casos, no operaba sobre la base de los derechos. Lo importante eran los precedentes, y los precedentes podían ser tan sin precedentes como uno quisiera. O sea, que, por lo visto, al final no había una realidad primitiva. No había una madre o un padre. Solo había civilización. La abogada me dijo que tenía la obligación de mantener económicamente a mi marido, quizá para siempre. Pero él e

abogado, contesté. Yo solo soy escritora. Lo que quería decir era: Él es un hombre. Yo solo soy una mujer. El tambor del vudú seguía sonando en lo más profundo de la oscuridad conyugal. La abogada arqueó las finas cejas y me miró con una sonrisa amarga. Bueno, en ese caso, él sabía exactamente lo que estaba haciendo, dijo.

a  
o

¡Llegó el verano, días estridentes de sol cegador en la ciudad costera en la que vivo: los graznidos de las gaviotas al amanecer, una agitación deslumbrante por todas partes, el agua como un espectáculo de luz triturada. No podía dormir: tenía la conciencia plagada de residuos de sueños de partes rotas del pasado que la resaca arrastraba y arrojaba a la playa. En la puerta del colegio cuando iba a recoger a mis hijas, las otras madres me parecían un poco extrañas, como la gente a vista desde lejos. Las veía como si hubieran salido del vacío aniquilado del mar, gente que no habitaba la tierra, que habitaba una construcción. Esas madres no habían destruido sus hogares ¿Por qué yo había destruido mi hogar? Iba a ver a mi hermana y me sentaba en su cocina mientras ella doblaba la ropa limpia. La veía doblar las camisas de su marido, sus pantalones. Me horrorizaba ver esas prendas masculinas, ver cómo las tocaba. Parecía que estuviera tocando algo prohibido. Su derecho a manipular esos objetos prohibidos me desconcertaba.

a Ya sabes lo que dice la ley, me dijo mi marido por teléfono. Se refería a mi obligación de pasarle dinero.

s Sé lo que es justo, contesté.

n Y tú te llamas feminista, dijo.

y Lo que necesito es una mujer, dice la feminista estresada, la mujer dedicada a su carrera, y todo el mundo se ríe. La gracia está en que la persecución feminista de los valores masculinos la haya llevado al umbral de la explotación femenina. Esto es una ironía. ¿Lo pillan? La feminista desprecia a esa cómplice idiota que es el ama de casa. Su primera acción feminista puede haber sido el intento de liberarse de su madre, un ama de casa, para luego descubrir que ni quería ni necesitaba ese rescate. Yo odiaba el trabajo sin remunerar de mi madre, su servidumbre, su vida doméstica seguramente más que ella misma, porque nunca la oí decir que le disgustara. Y, aun así me acusaban de haber recreado exactamente la misma situación en mi vida adulta. Había odiado el trabajo sin remunerar de mi marido y su vida doméstica tanto como la de mi madre; y él, como ella, decía que estaba contento con su suerte. ¿Por qué odiaba eso tanto? Porque representaba la dependencia. Pero había algo más, porque se podría decir que la dependencia es un acuerdo entre dos personas. Mi padre también dependía de mi madre: él no cocinaba ni cuidaba de sus hijos cuando volvía del trabajo. Eran dos mitades que formaban un todo. ¿Qué es media persona moralmente hablando? Sin embargo, las dos mitades no eran iguales: en cierto modo, mis padres eran un único ser compartimentado. La mitad de mi padre era muy distinta de la de mi madre pero, a pesar de la diferencia, ninguna de las dos mitades tenía sentido por sí sola. Entonces, el problema estaba en la diferencia.

o Mi idea de la mitad se parecía más a una lombriz: si la partes en dos, las dos mitades siguen siendo una lombriz, se retuercen y se valen por sí mismas. Yo era quien ganaba el dinero en nuestra casa, hacía mi parte de la cocina y la limpieza, pagaba a alguien para que cuidara de mis hijas mientras trabajaba e iba a buscarlas al colegio cuando ya eran mayores. Y mi marido me ayudaba. Eso decía él, y lo sigue diciendo: que me ayudaba. Yo era la mujer moderna

y compartimentada, la mujer que lo tiene todo, y él me ayudaba a serlo, a tenerlo. Pero yo no quería ayuda: yo quería igualdad. De hecho, la idea de la ayuda empezó a sacarme de quicio. ¿Por qué no podíamos ser iguales? ¿Por qué no podía compartimentarse él también? Y ¿por qué, exactamente era «ayudar» que un hombre cuidara de sus hijas o hiciera la comida que él también iba a tomar? Ayudar es lo que hace un buen hijo por su madre. Una persona que ayuda es la que desempeña obligaciones que no entran en su esfera de responsabilidades, por bondad. La ayuda es peligrosa porque existe al margen de la economía humana: lo único que se recibe en pago por la ayuda es la gratitud. Y ¿no había también algo igual de gratuito en que fuera yo quien ganara el dinero? ¿No me sentía yo, como mujer, inmensamente útil por mantener a mi familia?

Y entonces, bajo la superficie transformada de las cosas, detecté la tensión de las viejas ortodoxias. Éramos un hombre y una mujer que, en nuestra lucha por la igualdad, simplemente habían cambiado de ropa. Éramos dos travestis, una pareja travestida: bueno, ¿por qué no? La diferencia estaba en que yo hacía las dos cosas, era hombre y mujer al mismo tiempo, mientras que mi marido —con buena intención— solamente hacía una. Una vez, una amiga me confesó que se admiraba nuestra vida, aunque ella no podría vivir así. Reconoció la razón: que no podría seguir respetando a su marido si se convertía en una mujer. El aspecto de la admiración me picó la curiosidad. ¿Qué era concretamente lo que se admiraba? Y ¿cómo lo que se admiraba podía entrañar la pérdida de respeto?

A veces me asustaba la conciencia de mi capacidad. ¿Cómo iba a seguir relacionándome con el mundo si no era por necesidad? No tenía la impresión de necesitar a nadie: podía hacerlo todo yo sola. Podía hacer cualquier cosa. Era las dos mitades: ¿eso significaba que estaba completa? En cierto modo, vivía en la cúspide de la posibilidad feminista: no hay ningún modelo más allá de «tenerlo todo». El lujo de esta expresión, su resonancia de esplendor imperturbable, era muy pertinente. Ser madre y tener trabajo era vivir dos vidas en vez de una, representaba una mejor reformidable en la historia de la experiencia femenina, y a quienes se quejaban de que tenerlo todo significaba hacerlo todo, yo les habría dicho: Sí, claro. No se puede tener «todo» a cambio de nada. «Tenerlo todo», como cualquier otra forma de éxito, exige un gran esfuerzo. Exige recorrer la senda heroica. Pero el héroe es solitario, busca eternamente el santo grial, y su creencia de que es el único tal vez sea solo un modo de disfrazar el hecho de que está esencialmente solo.

Así, yo era hombre y mujer a la vez, pero con el paso del tiempo, la mujer enfermó, porque tenía menos gratificaciones. Necesitaba quitarme de en medio, salir de la cocina, guardar cierta distancia con mis hijas, no solo para definir la femineidad de mi marido, sino para aplacar mis valores masculinos. El truco más viejo del libro sexista es la necesidad de la mujer de controlar a sus hijos. En el sentimentalismo y el narcisismo de la maternidad, yo percibía una amenaza a la subjetividad que, como escritora, era tan importante para mí. Pero no era necesariamente el control de mis hijas lo que me estaba haciendo enfermar. Era algo más sutil: el prestigio, el prestigio que les la recompensa de la madre por el esfuerzo de criar a su prole. Y ese prestigio era de mi marido. Yo se lo había dado, o él me lo había quitado: en cualquiera de los dos casos, prestigio fue lo que él obtuvo de nuestro acuerdo. Y las tareas domésticas que yo hacía estaban en cierto modo al servicio de ese prestigio, porque eran las de ínfima importancia, las más triviales, las más monótonas, como si trabajara sin descanso entre bastidores para garantizar el buen desarrollo de la función que se representaba en el escenario. Al final resultó que yo no era un hombre: los hombres no hacían tareas ingratas. Y tampoco era una mujer: me sentía fea, porque las cosas de

alas que me ocupaba —la ropa sucia, la declaración de IVA— no eran nada agradables. Lo cierto es que nada me devolvía un reflejo agradable de mí misma. Me fui dos días a París con mi marido decidida a cortarme el pelo descuidado en un salón de peluquería francés. ¿No era eso lo que hacían las mujeres? Quería feminizarme; quería que alguien me devolviera mi feminidad perdida. Un peluquero francés me cortó el pelo, sin parar de reírse, disfrutando, una tarde aburrida en el negocio; tenía la misión de dar a una madre de dos hijas, con una cara inexpresiva y cansada, un saire un poco punk y *nouvelle vague*. Después estuve paseando por las calles de París, mirando mi reflejo en los escaparates. ¿Se había operado una transformación o una desfiguración? No estaba segura. Mi marido tampoco estaba seguro. Era horrible que entre los dos no fuéramos capaces de establecer la verdad. Era horrible, a plena luz del día, en aquellas calles anónimas, no saber.

e  
a

a A veces, en la bañera, las niñas lloran. Su desnudez, el agua caliente o el consuelo de la vieja rutina, algo, da igual qué, despegan el esparadrapo de sus emociones y revela la herida que hay debajo. Creo que he sido yo quien les ha hecho esa herida, y ahora tengo que admitir toda la culpa. Otra versión de lo heroico en la que es difícil distinguir al héroe del villano.

a Les hice daño, y con eso aprendí a quererlas de verdad. O, mejor dicho, lo reconocí. Reconocí este amor, reconocí lo grande que era. Lo exterioricé: interiorizado, habría sido un instrumento de tortura. Pero ahora estaba en el mundo y era visible y práctico. ¿Qué es una madre amorosa? Es una persona que renuncia a su interés personal por el bienestar de sus hijos. El sufrimiento de sus hijos le causa más dolor que el suyo: es María a los pies de la Cruz. En la iglesia, el día de Pascua de Resurrección, me impresionaba la descripción del estado de ánimo de María, que, en mitad de aquel drama de tormento físico, sintió como si una espada le atravesara el corazón. Me parecía curioso que se empleara esta imagen para describir sus sentimientos, una imagen que venía del mundo exterior, duro y frío, del plano físico de los hombres. Por algún motivo, en la transición de lo otro en madre, lo activo se vuelve pasivo, lo real, teórico, lo físico emocional, lo objetivo, subjetivo. El golpe se suaviza: cuando mis hijas lloran, una espada me atraviesa el corazón. Sin embargo, yo también soy la causa de su llanto. Y la contradicción, la dificultad de relacionar a la persona que actuaba por interés personal con la madre desgarrada que ella ha sustituido, me deja temporalmente desarmada. Esta parece ser la fatídica y definitiva evolución de la mujer compartimentada, una especie de trastorno de la personalidad, como la esquizofrenia.

a Llega el invierno: los días son cortos y pálidos; el mar se repliega como en un estado de inconsciencia. El agua, fría como la plata, ataca los guijarros. Hay largas noches de estrellas y lescarcha, y por las mañanas los charcos están congelados, como espejos rotos en la carretera. Dormimos muchas horas, como quien se recupera de una operación. El dolor es muy profundo pero el sopor de la convalecencia es tal que la desaparición del dolor a veces no se nota. Sencillamente, uno se da cuenta de que el dolor se ha ido y ha dejado un extraño vacío en la memoria, una sensación de misterio pasajero, como si la persona que lo padecía no fuera —no de todo— la misma que ahora puede andar bien. Se ha creado otro compartimento, y este es para guardar cosas sueltas, partes perdidas de la experiencia, preguntas que nunca encontrarán respuesta.

e

s Cambiamos los muebles de sitio para rellenar los huecos. Economizamos, alquilamos un  
, habitación y compramos una pecera. El pez no para de dar vueltas y de hacer piruetas entre la  
e plantas, da igual qué día sea. Las niñas se van con su padre y vuelven. Ya no lloran: se queja  
mucho de los inconvenientes de la nueva situación. Tienen color en las mejillas. Una amiga vien  
la pasar el día y se fija en el sonido de la risa en casa, como el canto de un pájaro después de  
nsilencio del invierno. Pero sigue siendo invierno: vamos a la iglesia a cantar villancicos  
io observo a las demás familias. Observo a la madre, el padre y los hijos. Y los veo con tanta  
claridad como si estuviera fuera, en la oscuridad, mirándolos a través de una ventana intensament  
eiluminada; veo la historia en la que interpretan su papel, su parte, y el mundo entero como telón d  
fondo. Mis hijas y yo ya no formamos parte de esa historia. Estamos más expuestas al mundo, a s  
desorden y sus peligros, a su fragmentación y su libertad. El mundo está en constante evolución  
mientras que la familia se empeña en seguir siendo la misma. Actualizada, renovada  
amodernizada, pero esencialmente la misma. Una casa en mitad del paisaje: refugio y prisión a  
ymismo tiempo.

.. Cantamos los villancicos, en coro de tres. He cantado estos villancicos desde que tengo  
memoria, los he cantado año tras año: primero como una niña amante de las tradiciones desde e  
, clásico banco familiar para seis personas; luego como una joven que se decía ardientement  
nfeminista; luego como madre y mujer casada en cuya vida estos principios irreconciliables —l  
etradicional y lo radical, el relato y la verdad— habían incubado en su hostilidad una especie d  
lcáncer. Viendo a las demás familias, tomo conciencia de nuestro estigma, de nuestra pérdida d  
aprestigio: somos como una caravana de gitanos aparcada entre las casas, itinerante, temporal. Ve  
e que hemos perdido algo de protección, de certeza. Veo que he cambiado un tipo de prestigio po  
lotro, un conjunto de valores por otro, una escala por otra. También veo que somos más abiertas  
amás capaces de recibir que antes; eso significa que, si el mundo resultara ser un sitio pródigo  
nmaravilloso, podríamos apreciar sus maravillas.

), Empiezo a darme cuenta, mientras miro por estas ventanas imaginarias intensament  
eiluminadas, de que la gente que está dentro mira hacia fuera. Veo a las mujeres casadas, a la  
amadres, mirar hacia fuera. Parecen contentas, satisfechas, capaces: están con sus maridos y su  
ehijos, bien vestidas, atractivas. Pero miran alrededor mientras mueven la boca. Da la impresión d  
aque les falta algo o están pensando en algo. De vez en cuando, alguna de esas miradas me alcanza  
ay nuestros ojos se encuentran un momento. Y me doy cuenta de que esa mujer que está mirándom  
a los ojos no me ve. No es que no quiera o que intente no verme. Es simplemente que dentro ha  
etanta luz y fuera tanta oscuridad que no ve lo que está fuera, no ve nada de nada.

y  
..  
,  
..  
a  
l  
a  
n

Cambiamos los muebles de sitio para rellenar los huecos. Economizamos, alquilamos una habitación y compramos una pecera. El pez no para de dar vueltas y de hacer piruetas entre las plantas, da igual qué día sea. Las niñas se van con su padre y vuelven. Ya no lloran: se quejan mucho de los inconvenientes de la nueva situación. Tienen color en las mejillas. Una amiga viene a pasar el día y se fija en el sonido de la risa en casa, como el canto de un pájaro después del silencio del invierno. Pero sigue siendo invierno: vamos a la iglesia a cantar villancicos y observo a las demás familias. Observo a la madre, el padre y los hijos. Y los veo con tanta claridad como si estuviera fuera, en la oscuridad, mirándolos a través de una ventana intensamente iluminada; veo la historia en la que interpretan su papel, su parte, y el mundo entero como telón de fondo. Mis hijas y yo ya no formamos parte de esa historia. Estamos más expuestas al mundo, a su desorden y sus peligros, a su fragmentación y su libertad. El mundo está en constante evolución, mientras que la familia se empeña en seguir siendo la misma. Actualizada, renovada, modernizada, pero esencialmente la misma. Una casa en mitad del paisaje: refugio y prisión al mismo tiempo.

Cantamos los villancicos, en coro de tres. He cantado estos villancicos desde que tengo memoria, los he cantado año tras año: primero como una niña amante de las tradiciones desde el clásico banco familiar para seis personas; luego como una joven que se decía ardentemente feminista; luego como madre y mujer casada en cuya vida estos principios irreconciliables —lo tradicional y lo radical, el relato y la verdad— habían incubado en su hostilidad una especie de cáncer. Viendo a las demás familias, tomo conciencia de nuestro estigma, de nuestra pérdida de prestigio: somos como una caravana de gitanos aparcada entre las casas, itinerante, temporal. Veo que hemos perdido algo de protección, de certeza. Veo que he cambiado un tipo de prestigio por otro, un conjunto de valores por otro, una escala por otra. También veo que somos más abiertas, más capaces de recibir que antes; eso significa que, si el mundo resultara ser un sitio pródigo y maravilloso, podríamos apreciar sus maravillas.

Empiezo a darme cuenta, mientras miro por estas ventanas imaginarias intensamente iluminadas, de que la gente que está dentro mira hacia fuera. Veo a las mujeres casadas, a las madres, mirar hacia fuera. Parecen contentas, satisfechas, capaces: están con sus maridos y sus hijos, bien vestidas, atractivas. Pero miran alrededor mientras mueven la boca. Da la impresión de que les falta algo o están pensando en algo. De vez en cuando, alguna de esas miradas me alcanza, y nuestros ojos se encuentran un momento. Y me doy cuenta de que esa mujer que está mirándome a los ojos no me ve. No es que no quiera o que intente no verme. Es simplemente que dentro hay tanta luz y fuera tanta oscuridad que no ve lo que está fuera, no ve nada de nada.

## Extracción

El día que mi marido se llevó sus cosas de casa me dolían las muelas. Estaba lloviendo, y la puerta de la calle estuvo abierta toda la mañana. Entraba el aire húmedo y el vestíbulo en penumbra parecía una tumba abierta a la luz del día gris. Me quedé al pie de las escaleras, con la manos en la boca, como un mimo que representa consternación.

El dentista recomendó extraer la muela: la radiografía indicaba que la pieza no tenía arreglo. Teóricamente, dijo, debería ser posible, pero lo que aquí contaba eran las particularidades de caso. La raíz retorcida impedía el acceso de los instrumentos largos y finos que matarían los nervios. Los instrumentos no podían doblar esquinas. Y la raíz, como mostraba la radiografía formaba un ángulo recto en la mitad.

¿Por qué había adoptado esa forma? Era difícil saberlo, dijo el dentista. Quizá se hubiera doblado por la presión de otras fuerzas, aunque también parecía cosa del destino, la respuesta de la naturaleza a las condiciones disponibles. Simplemente había decidido crecer en esa dirección. No se podía echar toda la culpa a la posición de las demás piezas, las dimensiones de la mandíbula o el estado de las encías; no, la propia muela tenía que responder de su carácter fatídico. Por alguna razón ineluctable había sido díscola, y ya no tenía remedio. Una raíz más recta, aunque enferma, podría haberse salvado. En apariencia su estado no era tan malo, pero la forma es el destino; la forma, no el contenido, es lo que configura, y por tanto configura su propio destino.

Mientras me hacían la radiografía, el dentista y las enfermeras se apartaron, dieron media vuelta automáticamente y se cubrieron el pecho con los brazos cruzados. Su calzado blando no hizo ningún ruido al retirarse en este gesto de protección sincronizada: se quedaron quietos como acólitos, con sus batas blancas, ante la ceremonia de la sangre. El dentista, un griego alto y de hombros anchos, llevaba debajo de la bata una túnica muy estampada, hasta los pies. Las lánguidas enfermeras deambulaban en silencio entre los armarios blancos con molduras de cromo borrosas como figuras en el fondo de un cuadro. ¿Era el dolor más o menos constante, preguntó el dentista, o había aún fases de normalidad en las que me permitía pensar y hacer otras cosas? ¿Habíamos llegado al punto crítico en el que nuestra única experiencia era la experiencia de sufrir, en el que nuestra única necesidad, nuestro único deseo era el deseo de que ese sufrimiento terminara? Es horroroso desear que algo termine, que algo desaparezca: el deseo debería ser parte de la vida y de la presencia, no de la ausencia. Había que evitar vivir demasiado tiempo en ese estado invertido; tampoco, añadió, había que extraer una pieza si no era estrictamente necesario. Entonces, ¿habíamos llegado al momento en que era imposible seguir aplazando la extracción?

Se podía decir que sí, que el dolor ya no daba tregua. Antes era posible no notarlo de noche durmiendo, pero últimamente había descubierto también ese escondite y lo había derribado, como derriba un invasor las puertas de una fortaleza mal defendida. La facilidad con que la puerta se vino abajo fue una crisis en sí misma: ¡qué frágil, qué insustancial resultó ser la normalidad cuando el dolor vino a alterarla! El dolor es intenso, fuerte e implacable, mientras que la

«normalidad» —¿fue esa la palabra que empleó?— es el delicado equilibrio que alcanza la vida cuando no hay trastornos, es el registro en blanco de los acontecimientos y sus secuelas, que se recosa y repara a sí mismo despacio, como la superficie de un estanque vuelve a quedarse en calma poco a poco después de lanzar una piedra. La normalidad es capaz de no resistirse a nada; de sobrevivir a casi todo. El dolor, en cambio, puede destruir cualquier cosa que se proponga. El dolor es la bomba que cae; la normalidad, la hierba que crece finalmente en el cráter. Para resistirse al dolor, uno tiene que ser tan fuerte como el dolor, convertirse en una especie de refugio humano contra los bombardeos.

La extracción dejará un hueco considerable: una especie de cráter. La pieza es un molar situado en el centro de la mandíbula inferior derecha: una muela de gran importancia práctica y personal que, sin embargo, desde fuera resultará curiosamente imperceptible que ha desaparecido. No volverá a crecer, por supuesto. El mundo íntimo de la boca sufrirá una pérdida irreversible. Con el tiempo, si se encuentran los recursos necesarios y el imprescindible esfuerzo de la voluntad, se puede colocar una prótesis; hasta entonces, las demás piezas tendrán que encargarse de compensar la ausencia. Quizá se desarrollen nuevas formas de comer y masticar para evitar la presión en la zona afectada; casualmente, también me falta el mismo molar en el lado izquierdo. Cierro la boca, que esta no es la primera experiencia de pérdida. Una muela ya se ha deteriorado y se ha extraído de esta boca, y estos antecedentes complican la situación inevitablemente. Esta extracción es por tanto un asunto más oscuro. Y la cuestión de la culpa, siempre tan delicada porque es natural que las cosas se rompan, se altera con esta nueva evidencia. Empieza a parecerse a un descuido, parafraseando a Oscar Wilde. Porque un diente, bien cuidado, debería durar toda la vida.

Por la ventana del dentista se ve un cielo azul radiante. A la lluvia de ayer le ha seguido una explosión de energético sol de primavera, el calor es tan anormal para esta época del año como un día anormalmente oscuro y frío fue el día de ayer. La consulta del dentista es agradable y luminosa; el sol se refleja en los instrumentos de acero. La clínica tiene en conjunto un aire decrepito: está en un edificio estrecho de una calle construida sin orden ni concierto; todo son ángulos retorcidos y suelos inclinados; mamparas y techos endebles forrados con un papel grueso, blanquecino y abultado; planchas de vinilo beige con vetas de haya ligeramente desniveladas en el suelo desigual. En la recepción hay una pecera pequeña, con helechos de plástico de color verde fosforescente y un barco pirata que escupe burbujas, hundido en un lecho de grava; hay carteles de bocas enfermas, de encías infectadas y muñones negros de dientes podridos. El dentista, con su túnica estampada, se mueve con extraordinaria decisión por estos espacios improvisados, con tanta alegría y dignidad como recelo y temor muestran sus pacientes. Tiene los dientes fuertes blancos y rectos, y quizá por eso su sonrisa es incontenible: vive en la superficie y emerge continuamente, como un objeto que flota en el agua; es imposible hundirla. Parece casi antinatural. Es difícil saber si representa buena fortuna —suerte— o diligencia y trabajo arduo. Parece feliz, pero ¿siempre ha sido así? Su socio de la clínica dental tiene los dientes grises como lápidas en un cementerio superpoblado, y un aire astuto y perspicaz; lleva una bata vieja y arrugada. De estas apariencias cabría deducir que uno conoce el fracaso y el otro no. Pero ¿cómo saberlo a ciencia cierta? Y ¿es mejor ponerse a merced de quien comprende el dolor o de quien ha logrado evitarlo de momento?

a El dentista rebusca en su bandeja de instrumentos; las enfermeras se acercan. Está inclinado hacia delante: una silueta negra contra la ventana iluminada. La consulta soleada permanece en silencio, como envuelta en un aura transparente atravesada por un ruido de fondo más profundo que compone un bordado laberíntico, como el lecho del mar visto a través del agua clara: el ruido de los coches que pasan por la calle, de los perros que ladran y de las gaviotas que se lamentan: a lo lejos, de retazos de conversación en la acera y de música en alguna parte, de teléfonos que suenan, de golpes de cacharros en la cocina de un restaurante, de llantos de bebé, de leve martilleo de trabajadores, de pasos, de gente que respira y, por debajo de todo, una especie de impulso, el latido y el sistema hidráulico del día. El dentista tiene unas tenazas en la mano. La materialidad de las tenazas en este impalpable velo de sonido es inconfundible. Son sencillas, sólidas y negras. El dentista las empuña mientras se me acerca. Se adentra en la boca y, con los brazos de las tenazas, agarra la muela con ferocidad metálica. Ya han pasado todos los procesos amenos este. Primero vino el largo proceso de descomposición larvada en la oscuridad de la raíz el día tras día; luego, la aparición del dolor, una semilla que brotó y se ramificó en busca de conciencia, de conocimiento, como la planta busca la luz y de ese modo la borra; luego, la negociación, la negociación consciente con el dolor, el intento de mitigarlo y apaciguarlo, de adormecerlo para convivir con él; luego, la crisis, la decisión, la acción, la fecha y la hora en que se practicaría la extracción para atajar la situación. Pero el contacto del acero con la carne humana tiene una realidad propia. Está ocurriendo: se está forzando el cambio de las cosas, que han sido incapaces de cambiar por sí solas.

a El dentista desgarrar los tejidos suaves. Su intervención parece en cierto modo aliada con la muerte, aunque forma parte de la vida, porque su finalidad es liberar a quien sufre de la causa de sufrimiento. Su finalidad es separar lo que no se separará naturalmente. Pero resulta fría y dura insensata y brutal. Se llama violencia: la gente busca continuamente alternativas para evitarla aunque rara vez funcionan.

n El dentista dice:

y —Necesito hacer más fuerza.

y La enfermera le pasa un cincel. El dentista lo apoya en el borde de la mandíbula y coloca la punta plana entre la muela y la encía. Empuja hacia abajo, con tanta fuerza que su sonrisa se transforma en una mueca. Después se levanta para hacer palanca. Emplea las dos manos; se pone de puntillas y le tiemblan los brazos al presionar. La muela se resiste, hasta que por fin cede con tanta facilidad que el cincel sale disparado y choca contra los dientes de arriba. Estos dientes inocentes se balancean en sus amarras al recibir el golpe; se aflojan, pero siguen donde están. El dentista sostiene la muela ensangrentada entre los dedos temblorosos. Vuelve a sonreír, aunque menos que antes. Una leve consternación vela su frente. La violencia es inflexible, muy difícil de controlar. Hay daños colaterales; la delicada malla de la vida se ha roto. El dentista ha causado un dolor innecesario y un traumatismo a los demás dientes. Se siente mal por eso. Está sorprendido.

n —No me lo esperaba —dice—. Lo siento.

s —No se preocupe, por favor —consigo decir con dificultad—. Me pondré bien.

a —Voy a cubrirle la herida con gasas. Tendrá que cambiárselas cada dos horas. La hemorragia debería parar mañana, pero no podrá comer hasta dentro de unos días. Solamente cosas blandas. Y si son frías le resultarán más agradables. —Vuelve a sonreír, contento de nuevo—. Cómprese un buen helado de camino a casa.

o

n

o A casa: cuando era pequeña me encantaba la casa de mi abuela, un chalé adosado de la época  
o eduardiana, en un barrio residencial de Hertfordshire, con parteluces en las ventanas y, en lo  
o alféizares, pastorcillas de porcelana y spaniels King Charles con una cascada de pelo de cerámica  
o esmaltada. En la cocina, que olía a gas, mi abuela servía empanada de pastor con guisante  
o congelados; yo dormía en el cuartito del piso de arriba, que miraba al rectángulo del jardín  
o delantero, con su verja y su sendero de baldosas rojas, y debajo de la colcha de chenilla de color  
o rosa desvaído y de las sábanas almidonadas sucumbía a la fuerza de aquellas imágenes, olores y  
o texturas que, sin ser humanas, parecían definir la humanidad. Cuando tocaba los adornos de la sala  
o de estar de mi abuela, con vistas a la larga pradera de césped que bajaba hasta las vías del tren  
o me sentía visible; el olor del dormitorio donde dormían mi abuela y mi abuelo en su cama de  
o caoba, el lavabo estrecho y frío, la despensa pequeña donde vivían los ingredientes de su sencilla  
o cocina inglesa eran tan inconfundibles que me volvían inconfundible, lo mismo que el follaje  
o oscuro de los arbustos perennes del jardín dejaban ver la filigrana de las telas que tejían la  
o arañas entre las hojas. Mi madre había crecido en esa casa: su ambiente amniótico también estaba  
o en aquellas paredes poderosas, como lo estaba en mi conciencia, inextirpable.

o Una vez, cuando era adolescente, fui sola a pasar unos días en casa de mi abuela; comía en la  
o cocina con el suelo de linóleo, me sentaba entre los adornos de la sala de estar y dormía debajo  
o de la colcha de chenilla, en el cuartito que ahora me parecía que había encogido, que se había  
o solidificado: su realidad y la mía ya no se entrelazaban. Por más que lo intentaba, no conseguí  
o sentirme como la niña que había sido. A lo largo de aquellas horas, la fusión de lo humano y lo no  
o humano se deshizo por completo, pues vi con claridad que la historia de la humanidad encarnada  
o en aquellas habitaciones nunca podría recuperarse y devolverse nuevamente al mundo. Vendieron  
o la casa unos años más tarde: ahora viven allí otras personas. En la casita de campo a la que se  
o mudó mi abuela, aún se exhiben algunos de aquellos objetos familiares, y aún queda un rastro de  
o aquel olor; como la huella de un pie en la arena lavada por la marea, su impresión se va borrando  
o poco a poco.

o En el piso de arriba de mi casa, guardadas en una caja, están las escrituras del inmueble, con  
o las sucesivas fechas de transmisión de la propiedad desde el año de su construcción, 1832. Un  
o capitán de barco le compró el terreno a un campesino, dueño de varias parcelas de ladera verde  
o que bajaban hasta el mar y que, unidas, formarían una hilera inclinada de viviendas adosadas de  
o estilo Regencia. El terreno se describe como antiguos pastos ganaderos: a los pies de la ladera, la  
o playa de guijarros se adentra en el agua como una repisa, y la costa dibuja una línea sencilla y  
o recta en la que el mar a menudo parece a la espera, como si no tuviera medios para relacionarse  
o con la tierra que lo delimita. A lo largo de ochenta o noventa kilómetros, en Dorset, la relación  
o entre la tierra y el mar es más dramática, y dramatizada, la caliza ha cobrado formas  
o extraordinarias, esculpida por el continuo embate del mar que acosa y acaricia eternamente a su  
o rocosa compañera, mitad depredador, mitad amante. La roca resistente muestra las marcas de  
o estas atenciones, no se sabe si aquiescente o violada. Su belleza y su deformidad son su destino  
o y una frontera que aquí no tiene la superficie plana de la costa, con su geología apaciblemente  
o frígida. Aquí, el ancho mar vacío se ve en la obligación de volverse reflexivo, como si no viviera  
o sino que soñara; unas veces se queda completamente inmóvil, como un flamante escudo de luz

inconsciente, y otras se altera, embiste y se encrespa ciegamente, incapaz de desahogarse con nada tangible y real. Aquí no hay nada que destruir, que dañar: por la mañana, después de un temporal la playa a veces está cubierta de algo concreto, en grandes cantidades, como si fuera eso lo que atormentaba su inconsciente: cientos de estrellas de mar muertas, por ejemplo; y una vez kilómetros y kilómetros de tablones de pino. Estas expectoraciones esporádicas, tan antinaturales y extrañas, parecen indicar cierto malestar, una enfermedad que yo interpreto como frustración. Me imagino al ganado que pastaba aquí antes, apaciblemente adormilado también, a la orilla del mar comatoso: me imagino la tierra barrida por imparables oleadas de luz y sombra, por gigantescos velos de lluvia fina como una gasa, por vientos que deambulan libremente en el espacio inmenso; y por la oscuridad, por noches oscuras de viento y lluvia, el mar revuelto y agitado, la lluvia precipitándose desde el cielo, el viento despoticando en la ladera pelada. Entre las formas negras de los Downs, a lo lejos, sin encontrar refugio ni puerta cerrada al paso de la noche.

En la habitación principal del piso de arriba, que tiene unos ventanales que llegan hasta el suelo, hay dos ganchos enormes y dorados misteriosamente atornillados al techo alto. Un día, al salir de casa, me encontré con una señora mayor que estaba en la acera, mirando hacia estas ventanas. Me contó que había vivido en esta calle cuando era joven y se había parado muchas veces en el mismo sitio a escuchar los cantos que salían por las ventanas. Era la anterior dueña de la casa quien cantaba: era cantante de ópera, y vivía aquí con un hombre que tocaba instrumento de cuerda: un laúd, o quizá una guitarra, o puede que una mandolina. Fue la cantante quien puso aquellos ganchos en el techo: colgaba allí su hamaca y se sentaba en un extremo, a cantar, mientras su compañero se sentaba en el otro extremo para acompañarla, meciéndose los dos con la brisa que entraba por las ventanas abiertas. Esta imagen me atravesó entonces casi con dolor, porque aquella habitación era mi dormitorio, y muchas veces me tumbaba en la cama a mirar esos ganchos y veía en su enigma algo a lo que jamás podría dar un nombre exacto; me hipnotizaban con su extravagancia dorada y su falta de utilidad, y al mismo tiempo me reprochaban, porque, aunque no sabía para qué eran, sabía que alguna fuerza los había puesto allí, y que yo la reconocía a la vez que la negaba. Aquellos artilugios misteriosos, aquellos ganchos feroces y opulentos expresaban su terror y su belleza; eran, estoy segura, lo contrario de un adorno cobarde. Otras personas, al verlos, a veces delataban cierta alarma, igual que yo, como si los ganchos fueran las garras doradas de una deidad furiosa a la que habíamos olvidado aplacar. Y estas garras estaban clavadas en mi dormitorio para recordarme algo que por lo visto no sabía o no lograba recordar algo relacionado con la felicidad y con el poder de lo desconocido para deshacer lo conocido. ¿Para qué son?, preguntaba la gente, con una mirada socarrona. Y yo siempre contestaba que no lo sabía.

n

s

La verdad es que hay una dentista que me viene mejor. Tiene la consulta mucho más cerca de mi casa. Es una mujer elegante, con el pelo rubio y ondulado, y una figura esbelta y pechugona como la de actriz de los años cincuenta. A veces veo desaparecer sus pantorrillas finas por la mugrienta escalera que lleva al edificio y oigo el repique rápido de tacones altos. Lleva trajes de chaqueta ajustados de colores preciosos: amarillo pálido y magenta; escarlata y verde pistacho. Parece algo angustiado mientras va y viene; un aire de temor ronda su tez sonrosada, como la actriz en la fase

ade suspense dramático. ¿Se resolverá el misterio por sí solo? ¿Se hará posible lo imposible? ¿Vencerá nuestra heroína? Por las mañanas la calle está cubierta de basura, de residuos que los vientos marinos arrastran por las aceras, de botellas rotas y restos de comida que esparcen la basura, las gaviotas al picotear las bolsas de plástico que dejamos en la puerta. La dentista se abre camino entre la basura, con el cuello del abrigo subido, como una *starlette* trágica en un callejón de París.

Una vez fui a su consulta, pedí cita previamente y subí por la escalera estrecha con mis hijas hasta el primer piso. Teníamos que registrarnos con algún dentista y, aunque parecía que habíamos llegado allí siguiendo únicamente los caprichos del destino, cierta vanidad secreta me hizo elegir a la exótica dentista por sus propios méritos, pues, como los ganchos dorados de mi dormitorio y esta mujer representaba mi sensación de elegancia perdida, era otra manifestación de la deidad que no consentía saberse negada. La clínica era oscura y tenebrosa, aunque en la calle hacía un atardecer espléndido. Una única bombilla iluminaba el vestíbulo tétrico. Las persianas de la sala de espera estaban bajadas. Nos quedamos delante del mostrador de recepción vacío. Esperamos cinco minutos, diez. Por fin conseguí hablar con alguien que pasaba y me dijo que siguiera esperando. Oía voces en otras salas y pasos que iban y venían deprisa. Me di cuenta de que ocurría algo: había una sensación de drama en el ambiente, una oscura sensación de emergencia entre las voces apagadas y el mostrador desierto. Oí el ruido de un torno, y más voces, impacientes y bajadas.

—¿Ha vuelto en sí? —preguntó alguien.

—No se despierta. —Esta era la voz de la dentista—. Inténtalo otra vez.

Me asomé al pasillo y, a través de una puerta entornada, vi la sala de donde venían las voces. Vi a la dentista de espaldas: ese día llevaba una blusa de seda roja, muy ceñida en el talle con un cinturón, y, cosa extraña en ella, pantalones, de los que asomaban unos tacones de vértigo. El pelo rubio le cubría los hombros de ondas sinuosas. Estaba inclinada sobre el sillón del paciente donde yacía un hombre inconsciente. Había otra mujer en la consulta, supongo que sería una enfermera: las vi a las dos juntas, por el hueco de la puerta, inclinadas sobre el paciente. Le zarandearon y le dieron codazos. Le gritaron al oído. Estaba tendido como un juguete roto que entre las dos, habían destrozado; como fascinadas por el poder que ejercían sobre él, se habían olvidado por un momento de que aquel hombre era vulnerable. Volví a la sala de espera, donde mis hijas seguían de pie. Tenían cara de incertidumbre. El paciente había empezado a gemir y lanzaba unos gemidos largos, fuertes y aterradores que resonaban en la tétrica penumbra de la sala de espera.

—Creo que tenemos que irnos —dije—. Creo que tendremos que volver otro día.

La incertidumbre de mis hijas se agudizó.

—¿Por qué?

Su reacción me sorprendió. ¿No se daban cuenta de que algo no iba bien? El hombre seguía gemiendo y gritando. ¿Era así como funcionaba un mundo gobernado por una mujer? Una mujer que yo pensé, debería ser algo más que una burda impostora. La cara de angustia de mis hijas, los gemidos del paciente, el mostrador de recepción desierto en la sala de espera sombría: la presencia de estas cosas sentí la presencia del fracaso. Era yo quien las había llevado allí, quien había pedido cita, y ahora estaba diciendo que teníamos que irnos.

—Ha habido una confusión —dije—. Estaba segura de que la cita era hoy, pero no la tiene anotada.

? —Ah —dijeron.

s —Quizá sería mejor buscar otro dentista. Puede que esta no se organice demasiado bien.

s Parecían un poco recelosas, después de lo mucho que yo había insistido en elegir a este dentista porque nos quedaba muy cerca de casa. ¿Qué estaba pasando? En la penumbra del vestíbulo, nos encontramos con la dentista, que salía de la consulta con mucha prisa. Se la veía sagobiada y tenía la cara colorada; llevaba el abrigo puesto, con el cuello subido. El paciente seguía despatarrado en el sillón, gimiendo desgarradoramente. La enfermera salió por otra puerta.

r —¿Se encuentra bien? —preguntó.

, —Saldrá de esta —dijo la dentista con aspereza—. Está un poco mareado, nada más. Voy a comprarle una lata de Coca-Cola.

a Nos apartó de un empujón y se ciñó el abrigo a la garganta con un destello de las uñas pintadas de rojo. Noté el olor de su perfume y oí el tintineo de las monedas que llevaba en el bolsillo. Bajó las escaleras taconeando.

a  
e  
n  
y

i.  
n  
o  
,  
a  
o  
,  
n  
e  
;  
a

a  
;  
s  
n  
n  
  
n

—Ah —dijeron.

—Quizá sería mejor buscar otro dentista. Puede que esta no se organice demasiado bien.

Parecían un poco recelosas, después de lo mucho que yo había insistido en elegir a esta dentista porque nos quedaba muy cerca de casa. ¿Qué estaba pasando? En la penumbra del vestíbulo, nos encontramos con la dentista, que salía de la consulta con mucha prisa. Se la veía agobiada y tenía la cara colorada; llevaba el abrigo puesto, con el cuello subido. El paciente seguía despatarrado en el sillón, gimiendo desgarradoramente. La enfermera salió por otra puerta.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Saldrá de esta —dijo la dentista con aspereza—. Está un poco mareado, nada más. Voy a comprarle una lata de Coca-Cola.

Nos apartó de un empujón y se ciñó el abrigo a la garganta con un destello de las uñas pintadas de rojo. Noté el olor de su perfume y oí el tintineo de las monedas que llevaba en el bolsillo. Bajó las escaleras taconeando.

## Parejas

La gente va en pareja a todas partes. En la esquina de mi calle veo a un hombre y a una mujer que se están besando rodeados de tráfico. Veo a una pareja cubierta de tatuajes que viene de hacer la compra, codo con codo, cargada con un montón de bolsas, y a sus hijos en fila detrás, como patitos. Veo a un hombre y a una mujer con síndrome de Down cogidos de la mano. Consiguen que amar parezca facilísimo.

Hace buen tiempo para esta época del año. Por las mañanas, el sol entra a raudales por las ventanas de las habitaciones medio vacías, como un sol que cae sobre unas ruinas. La madera cruje con este calor que no es habitual, llena la casa de pisadas que cruzan el techo y suben y bajan las escaleras de un modo inquietante, como si alguien se hubiera colado por la ventana de la habitación de arriba para echar un vistazo. El agua murmura en las tuberías; la caldera se enciende a intervalos, se ahoga y protesta con rabia en el sótano. Un día se calla definitivamente; e lavavajillas se estropea, los desagües se atascan, los pomos de las puertas y los armarios se trancan y quedan de pronto en la mano. Se oye un goteo, y una mancha oscura empieza a extenderse por la pared de la cocina: el yeso se abomba y se cuarteo como una piel enferma. Los hámsteres de las niñas corretean en sus jaulas individuales, ajenos a todo. No pueden vivir juntos, porque son una especie demasiado irascible. Están condenados a la soledad, inmersos en sus rutinas de dormir y roer y escarbar. A veces trepan por los barrotes de las jaulas y miran hacia fuera inquisitivamente con los ojos brillantes como abalorios, como si hubieran salido de su ensimismamiento y esperasen que pasara algo. En realidad son demasiado confiados, porque nadie se fija en los cambios de sus circunstancias. De noche, el chirrido de sus respectivas ruedas llena la casa oscura y silenciosa.

Viene un hombre a ver la habitación que alquilo. Es pálido y muy rubio, con los ojos pequeños, casi sin color, y los dientes menudos de un glotón. Tiene un coche destartado y un minúsculo que ha aparcado en la puerta. De vez en cuando se asoma a la ventana de la sala de estar para ver si se acerca algún guardia de tráfico. Puse el anuncio del alquiler de la habitación en el periódico local: el teléfono no ha parado de sonar en toda la semana. Suena de nuevo e intento cuanto cuelgo el auricular; cuando vuelvo a casa me encuentro con el contestador lleno y la luz roja parpadeando. Casi todos los que llaman son hombres, hombres de todas partes y de ninguna parte, hombres de todo tipo: jóvenes y viejos, extranjeros y de la ciudad, bruscos y locuaces, indiferentes y resueltos, y todos, por lo visto, están libres de ataduras, solos, giran brevemente alrededor del punto fijo de mi casa, aunque a una distancia insalvable, como planetas yermos que orbitan alrededor de una estrella en la negrura del espacio sideral. A veces hay interferencias en la línea, chisporroteos, el rugido del viento en la cima de una montaña. Llamo por la habitación. Llamo para preguntar por la habitación. Ha llamado alguna que otra mujer: busca algo para ella y su novio. Son pareja: ¿tengo algún problema con eso? Su novio trabaja en el bar, en el casino, en el club de la marina. Su novio trabaja de noche: le gusta dormir de día. Ella quiere hacer un curso de aromaterapia, nutrición o idiomas; está pensando en ir a la universidad; no está segura del todo

Su novio y ella son muy relajados. Son muy tranquilos. Les gusta la gente relajada y tranquila. La gente sin complicaciones. No les gusta estresarse. ¿Tengo algún problema con eso? Lo siento digo. Vivo con mis hijas. Esta es su casa. Lo siento.

Luego, una tarde, llama un hombre que parece impaciente y decidido, como si hubiera perdido algo y estuviera seguro de que está a punto de encontrarlo. Su tono de voz no denota necesidad ni imposición: es el hombre que ahora está en mi casa, mirando el coche por la ventana con aire impaciente y decidido. Se llama Rupert. Ha vivido tres años en el otro lado de la ciudad con su novia, pero su relación ha terminado y busca un sitio en el que quedarse una temporada hasta que encuentre algo más estable. Trabaja muchas horas, en una compañía eléctrica de la ciudad; necesita una habitación donde dormir, colgar su ropa y poner su televisor, que por lo visto es muy grande. Me mira con los ojos claros mientras habla, pero cuando le respondo aparta la vista tímidamente. Con ese pelo fino, casi blanco, y la mirada baja, parece inocente o culpable, no lo sé.

Se han adelantado los relojes y los atardeceres ahora son largos y parecen una página en blanco. La gente se queda hasta tarde en la calle: se oyen voces y gritos, música que sale por las ventanas abiertas, coches que pasan acelerando y tocando el claxon al anochecer. Ha llegado un vecino nuevo a la casa de al lado y ha instalado el equipo de música en la pared que linda con mi dormitorio. Durante toda la noche, el ritmo de la música electrónica atraviesa y tortura el espacio que nos separa. Doy vueltas por la casa a oscuras y compruebo las cerraduras de puertas y ventanas con la sensación de que el exterior está entrando, como si una muralla defensiva se hubiera derribado, como si no hubiera puertas ni ventanas. Somos una casa de mujeres y niñas, pero no sé si nuestra vulnerabilidad es algo más que una invención para hacer que los hombres se sientan valientes. Cuando hay guerra, son los hombres los que van al frente, dejan atrás a las mujeres y los niños, y al regresar quizá descubren que se han vuelto prescindibles, como Agamenón a su regreso a Argos desde Troya. No sé si con Rupert en casa me sentiré más segura o más en peligro. Hay un hueco aquí, una marca, como una huella en la arena o un rastro, un hoyo masculino con la forma de mi marido. Intento vagamente encajar a Rupert en ese hueco. Me lo imagino arreglando los desagües, los pomos de las puertas, echando un vistazo al lavavajilla para ver qué le pasa. Los hombres son protectores o depredadores, no recuerdo bien cuál de las dos cosas.

Rupert es eficiente con el papeleo, el depósito y sus referencias. Trae una plancha, ropa y varios carteles graciosos. Trae un televisor, que se eleva sobre un pedestal en su cuarto como un inmenso dios parpadeante y negro. Le asigno dos estantes del frigorífico y los llena de comida preparada en envases de plástico individuales, pulcramente colocados en la luz fría de la nevera como las cosas en un depósito de cadáveres. Mi marido se cruza con Rupert en el vestíbulo cuando viene a recoger algo, y se dan la mano.

—Encantado de conocerte —dicen los dos.

l.

y

Agamenón, en *La Orestíada* de Esquilo, vuelve a su palacio de Argos, victorioso tras diez años de guerra contra los troyanos. Su mujer, Clitemnestra, lo asesina en cuanto pone un pie en la puerta, y pisa los lujosos tapices granates que ha extendido en el suelo del palacio como amargo tributo

ade bienvenida. Más tarde, Clitemnestra es asesinada a su vez por sus hijos, Orestes y Electra, quienes no pueden perdonarle que haya matado a su padre, por imperfecto que fuera.

A mis hijas les interesan los clásicos griegos. Tienen un conocimiento asombroso de la mitología griega, se saben todos sus entresijos, sus personajes son familiares para ellas. Cuando hablan de eso, es como si hablaran de un recuerdo personal. Supongo que este conocimiento solo puede venir de los libros, y por tanto, en cierto modo, es recuerdo. Un libro y un recuerdo pueden ser difíciles de distinguir para un niño. Al mismo tiempo, es increíble lo mucho que saben. Freud veía en la formación de la personalidad individual una analogía de la historia de la humanidad que me gusta esta manera de entender la vida, como una representación en miniatura de la civilización. Según esta analogía, los griegos clásicos equivalen a las etapas formativas de la infancia, cuando el alma se configura y adopta su carácter irrevocable. Por eso, me imagino que es natural que un niño sienta una atracción especial por estos relatos de dioses y mortales, por la alegría y la anarquía del mundo primitivo en el que fantasía y realidad aún no se han separado, en el que la autoridad moral de Dios Padre aún no se ha impuesto, y culpa y conciencia aún no existen.

Una vez que pasamos unas vacaciones en familia, en el Peloponeso, fuimos a visitar la supuesta tumba de Agamenón. Se encuentra en Micenas, en una excavación enorme y cónica a los pies de un monte, en un lugar donde aprieta el calor y las abejas zumban entre las flores silvestres. La propia tumba tiene forma de colmena, como en reconocimiento de lo que a fin de cuentas es la única inmortalidad, el regreso de todo lo humano a la sustancia eterna de la naturaleza. La tumba de Clitemnestra también está en la misma excavación, aunque muy lejos de la otra, porque esta no es una historia de matrimonio, sino de separación, del intento de romper la forma del matrimonio para liberarse. Hay dos tumbas, tal como había dos personas: la separación es una exigencia de espacio, la expresión de la necesidad del yo de recuperar su integridad. La tumba doble, como la cama doble, simboliza el poder del matrimonio para anular estas diferencias. Antes me despertaba por la noche y me hacía una pregunta: ¿quién soy? Porque en la oscuridad, en la cama conyugal me sentía rodando al borde de un abismo negro, rodando con los planetas en el espacio exterior atravesando velozmente una oscuridad cubierta por un sarpullido de estrellas. La realidad de mi dormitorio, de mi casa, de mi vida no parecía capaz de anclarme. Me asustaba morir, no porque amara la vida, sino porque no era capaz de diferenciarme, no era capaz de reunir en una sola entidad a este yo cuya existencia planteaba la cuestión de la no existencia. Era como ver un fantasma sin llegar a ver qué lo proyecta. No sabía quién era: sin embargo, «yo» algún día moriría.

En la calurosa ladera del monte erguido sobre la tumba, les conté a mis hijas la historia de *La Orestíada*, sin saber en realidad lo que les estaba contando. ¿Sabe Clitemnestra que Agamenón está volviendo a casa? El asesinato ¿es calculado, un plan urdido durante años de ausencia, o es una explosión de violencia repentina, sin premeditación? Sí, lo sabe: tiene un centinela apostado día y noche a las puertas del palacio, vigilando. Ha ordenado que preparen hogueras en todos los montes, entre Argos y Troya, a la espera de ser encendidas cuando regresen los guerreros. Esta vigilancia de día y de noche, esta acumulación obsesiva de noticias es la conducta propia de un tirano, de un dictador. Y de hecho es así como los súbditos de Clitemnestra hablan de ella, como una especie de Dama de Hierro, un hombre en un cuerpo de mujer. También ellos esperan que esas balizas se enciendan, que señalen la victoria en Troya y el regreso de su rey. Están incómodos con esta versión femenina del poder. Es una especie de hurto que una mujer se comporte como un

ehombre, o un hombre como una mujer. Da la sensación de que han asesinado a alguien, de que lo han liquidado en el saqueo.

a Clitemnestra no ha tenido más remedio que vivir y gobernar sin su marido todos estos años des una madre trabajadora, por así decir; está sola con su hijo Orestes y su hija Electra. Había otra hija, Ifigenia, la mayor, que ha muerto. Su ausencia sobrevuela esta tragedia, a esta familia, porque familia y tragedia son lo mismo en cierto modo. Ifigenia murió en el preciso instante en que su padre, Agamenón, iba a hacerse a la mar con rumbo a Troya: son dos acontecimientos inseparables. Aquel día, Agamenón y su flota, con todo a punto para el combate, se vieron varados en el puerto, imposibilitados para zarpar. No había viento que hinchara sus velas: la fuerza motriz de la civilización, el ambicioso esfuerzo de los hombres impedidos en la consecución de sus fines, se paralizó por la simple retirada de las condiciones favorables. Habían olvidado que dependían de este favor, de esta voluntad del viento. Habían olvidado propiciarse la voluntad de Artemisa, la diosa que gobernaba el viento, como olvidan los hombres en peligro propiciarse la voluntad de las mujeres de quienes dependen sus planes y proyectos, porque, aunque las mujeres no peleen en las guerras ni construyan civilizaciones, todo lo que se haga depende de su voluntad. Si las mujeres no quisieran colaborar, la civilización se detendría. Y allí estaban los hombres varados en el puerto y armados hasta los dientes, sin medios para llegar a su destino. ¿Qué podían ofrecer a Artemisa para ganársela? ¿Cómo aplacarla, cuanto antes, para ponerse en marcha? La respuesta fue una ofrenda extravagante. A Artemisa le gustaban los sacrificios, la sangre de las vírgenes, una muchacha valiosa tendida en su altar como una perla cultivada. La hija de Agamenón, Ifigenia, virgen y princesa, además de muy querida por sus padres, sería una ofrenda poco común. El amor por encima de todo: la diosa sabría apreciarlo, como el brillo especial de la perla de gran valor. Agamenón pasó toda la noche atormentando, pero, como señaló amargamente a Clitemnestra, su respuesta no fue una sorpresa. Y ¿qué es el tormento de la decisión cuando la decisión ya está tomada? Si Agamenón no hubiera sufrido tanto, el valor de Ifigenia habría disminuido. Si la hubiera ofrecido sin dudarlo, es posible que la diosa no se hubiera dado por satisfecha. El sufrimiento era una especie de formalismo, pero era también una perversión, un mal uso de las emociones. Al día siguiente, con la túnica de color azafrán pensada para su boda atendida y atada en el altar de piedra, Ifigenia vio cómo su padre levantaba un cuchillo y se lo clavaba en el corazón.

e

n Rupert me cuenta que su novia, antes muy pegajosa y dependiente, ha renacido con la separación. Se ha mudado a Londres y sale todas las noches a bares, discotecas y fiestas. Dice que ha sido un malivio: fue él quien decidió poner fin a la relación, y estaba preparado para soportar algún castigo por eso. Esperaba largas conversaciones por teléfono, con lágrimas, acusaciones, arrebatos de ira y súplicas de reconciliación. Pero dice que cuando habla con ella —muy rara vez—, en vez de eso se siente liberado. Sin embargo, está preocupado; al fin y al cabo, la conoce bien. Es una mujer que manifiesta la tristeza con comportamientos extrovertidos y hedonistas. Aunque el hecho es que ella no parece necesitarlo, no llama.

n Rupert se va de casa temprano todos los días. A las seis y media, desaparece en la luz pálida del amanecer, entre la cacofonía con que nos despiertan los gritos de las gaviotas. También se acuesta temprano, a las nueve y media. A veces veo su silueta masculina en la escalera oscura

ocubierta con un albornoz blanco. En la cocina, sus platos preparados giran en la luz planetaria de microondas. Come en un taburete, en la encimera, mientras hojea un periódico. Una vez al mes se toma el sábado libre y lleva a su madre a comer fuera: ella no vive lejos. Rupert es su único hijo. Su marido se marchó cuando Rupert era un bebé y formó otra familia en otra parte. Su segunda mujer es rica y poderosa, mientras que la madre de Rupert es vulnerable y pobre. Rupert lleva años sin ver a su padre. Los dos han rodado mucho por el país, como las semillas del diente de león arrastradas por la brisa, demasiado livianas y desconcertadas para encontrar la tierra. Rupert pasó unos años en un colegio privado para niños con dotes para el canto. A pesar de estos orígenes tan frágiles, resultó que tenía una voz potente. El colegio era una institución de clase alta. Rupert estudió con una beca. Cuando habla de esa época, pone cara de niño estreñido. Los niños del coro cantaban con sus túnicas blancas desde el campanario. Un día, un compañero de Rupert subió a la torre y se lanzó al vacío. Le pregunto si sigue cantando, y por toda respuesta aprieta los labios.

s  
l.

„Agamenón duda antes de pisar los tapices y entrar en el palacio, igual que dudó Adán antes de aceptar la manzana roja que Eva le ofrecía. La mujer, por lo visto, no tiene esos escrúpulos. No tiene miedo, o está atrapada por algo que es más fuerte que el miedo, más fuerte que la obediencia. Clitemnestra persuade a Agamenón como Eva persuade a Adán. Hace un comentario sobre el esplendor y la belleza de los tapices, lo mucho que han costado, e invita a su marido a pisarlos. Agamenón está escindido, escindido entre la obediencia a los dioses y el deseo de someterse a su mujer. Es como si, para un hombre, una mujer representara la posibilidad de evaluarse sin Dios. La mujer es una fuerza de mortalidad pura en quien pueden materializarse las posibilidades más oscuras y diversas de la vida. ¿Quiénes son sus dioses? ¿Qué autoridades reconoce en última instancia?

r Agamenón entra y echa a andar sobre los tapices. Pisa su mullida belleza, y entonces Clitemnestra lo mata. ¿Qué significa para ella esta necesidad de que él entre? En un matrimonio es dentro donde ocurre la intimidad, donde las parejas se pelean o hacen el amor, donde son sinceras, donde se muestran como son de verdad. La mayoría de los matrimonios tienen una fachada pública, un aspecto de representación, como el cuerpo tiene su piel. Una pareja que discute en público es como un cuerpo que se desangra, pero existen otras formas de morir que no se ven desde fuera. A la gente le horroriza el cáncer, tan invisible y silencioso, y la ruptura de algunas parejas que nunca se han mostrado hostilidad públicamente. Parecían muy felices, dicen porque la idea de que la muerte pueda no dar ninguna señal de que se está acercando nos hace sospechar que ya está aquí. Erais la última pareja, me dijo una amiga, la última de la que no esperábamos esto. Y esta amiga, como otras, salió corriendo, huyó, como huye la gente de las víctimas agonizantes de una plaga, por miedo al contagio. A veces suena el teléfono en mi casa y medio vacía y una voz de mujer dice: lo sentimos muchísimo. Lo sentimos muchísimo cuando no nos enteramos.

Clitemnestra, en los diez años de ausencia de su marido, ha establecido una relación íntima con Egisto. No es el padre de sus hijos, por supuesto. No es su marido, porque su marido sigue vivo. Ella es la reina de Argos, pero Egisto no puede reinar con ella, porque el rey, su marido, Agamenón, sigue vivo. No hay espacio para Egisto, no hay trono, no hay cámara. Si Agamenón

estuviera muerto, se abriría una posibilidad: los niños huérfanos, la mujer viuda, el país sin rey serían vacíos que habría que llenar para mantener a flote la empresa de la vida. Pero, tal como están las cosas, a pesar de los deseos de Clitemnestra, Egisto nunca encuentra un viento favorable. Su autoridad se rechaza en todas partes: los hijos no lo aceptan, el pueblo se niega a reconocerlo. Acunde la sensación de que el país se encuentra en un momento atroz. Clitemnestra ha comprobado que, en el matrimonio, la fuerza de la vida brotaba sin esfuerzo y con brío: los hijos nacían, e poder aumentaba, las ambiciones arraigaban y florecían, pero casi todo era creencia, creencia en que todas estas cosas eran justas y reales. Es curioso lo que la gente puede llegar a perdonar, lo que puede llegar a tolerar cuando tiene una creencia. Cuando duda, la gente no tolera nada, y todos dudan de Egisto, menos Clitemnestra.

t Durante la ausencia de Agamenón, Clitemnestra ha tenido que desempeñar el papel de su marido: ha aprendido que es capaz de dirigir su palacio, de gobernar Argos, de dar órdenes a sus subalternos. Es decir, el misterio de la masculinidad, hasta cierto punto, se ha desvelado; la forma de lo masculino y lo femenino se ha puesto a prueba y ha demostrado ser limitación y mentira. La nueva y unisexual Clitemnestra ha elegido esta nueva relación con Egisto. Está buscando una forma nueva, una nueva configuración de lo masculino y lo femenino. Está buscando igualdad. La igualdad no alumbrará hijos ni construirá imperios ni ampliará fronteras, porque la paz pura de la igualdad no engendra nada. Todo son secuelas de la muerte de lo que existía antes. Para engendrar hace falta que una cosa domine a la otra, que el contenido masculino domine a la forma femenina. Aluego, para criar lo que se ha engendrado, hace falta lo contrario. Clitemnestra no quiere engendrar nada más. Quiere la paz de la igualdad, aunque para conseguirla tenga que recurrir a la violencia. El acontecimiento tiene que preceder a las secuelas.

s ¿Por qué odia tanto a este marido suyo, tan heroico? ¿Odiaría también a Egisto si fuera el compañero al que está encadenada por un vínculo, el padre de sus hijos, el capitán y custodio de su empresa vital? ¿Tienen todas las mujeres una capacidad especial para odiar a sus maridos, ¿todos los maridos la capacidad de odiar a sus mujeres con un odio fundado en los mismos orígenes de la vida? La primera vez que vi a mi marido después de la separación, me di cuenta, ¿me sorprendió mucho, de que me odiaba. Nunca lo había visto odiar a nadie: era como si estuviera lleno de una sustancia que no era suya, contaminado, como la costa teñida de negro por un vertido de petróleo. Varios meses estuvo supurando odio venenoso la herida mortal de nuestro matrimonio, brotando de todas las fuentes y conductos, empapándolo todo, hasta que cubrió a la niña de alquitrán, como las cabezas sedosas de las aves costeras. Recuerdo que, hacia el final, parecía un dique que cedía por momentos, perdidas la cortesía y la prudencia, rotos el control de los impulsos y la educación: al parecer, estas defensas definían el núcleo formal del matrimonio; desde la relación, articulaban la separación de dos personas. Sin ellas, perderíamos nuestra forma. La forma es tanto seguridad como prisión, tanto protección como disimulo: la forma, en definitiva, oculta la verdad, igual que el cuerpo oculta el cáncer que acabará por destruirlo. La forma es rígida, inviolable, devastadoramente perfecta: en eso reside su vulnerabilidad. La forma puede romperse. Tolerla la variación, pero no la transgresión; puede romperse, pero ¿a qué precio? Si se destruye, ¿qué ocupa su lugar? La única alternativa a la forma es el caos.

e Desterrada del matrimonio, veo a los matrimonios con otros ojos. Felicito en silencio a las parejas con las que me cruzo por la calle, a la vez que me pregunto por qué ellos están juntos y yo estoy sola. Sé que han triunfado en lo que yo he fracasado, pero no consigo recordar por qué. Má

yadelante, en *La Orestíada*, cuando Clitemnestra también ha muerto, las Furias, encargadas de representar la crueldad femenina de la reina de Argos y conservar con vida su justa ira en el mundo, se adormecen. Se vuelven perezosas, indolentes y olvidadizas: son incapaces de recordar, y articular la injusticia que ha sufrido Clitemnestra en su intento de ser libre, incapaces de perseguir al asesino y de ser su conciencia, de limpiar el negro alquitrán del odio que ensucia la imagen de la reina. Y yo tampoco soy capaz de recordar qué me llevó a destruir la vida que tenía. Solo sé que la he perdido, que ya no existe. La oscuridad del odio sigue empapándome, sin trabas. La dejo que venga. No consigo recordar.

s Pero Agamenón mató a la hija de Clitemnestra, su primera hija. Se dice que los hombres sienten celos del hijo que les priva por primera vez de la atención y el amor de su mujer. Y es cierto que una mujer puede encontrar consuelo en el amor de algo que no es su contrario. Su bebé no la juzga, no la desea: al principio parece que la ayuda a reconectar con su infancia, su niñez, su inocencia, pero, en el fondo, la maternidad ha roto irreparablemente sus vínculos con ese estado. Su hijo puede parecerle algo que su marido le ha dado para que lo sustituya, una especie de objeto de transición, como un muñeco, para que lo abrace hasta que él pueda volver al mundo. Y eso hace, la abandona, reanuda su trabajo, zarpa a Troya. Es libre, porque con la llegada del hijo el auxilio del hombre y la mujer ha concluido: ahora pueden valerse el uno sin el otro. Con su amor han creado un objeto, el hijo, y al hacerlo lo han definido, han definido su amor y sus limitaciones. Su idilio ha concluido, y ahora puede que sientan mutuamente una rabia asesina. Puede que ella pensara que él la querría más al nacer su hijo, pero lo cierto es que parece que lo ha perdido. Él ha utilizado al hijo para librarse de ella. Ella en realidad no quiere un muñeco: quiere un hombre, un hombre que la ame y la desee. Ifigenia, con su túnica de novia de color azafrán, quizás sea el sacrificio que reside en el núcleo de todo matrimonio, la muerte sobre la que se construye toda la empresa.

y

s

yVeo parejas por todas partes, pero cuando me acerco lo suficiente para oír lo que dicen la impresión cambia. La imagen se convierte en realidad: me quedo atrapada unos instantes en la red de la conversación conyugal, momentáneamente enredada en sus tensiones y su política, su ilusión de armonía tejida con un millón de hilos. Cuando las parejas hablan, todo lo que dicen significa algo distinto. Su conversación es referencial, pero la realidad a la que se refiere está oculta a la vista. Ves la sombra, pero no el objeto que la proyecta.

e Ahora me encuentro con Rupert en la cocina casi todas las noches. Siempre está en casa y bajo las escaleras y lo veo ahí. Este azar interminable y recurrente que nos hace cruzarnos es lo contrario del matrimonio. Hablamos mientras calienta la cena en el microondas. Me pregunta por mi situación. Se interesa por la casa y su suministro energético. Una noche abre una botella de vino y me ofrece una copa. Me ofrece compartir su cena, pasta con una salsa roja de un bote de Heinz. Dice que cree que puede conseguirme un contrato más barato si le doy todos los papeles. Se afloja la corbata. Por la ventana de la cocina se ve una oscuridad violeta y seca, y de los jardines de los vecinos llegan voces y risas en la noche templada. Los gatos merodean entre la hierba sin cortar de mi jardín; hace poco, al caer la noche, vi un zorro, sarnoso y rojizo, subido a la tapia de atrás con las cuatro patas plagadas de úlceras. Las niñas están acostadas en el piso de arriba, dormidas: me las imagino, como los pasajeros dormidos en el camarote de un barco que se

ha desviado de su ruta, ajenas al peligro que corren. Hemos perdido el rumbo, perdido nuestra historia, y yo soy el capitán del barco que lleva el timón, lleno de temor. Rupert sirve más vino en las copas. Me dice que lo estoy haciendo estupendamente. Me dice que cree que soy muy buena persona. Me dice que estamos en el mismo barco, en cierto modo. Al cabo de un rato, le doy la buenas noches y me encierro en mi dormitorio.

Reservo las vacaciones de verano, las mismas que hemos hecho siempre, en un sitio familiar y muy querido. Le digo a mi marido que podemos repartir las vacaciones por la mitad, turnarnos como los corredores en una carrera de relevos, pasarnos el testigo de las niñas. Se niega. Dice que no piensa volver allí. Ahora solo le gusta lo desconocido, lo que no es familiar. Cree que he salgo extraño y cruel en el plan de volver a un lugar al que antes íbamos juntos, y la verdad es que todavía no soy consciente del dolor que me causará este plan, de la disciplina que tendré que imponerme para soportarlo. Genial que no te afecte, dice. Quieres negar nuestra historia común, digo. Quieres fingir que nuestra familia no ha existido nunca. Algo así, contesta. No veo por qué las niñas tienen que perder todo lo que les hace felices, digo. Genial, dice. Me alegro por ti.

Rupert ya se ha ido por las mañanas cuando salgo a llevar a las niñas al colegio y, por las tardes, lo evito. Me quedo en mi dormitorio, combatiendo las largas noches. No puedo dormir. Tengo mucho miedo de soñar y también de despertarme cuando estoy soñando. Tengo miedo de mi casa. Tengo miedo de mi cama. Me siento como si hubiera salido a un mundo que, visto por la ventana, parecía agradable y templado, y hubiera descubierto que su sol era el sol gélido de invierno y su luz deslumbrante, la de los glaciares y las regiones polares. Aquí fuera hace más frío del que nunca me habría imaginado.

Una noche oigo un portazo violento en la puerta principal: Rupert ha salido. No vuelve hasta la mañana siguiente. No va a trabajar. Soy consciente de que está en su habitación todo el día. Por la noche, aparece con su albornoz blanco, avergonzado y con mala cara. Dice que ha llamado a un trabajo para decir que se encontraba mal; se excedió un poco la noche anterior en los bares y las discotecas del centro de la ciudad. ¿Salió con amigos? Bueno, no, no exactamente, aunque recuerdo que se encontró con algunas personas a lo largo de la noche. Pero salió a beber solo. Volvió alrededor de las tres y durmió en el coche. Ha pasado la mayor parte del día durmiendo pero sigue un poco perjudicado. Me esquivo la mirada, con los ojos amarillos de alcohol.

Paso unos días fuera con las niñas y, cuando vuelvo a casa, mi vecina viene a verme. Habido un incidente, dice. Siente tener que decírmelo. Su inquilino, explica. Dice que le ha escrito una nota y le ha amenazado con llamar a la policía si vuelve a repetirse. Espera que no me moleste que lo haya hecho, pero es que ya no sabía qué hacer. Estaba ahí fuera, añade, señalando. En el jardín. Era más de media noche, ella ya se había acostado, cuando oyó un ruido espantoso y diabólico. Se levantó; otros vecinos empezaron a abrir las ventanas y a preguntar qué pasaba, y a la final ella también abrió la ventana. Lo vio en el césped, a oscuras, en calzoncillos. Y le dijo: La gente intenta dormir y usted está haciendo un ruido tremendo. Está alborotando. Y le pareció que él no la oía, le pareció que no la veía. Al día siguiente, la vecina vino y llamó al timbre. Le dijo que esperaba que no volviera a hacer tonterías, y él prometió que no volvería a ocurrir. Pero esa noche se repitió la escena. Empezó a gritar alrededor de la una y estuvo en el jardín hasta las cinco o las seis de la mañana, en cueros. Pero lo malo era el ruido que hacía, un ruido atroz, que me paraba, hasta que creyó que iba a volverse loca.

a ¿Qué clase de ruido?, le pregunté. ¿Qué hacía?

n Bueno, es curioso, pero creo que intentaba cantar.

a

s

En el relato bíblico, Abraham también ata a su hijo a un altar y levanta un cuchillo por encima de su cabeza. Al menos Isaac no conoce el destino que lo espera cuando sube al monte con su padre Abraham, como un buen padre, le miente a medias: se inventa que van a sacrificar un cordero. ¿Es Abraham capaz de este pequeño acto de clemencia porque no pretende nada? Su sacrificio no engrasará las ruedas de la civilización; no lo hace para que sople el viento, para volver las cosas en su favor. Simplemente, su Dios se lo ha pedido, con la crueldad que solo puede nacer de la intimidad, porque Dios sabe que Abraham quiere a su hijo más que a nada. Poco antes, Abraham había criticado a Dios por destruir las inicuas ciudades de Sodoma y Gomorra, por matar a los justos junto a los pecadores, porque incluso donde el mal lleva las de ganar siempre es posible encontrar el bien, y Abraham quiere saber por qué la gente que se ha esforzado para resistirse al mal termina recibiendo el mismo castigo que quienes han sucumbido. Dios, desquiciado, le recrimina la temeridad de tener una opinión, como un padre desquiciado por un niño preguntón. Y : continuación se venga, le ordena a Abraham que destruya lo que más quiere. Le está enseñando una lección, o ¿no es precisamente esa la intención de Dios cuando se propone destruir también a los justos de la irredimible Sodoma? Es difícil ser Dios, difícil ser responsable, hacerse cargo de una situación. Esa es la lección en este caso: que la responsabilidad consiste en anteponer la obligación moral a los sentimientos personales. Si la de Agamenón era una lección sobre las crueles tácticas del egoísmo, sobre la necesidad de reprimir los sentimientos para alzarse con la victoria en la persecución del éxito y en el juego de poder entre los seres humanos y los dioses, la de Abraham es exactamente la contraria. Es una lección sobre la disciplina de la objetividad, una disciplina que se vuelve más exigente que nunca cuando se trata de gobernar el núcleo moral de un samor.

e A diferencia de Artemisa, este Dios cristiano se conforma con la buena voluntad: Abraham ata a su aterrorizado hijo en el altar, levanta el cuchillo y, justo en ese momento, Dios envía a un ángel para inmovilizarle la mano. La sangre ya no tiene ningún valor en este nuevo mundo de ideas. La justicia se ha vuelto cerebral, lógica y académica. Pero me imagino a Abraham y a Isaac después, bajando por el monte en silencio, con su historia de amor hecha añicos. El padre ha aprendido que es capaz de hacer daño a su hijo. El hijo ha aprendido que el amor paterno no es la seguridad que él creía. ¿Qué nueva historia surgirá de esta terrible revelación?

l

,

l

a

e

o

a

s

e

¿Qué clase de ruido?, le pregunté. ¿Qué hacía?  
Bueno, es curioso, pero creo que intentaba cantar.

En el relato bíblico, Abraham también ata a su hijo a un altar y levanta un cuchillo por encima de su cabeza. Al menos Isaac no conoce el destino que lo espera cuando sube al monte con su padre. Abraham, como un buen padre, le miente a medias: se inventa que van a sacrificar un cordero. ¿Es Abraham capaz de este pequeño acto de clemencia porque no pretende nada? Su sacrificio no engrasará las ruedas de la civilización; no lo hace para que sople el viento, para volver las cosas en su favor. Simplemente, su Dios se lo ha pedido, con la crueldad que solo puede nacer de la intimidad, porque Dios sabe que Abraham quiere a su hijo más que a nada. Poco antes, Abraham ha criticado a Dios por destruir las inicuas ciudades de Sodoma y Gomorra, por matar a los justos junto a los pecadores, porque incluso donde el mal lleva las de ganar siempre es posible encontrar el bien, y Abraham quiere saber por qué la gente que se ha esforzado para resistirse al mal termina recibiendo el mismo castigo que quienes han sucumbido. Dios, desquiciado, le recrimina la temeridad de tener una opinión, como un padre desquiciado por un niño preguntón. Y a continuación se venga, le ordena a Abraham que destruya lo que más quiere. Le está enseñando una lección, o ¿no es precisamente esa la intención de Dios cuando se propone destruir también a los justos de la irredimible Sodoma? Es difícil ser Dios, difícil ser responsable, hacerse cargo de la situación. Esa es la lección en este caso: que la responsabilidad consiste en anteponer la obligación moral a los sentimientos personales. Si la de Agamenón era una lección sobre las crueles tácticas del egoísmo, sobre la necesidad de reprimir los sentimientos para alzarse con la victoria en la persecución del éxito y en el juego de poder entre los seres humanos y los dioses, la de Abraham es exactamente la contraria. Es una lección sobre la disciplina de la objetividad, una disciplina que se vuelve más exigente que nunca cuando se trata de gobernar el núcleo moral del amor.

A diferencia de Artemisa, este Dios cristiano se conforma con la buena voluntad: Abraham ata a su aterrorizado hijo en el altar, levanta el cuchillo y, justo en ese momento, Dios envía a un ángel para inmovilizarle la mano. La sangre ya no tiene ningún valor en este nuevo mundo de ideas. La justicia se ha vuelto cerebral, lógica y académica. Pero me imagino a Abraham y a Isaac después, bajando por el monte en silencio, con su historia de amor hecha añicos. El padre ha aprendido que es capaz de hacer daño a su hijo. El hijo ha aprendido que el amor paterno no es la seguridad que él creía. ¿Qué nueva historia surgirá de esta terrible revelación?

## Ventanas oscuras

Mis hijas y yo no salimos mucho: se ha instalado en casa una especie de letargo que puede transformar cualquier movimiento en dolor. Yo al principio creía que ir a alguna parte creaba posibilidades de consuelo, incluso de recuperación, pero he descubierto que toda acogida es también una forma de exposición. Es como si, en casa de otras personas, tomáramos conciencia de nuestra desnudez. Hubo un tiempo en el que confundí esta desnudez con la libertad, pero ya no.

Celebramos el cumpleaños de mi madre, sus setenta años. Es un gran acontecimiento: ha venido todo el mundo. La entrada de la casa de mi hermano está abarrotada de coches. Nosotras también hemos venido en coche, por la autopista, y después por carreteras secundarias atravesando campos y pueblecitos de ladrillo rojo que me han recordado el pueblo al que iba a ir a ver a mi abuela cuando era pequeña. Entonces vivíamos en Estados Unidos, y ese pueblo inglés tan lluvioso y como en miniatura, tan lleno de recovecos y rincones, constituyó mi educación en el país de mis padres, al que pronto me iría a vivir definitivamente. En California no estaba segura de quién era: faltaban muchas piezas del puzle, y tenía la impresión de que las piezas que faltaban estaban allí, en aquel pueblo de calles retorcidas y oscurecidas por la lluvia. Las reconocía en las medias, en la antigüedad y en el clima expresivo, en los misteriosos y enrevesados interiores de los setos, en la sensación de un origen sólido bajo los movimientos superficiales de la vida, como la madera debajo del barniz: eran parte de mí y al mismo tiempo estaban fuera de mí. Era difícil decir —demostrar— que las piezas eran mías. En la cocina con olor a gas y lluvia en las ventanas mi abuela untaba con mantequilla la parte empezada de la hogaza casera antes de cortar la rebanada, y yo la miraba como un sabio que observa a un misionero, o puede que al revés. El caso es que era una espectadora, aunque no quería serlo. Quería vivir en el presente, no que la conciencia me sacara continuamente de él, como se saca a un niño adormilado de su cama caliente a media noche.

Pero la conciencia era la consecuencia y la maldición de esa vida dividida. Sentía Inglaterra puede que incluso más que la gente que vivía allí, como ahora siento el hogar intacto, las vidas completas que veo por las ventanas iluminadas. Cuando yo vivía detrás de esas ventanas, pensaba en lo que había fuera. Ahora, esa división ha vuelto a exteriorizarse, se ha hecho realidad, como la división geográfica de mi juventud. Ya no participo: una vez más, soy una observadora. Observar no es sentir: de hecho, es ponerse a merced del sentimiento, como la cálida piel del niño expuesto al aire frío a media noche. Mis hijas también han despertado de la inconsciencia de la infancia. El dolor y el don de la conciencia ahora también son suyos. «Tengo dos casas —me dijo mi hija una noche, sabiendo lo que decía— y no tengo ninguna.» Sufrir y saber por qué se sufre: ¿cómo se mide eso en comparación con su contrario, tan valorado, con la capacidad de ser feliz sin saber por qué?

Una limusina blanca sale de un cruce y se incorpora a la carretera delante de nosotras; un coche nupcial, tan majestuoso como un coche fúnebre. Por las ventanillas oscuras veo una celosía de lazos blancos; veo el asiento trasero vacío, adornado con flores de color amarillo pálido. Veo

al conductor con gorra y uniforme, mirando al frente. Su solemnidad, su engreimiento llaman la atención. En su papel de funcionario de ritos eternos, no parece hacer ninguna distinción entre la vida y la muerte. No sé si va a cumplir con sus obligaciones o si vuelve. En la parte de atrás del coche llevamos una tarta enorme. La hice ayer, en uno de esos estados de distracción que a veces me asaltan ahora, cuando se produce un ligero desajuste en la realidad: es como si me deslizara como si flotara por una rampa de tiempo, sin darme cuenta de que no puedo desviarme ni frenar hasta que algo concreto se cruza por azar en mi camino. Al principio hay una especie de encanto lánguido en el sufrimiento, porque el sufrimiento es el corolario de la salud, tal como la embriaguez lo es de la sobriedad. El encanto reside en el hecho de alejarse de la normalidad. Un velo se rasga: ¡qué delirio, qué curiosa liberación produce rasgarlo! Por algún tiempo, el estado antiguo presta su luz al nuevo, como el sol presta su luz a una estrella muerta, pero poco a poco ha ido tomando conciencia de un frío inmenso, de un silencio que lo atraviesa como una sombra. Veo la magnitud del sufrimiento en el mismo instante en que comprendo que ya no puedo seguir evitándolo. Y, entonces, da miedo quedarse varada en ese delirio, como el borracho para quien la sobriedad es tan inaccesible como una casa cerrada de la que se han perdido las llaves. Puede mover el picaporte, mirar por las ventanas oscuras, pero no puedes entrar.

La tarta es una tarta de tres pisos, y el edificio entero está revocado de arriba abajo con azúcar glas. La han decorado las niñas, con capullos de rosa y bolitas de plata de azúcar que venían en una bolsa. Con azúcar glas de distintos colores han escrito «Feliz cumpleaños» en el piso de arriba. La tarta es tan grande que tiene que hacer el viaje en una caja de cartón enorme. No dejo de mirar su cima por el retrovisor, como una montaña chabacana. Parece barata y lujosa a un mismo tiempo: del asiento trasero llegan oleadas de grandiosidad y vergüenza. Sé que esa tarta es un fracaso. La concebí con un toque imaginativo que se me fue de las manos, sin pararme a pensar debidamente en el trabajo que exigía darle vida. Mi visión —tres pisos diferentes de limón y chocolate y vainilla— se disoció de mi capacidad. Recuerdo lo fácil que era imaginar de pequeño y lo difícil que era crear: la diferencia entre lo que podía concebir y lo que verdaderamente podía hacer me llenaba de perplejidad. De adulta, he aprendido que imaginar no es nada: el éxito es una divisa fuerte que se gana únicamente con excelencia. La visión tiene que exteriorizarse y, en el caso de la tarta, sigue siendo prisionera de mis fantasías. Tengo un vago recuerdo de las horas que pasé ayer en la cocina, preparando y horneando los tres pisos. No seguí una receta: totalmente entregada a mi visión, actué movida por una fe ciega. Pero fui negligente, descuidada, no medí bien las cantidades y tomé todos los atajos posibles. ¿Lo hice con tanto descuido porque la visión era mía? A veces veo la misma impaciencia en mis hijas cuando emprenden una tarea que no son capaces de hacer, una especie de indiferencia —casi de desprecio— por las cosas prácticas que puede que incluso por la propia realidad. Lo que les gusta es lo que tienen en la cabeza: ¡qué aburrido, qué arduo e intransigente es este plano en el que no se reconoce su imaginación, en el que sus visiones se traducen en cosas absurdas y amorfas! Yo también me olvidé, durante esas horas, de lo difícil que es alcanzar el éxito; me olvidé de que la gente se comería esta tarta y la juzgaría. Cuando terminé de hornear los bizcochos, los saqué de los moldes y, desde una inmensa distancia psicológica, tomé conciencia de los tres discos correosos, de un color y un olor indeterminados. Los enterré en azúcar glas, como si enterrara el producto de mi vergüenza, y las niñas decoraron el montículo con flores e inscripciones, como una tumba recién cavada. Los niños tienen una habilidad especial para lo fúnebre, cierta autoridad en lo que atañe a la muerte. /

adiferencia de su instinto creativo, esto es competencia pura. Ha quedado bonita, mamá, dijeron la ados cuando la sepultamos en su caja de cartón.

1 Mi familia necesita unir varias mesas para que quepamos todos. En casa de mi hermano ha svaciado la habitación más grande para hacer sitio. Han traído mesas de todas partes: la mesa de ocomedor y la mesa de la cocina, la mesa del jardín llena de hojas, mesas de estudio y mesa asupletorias de toda la casa y, por último, un tablero enorme con dos caballetes del garaje. E ootoño, un domingo luminoso y frío, y la luz que entra por las ventanas del comedor no calienta aLas distintas mesas están puestas en una fila larga, unidas por los extremos bajo esta luz dura. M ncuñada despliega un mantel descomunal: en realidad son dos manteles de la misma tela con un otira en el centro para esconder la costura. Mientras cubre con ellos las superficies dispares, la ebaratas al lado de las caras, el puzle de fracaso y esplendor se transforma en una visión del todo oNadie adivinaría ahora el consenso que esconden los elegantes manteles; el hecho de que l: reestructura que hay debajo es a la vez más y menos de lo que parece, que se ha perdido en l: aconformidad de la superficie.

s La persona más joven que se sienta a la mesa tiene dos años; la mayor —mi abuela— noventa y dos. En este clan nunca ha habido un divorcio. Algunos de los niños han sido lo nprimeros de su familia en ir a la universidad: mis hijas son las primeras que experimentan l: eruptura pública del matrimonio de sus padres. Aparte de mí, entre los muchos adultos que se ha lreunido, mi abuela es la única que no tiene pareja. Mi abuelo murió cuando mi abuela tenía algomás de sesenta años: desde hace casi treinta años, ha vivido sin marido. Estas tres década lempiezan a rivalizar con las décadas que estuvo casada, igual que las afueras de una ciudad srodean su centro histórico, pero el centro resiste, sigue siendo la explicación, la causa. / rdiferencia de mí, mi abuela nunca dio su historia por terminada: la suya continúa, lo sepan o no l:sus personajes principales.

a Cuando era más joven, yo creía que debía haber sido una tranquilidad para ella quedarse asola, después de tantos años. Aunque quería mucho a mi abuelo, veía su muerte como un indulto auna liberación, como quitarse unos zapatos que hacen daño. El matrimonio me parecía un freno, u lcorsé, y a mi modo de ver la fuerza coactiva era masculina; eran los hombres quienes imponía: eesa estructura, el matrimonio, para volver a una mujer inaccesible, y con ella también los dones d: eamor y calidez que de lo contrario podría haber propagado libremente por el mundo. Pero lo íhombres ofrecían protección y dinero: comprendí que una mujer no podía liberarse con tant: nfacilidad, no podía largarse a otra parte, sin más, con sus dones de amor y calidez. Lo que le habí: npasado a mi abuela parecía la solución ideal; se quedaba con las propiedades, pero se libraba d: l: la autoridad masculina que las había proporcionado, aunque es cierto que eso tardó muchísimo e: éllegar. Nunca se me ocurrió que mi abuela pudiera volver a casarse, que pudiera someterse d: lnuevo a ese cautiverio, y no lo hizo. Tampoco se me ocurrió nunca que pudiera seguir sola po slealtad a la empresa familiar; que pudiera sentirse sola y enfermar por falta de compañía, y aun as: aseguir interpretando su papel por el bien de sus hijos; que pudiera haber comprendido, como yo n: asupe, que el puzle es frágil, no fuerte, que es un espejismo, no una prisión. Que lo que exig: rfortaleza es conservarlo, no desmantelarlo, porque puede romperse en un instante. Esa imagen s: romperá, y lo que quede de ella no será una imagen diferente o nueva, sino un montón de pieza sque no significan nada.

^

s Al final de la comida trajeron la gigantesca tarta, entre exclamaciones en las que me parecían detectar notas de duda. Por un momento, la amenaza —o mejor dicho, la certeza— del fracaso resulta insoportable, el conocimiento inexorable que es la esencia de esta segunda vida, de estos despojos. De pequeña, leía el libro de la vida a través de los adultos a los que conocía, igual que ahora lo leo a través de mis hijas, y puede que la segunda lectura sea una forma de expiación por la primera, porque sé lo que significa ser una niña. La primera lectura fue salvaje y reveladora: mientras que la segunda es empática y filosófica: con la vista cansada por la oscuridad de mi propia ignorancia, luchaba por comprender la grandeza y la violencia del mundo de los adultos para captar su doble naturaleza entre el ser y el aparentar. Y en esta duplicidad, en esta diferencia entre lo que las cosas parecían y lo que eran, había algo con lo que no podía reconciliarme, igual que ahora no puedo olvidar que debajo de esos manteles tan bonitos hay una estructura improvisada, sin forma ni belleza propias. De una manera muy similar, veía el lado romántico del matrimonio como la envoltura de algo categóricamente práctico, lo veía como la metáfora de una mujer, esa hermosa criatura que limpia y cocina. ¿Por qué no podían ser iguales lo exterior y lo interior? Mi tarta esconde dentro algo peor que práctico, peor que improvisado: es lo contrario del significado; es la representación del fracaso. Mucho mejor ser práctico que hacer una tarta repugnante. Mejor ir a una tienda y comprar una tarta que crear esta extravagante parodia de amor.

o Las primeras Navidades después de que muriera mi abuelo, mi abuela lloró en la mesa, con un gorro de papel que le había tocado en su sorpresa navideña. Recuerdo la imagen del endeble gorrito, alegremente posado en la cabeza canosa de mi abuela mientras ella lloraba. Parecía que el gorro la readmitía en el mundo de la infancia; y lo cierto es que noté que su comportamiento causaba en la mesa cierta impaciencia, a la que yo, por mis frecuentes arrebatos emocionales, me había acostumbrado hacía mucho tiempo. Por algún motivo, sus lágrimas no estaban permitidas: la obligación de idealizar el matrimonio se había revocado, en cierto modo, debido a la ausencia de mi abuelo. La envoltura se había caído: ¿por qué narices intentaba ponérsela de nuevo? Mi abuela había sido valiente en el matrimonio: había conservado la fachada más de cuarenta años. Parecía injusto que no se le permitiera ponerse sentimental ahora que ya no podía hacer daño a nadie. Con ese alegre gorrito, sin marido, había vuelto al estamento y a las limitaciones de la infancia, a nuestro extremo de la mesa, donde a todo el mundo se le decía cuándo podía y cuándo no podía llorar.

a No hay llanto en la fiesta de cumpleaños de mi madre. Miro a mi familia como a través de un cristal resquebrajado por un millón de grietas. El mundo, a este lado del cristal, es blanco, frío y silencioso como una llanura ártica. Están cantando una canción; cortando la tarta sucesivamente dividiéndola y volviéndola a dividir en infinitas porciones. Me alegra en cierto modo ver cómo se desmantela, pero una tarta no es un puzle. Su personalidad sobrevive: por más fina que la cortes cada sección reproduce los estratos del todo. Me ponen un trozo delante, mi porción, pero lo demás también reciben las suyas. Veo pasar los platos alrededor de la mesa. Estoy imponiendo el fracaso a mi familia, o al contrario, me están liberando de él. Levantamos los vasos para brindar. Mi madre me dice que coma, que estoy en los huesos. Mi padre dice que cree que conduzco mejor desde que estoy sola. Mi abuela me acaricia la mano. Recuerda mis palabras, dice, haréis las paces. Espera y verás.

Mi hermana viene a pasar el día y llevamos a los niños al parque. Es una tarde de domingo llorosa y gris. Los colores hacen daño entre tanto gris: el rojo de los autobuses, los chalecos amarillos de los trabajadores que están perforando la calle cerca de allí, las monótonas bicicletas de los niños rosa y azul fosforescente, que dan vueltas por los caminos asfaltados. La hierba está encharcada. Observo a la gente, a las madres con sus cochecitos, a los ancianos que se paran mientras sus perros olisquean los bordes del camino, a los padres con ropa de deporte que dan patadas a balón bajo la llovizna, a los niños que corretean por la zona de juegos vallada con una especie de euforia que nace muerta, como animales en cautividad. Llevamos a los niños a los columpios. Observo a mis hijas: a veces, cuando las miro, me da la sensación de que llevan máscaras. Sus facciones adoptan la rigidez de la representación, como esas máscaras blancas de la antigüedad con la boca caída, aunque no estoy del todo segura de qué representan, si su infelicidad o la mía. En ambos casos, algo que debería esconderse se hace visible de repente. La inconsciencia de la infancia se invierte: son niñas vueltas del revés, con lo de dentro fuera.

Cuando empieza a llover nos vamos del parque y damos un paseo por las arboladas calle victorianas de este barrio que no es el mío. He estado pensando en mudarme aquí, en alejarme del jaleo del mar; alejarme de la tensión del cambio incesante, del agitado movimiento del agua siempre tan desnuda, tan abandonada, que fluye tanto en la luz como en la oscuridad. Me imagino una casa en este barrio, en este cepo de calles de ladrillo rojo, me la imagino como un lugar seguro y ligeramente purificador, una uniformidad constante en la que mis pecados no me devorarán, aunque tendré que pagarlos religiosamente a lo largo de toda la vida en pequeños plazos, como una hipoteca. Es el fin de semana anual en el que los artistas de la ciudad abren sus casas para mostrar su obra al público, y cuando pasamos por delante de una entramos para refugiarnos de la lluvia. En las paredes hay fotografías, acuarelas y óleos enmarcados; más adelante hay baldas con postales hechas a mano y reproducciones en fundas de celofán apiladas en una mesa. Su tema siempre es el mar. Aquí de humor tempestuoso, allí benigno; aquí una lámina de fulgor vacío, allí una superficie irregular que desprende luz. Lo vemos con y sin veleros, amanecer y al anochecer, con gente y desierto, ventoso, apacible y monótono. Hay cuadros de algas, de madera arrastrada por las olas, de los guijarros de la playa. Hay cuadros de las casetas de colores que bordean el paseo marítimo: me recuerdan a la fila de santos que rodean a la Virgen en los primeros retratos renacentistas, porque en su devoción y su repetición esto también es una muestra de iconografía religiosa, y su diosa es el mar. En las calles de este barrio no hay rastro del mar, ni a la vista ni en el ambiente; este podría ser un barrio agradable de cualquier ciudad de interior. Hay algo obsesivo, casi fetichista, en estas imágenes preocupadas por lo que está ausente, mejor dicho, por lo que está justo fuera del alcance de la mano. Desconfío de esta exposición, de algo que ya se expone a sí mismo, del mar desnudo; de la mente que se nutre de las tragedias marinas desde la seguridad de la periferia. De todos modos, me imagino mudándome a este barrio y colgando una foto del mar en la pared. Siempre he creído que la única manera de conocer una cosa es experimentarla, que las formas de conocimiento más veraces son personales. Ahora imagino un conocimiento distinto, un conocimiento sin exposición, sin riesgo; el conocimiento de *voyeur*, que observa y juzga a escondidas.

Los niños nos tiran de la manga: se aburren y quieren irse. Volvemos a pasear por las aceras lluviosas. Caen gotas de los árboles. Al final de la calle hay otra casa abierta, y los niños se

adelantan corriendo y desaparecen dentro. Los seguimos y llegamos a un jardín de fantasía, como salido de un cuento de hadas, lleno de campanillas y curiosas figuritas de arcilla. Al fondo está la casa, hundida entre la penumbra de los árboles. Tiene vidrieras de colores y hastiales festoneado como el pelo de una lechera excéntrica. La puerta está abierta: dentro, todo es de color sepia; está cubierto de polvo. Cruzamos el vestíbulo y entramos en una sala desordenada e inundada por una luz extraña que parece hecha de piedras preciosas. Aunque el día es sombrío y gris, las vidrieras proyectan sus rectángulos de colores en el interior de la casa. Hay una mujer de pie delante de una mesa grande, con las ventanas a su espalda. Es altísima, tiene unas trenzas largas; rubias. En la mesa se ven varios sombreros o tocados curiosos; y al lado de la mesa están los niños, que se vuelven a mirarnos cuando entramos. Una de mis hijas se ha convertido en un ciervo con una cornamenta de ramas oscuras; la otra en un zorro, con un hocico largo y rojizo y una cabeza aterciopelada. Mi sobrina pequeña es un topillo, mi sobrino un tejón, con una cresta afrondosa y blanca. Nos miran con los ojos brillantes y oscuros bajo la luz de colores. En el poco tiempo que hemos tardado en entrar, se han transformado: son animales en el claro de un bosque asustados por el peligro que se acerca. La mujer parece satisfecha con el aire teatral de los niños. Es ella quien hace las máscaras, nos dice: están pensadas para los adultos, pero resultan mucho más reales en los pequeños. A ella le gusta ponerse la del ciervo, a pesar de que le otorga un tamaño terrorífico.

Entonces, los niños se quitan las máscaras, todos menos el ciervo, que quizá le ha tomado más cariño a la suya al oír que su dueña también le tiene un cariño especial. ¿Puedo quedármela? me pregunta. ¿Me la compras? Me habla desde dentro de la cara del ciervo, porque no le veo la boca. La máscara está muy bien hecha: es preciosa, tosca y acolchada; ha transformado a mi hija por completo, pero también parece que se acomoda a su naturaleza, y tengo la sensación de que yo estoy acostumbrada a verla así. Paradójicamente, a las dos nos tranquiliza la metamorfosis. La mujer me dice el precio. Es cara, aunque no tanto como esperaba. Mi hija-cierva me observa alerta, con los ojos brillantes, totalmente inmóvil. Por favor, dice. Por favor, me encanta.

Todo el mundo espera a ver qué voy a hacer: mi sobrina y mi sobrino, mis hijas, mi hermana y la mujer alta de las trenzas rubias. Detectan un vacío de autoridad. ¿Cómo es posible que salgamos a dar un paseo por el parque y acabemos comprando un tocado bohemio? La única certeza que consigo encontrar en mí misma son las ganas de minar la autoridad. La autoridad le negaría la máscara a mi hija por el mero capricho de pedirla. La autoridad no se dejaría llevar por una secuencia de acontecimientos. Sin embargo, ahora yo soy la autoridad. Por eso, aunque quiero comprarle la máscara a mi hija, aunque sé que le encantaría y la valoraría, aunque dependo exclusivamente de mí, decido decirle que no. Pero antes de que pueda abrir la boca, mi hija se quita la máscara y la deja con cuidado encima de la mesa. No la necesito, dice. No te preocupes. He cambiado de opinión.

o

a

Más tarde, en la estación del tren, antes de irse, mi hermana me dice: Tienes que aprender a esconder tus sentimientos delante de las niñas. Acabarán sintiendo lo que creen que tú sientes porque son meros reflejos tuyos.

s No me lo creo, digo.

e Si creen que estás contenta, estarán contentas, añade mi hermana.

o Tienen sus propios sentimientos, insisto.

a Tengo la sensación de que he saltado desde un sitio muy alto, pensando que podría volar, y después de girar unos instantes me he dado cuenta de que estoy cayendo. Tengo la sensación de que el desastre se acerca a toda velocidad. Y he creído que mis hijas estaban cayendo conmigo. He creído que estaba viendo su corazón, su alma, y he visto terror y desesperación. ¿Es posible que mis hijas no sean ventanas sino espejos? ¿Que lo que he visto fuese mi caída, mi terror, no es mío, sino suyo?

y No me lo creo, repito.

s Tienes que creértelo, dice mi hermana.

, Deja de llover cuando volvemos de la estación. Un sol opulento y metálico se derrama entre las nubes desgarradas. En las calles recién lavadas sopla un viento fresco. Una sensación de libertad se apodera de mí y me hace dar vueltas a la idea de que no necesito reconocer ninguna autoridad, no necesito servir a ninguna estructura superior, de que puedo hacer lo que quiera. La sensación se esfumará, lo sé, pero de momento está conmigo. Paso por delante de casa: dormiladas, de una iglesia cerrada, de un salón de tatuajes con la fachada cubierta de sinuosas imágenes de flores y serpientes. Paso por delante de un restaurante y, por los ventanales, veo a una familia sentada a una mesa, a la madre que se levanta y se inclina para darle algo al bebé instalado en su trona. Huelo la comida, oigo el ruido de los platos y las voces de la gente que habla en la cocina. Veo a un hombre con un delantal de chef, al lado de una puerta, fumando al sol. Aunque está a poco más de un metro de la familia, ellos no lo ven: están dentro, en el comedor asentados a una mesa con un mantel blanco. Por la ventana veo los restos de su comida, los platos descubiertos caóticos, las servilletas arrugadas y los platos sucios, las migas de pan en la blancura del mantel. Hace unos minutos, cuando estaba lloviendo a cántaros, debieron de sentirse afortunados de estar dentro, a cobijo y sin mojarse, dentro, donde todo existe únicamente para servirlos. La madre sigue inclinada sobre la mesa: me fijo en su perfil pálido a través del cristal.

Es como una estatua, congelada en el momento de su maternidad, acercándose a su hijo. Su marido está erguido en la silla, con la vista al frente, como si algo que ha visto en la calle hubiera llamado su atención. Como si, en un instante, se hubiera dado cuenta de que el servicio del restaurante se ha convertido en una trampa: mira por encima del cuerpo inclinado de su mujer y mira por las ventanas oscuras el día que empieza a despejarse, los chorros de luz dorada, la libertad y la frescura de la calle. El hombre con delantal de chef termina el cigarrillo y entra. Sigue adelante, pensando en la máscara de ciervo, su dulce expresión huidiza; en la cabeza de mi hija cargada de ramas, que se vuelve sobre sus hombros delicados, en la extraña tranquilidad que he sentido al verla enmascarada y con forma animal, ajena al dolor humano. Con ese disfraz podía correr lo que quisiera para esquivar las flechas del cazador. Era libre.

a

,

Tienen sus propios sentimientos, insisto.

Tengo la sensación de que he saltado desde un sitio muy alto, pensando que podría volar, y después de girar unos instantes me he dado cuenta de que estoy cayendo. Tengo la sensación de que el desastre se acerca a toda velocidad. Y he creído que mis hijas estaban cayendo conmigo. He creído que estaba viendo su corazón, su alma, y he visto terror y desesperación. ¿Es posible que mis hijas no sean ventanas sino espejos? ¿Que lo que he visto fuese mi caída, mi terror, no el suyo?

No me lo creo, repito.

Tienes que creértelo, dice mi hermana.

Deja de llover cuando volvemos de la estación. Un sol opulento y metálico se derrama entre las nubes desgarradas. En las calles recién lavadas sopla un viento fresco. Una sensación de libertad se apodera de mí y me hace dar vueltas a la idea de que no necesito reconocer ninguna autoridad, no necesito servir a ninguna estructura superior, de que puedo hacer lo que quiera. La sensación se esfumará, lo sé, pero de momento está conmigo. Paso por delante de casas adormiladas, de una iglesia cerrada, de un salón de tatuajes con la fachada cubierta de sinuosas imágenes de flores y serpientes. Paso por delante de un restaurante y, por los ventanales, veo a una familia sentada a una mesa, a la madre que se levanta y se inclina para darle algo al bebé instalado en su trona. Huelo la comida, oigo el ruido de los platos y las voces de la gente que habla en la cocina. Veo a un hombre con un delantal de chef, al lado de una puerta, fumando al sol. Aunque está a poco más de un metro de la familia, ellos no lo ven: están dentro, en el comedor, sentados a una mesa con un mantel blanco. Por la ventana veo los restos de su comida, los cubiertos caóticos, las servilletas arrugadas y los platos sucios, las migas de pan en la blancura del mantel. Hace unos minutos, cuando estaba lloviendo a cántaros, debieron de sentirse afortunados de estar dentro, a cobijo y sin mojarse, dentro, donde todo existe únicamente para servirlos. La madre sigue inclinada sobre la mesa: me fijo en su perfil pálido a través del cristal. Es como una estatua, congelada en el momento de su maternidad, acercándose a su hijo. Su marido está erguido en la silla, con la vista al frente, como si algo que ha visto en la calle hubiera llamado su atención. Como si, en un instante, se hubiera dado cuenta de que el servicio del restaurante se ha convertido en una trampa: mira por encima del cuerpo inclinado de su mujer, mira por las ventanas oscuras el día que empieza a despejarse, los chorros de luz dorada, la libertad y la frescura de la calle. El hombre con delantal de chef termina el cigarrillo y entra. Sigo adelante, pensando en la máscara de ciervo, su dulce expresión huidiza; en la cabeza de mi hija, cargada de ramas, que se vuelve sobre sus hombros delicados, en la extraña tranquilidad que he sentido al verla enmascarada y con forma animal, ajena al dolor humano. Con ese disfraz podía correr lo que quisiera para esquivar las flechas del cazador. Era libre.

## ¿Tú no tomas nada?

Tengo una amiga a la que me da mucho miedo ver. Estábamos muy unidas, pero cuando me llamó uno de esos días del final del verano hechos añicos, me asusta oír su voz. Leo un cuento de una mujer que recibe continuas llamadas de su abuela muerta, quien también le deja largos mensajes en el contestador automático, en los que se queja de su soledad en el purgatorio. La mujer quería mucho a su abuela pero al final se enfada con la muerta y le grita por teléfono, sin piedad; le dice que la deje en paz. Las llamadas le hacen sentirse culpable.

Mi amiga vive con sus dos hijas en una ciudad que está a una hora de aquí, en una casa que un agente inmobiliario calificaría de «engañoso». Por fuera parece muy pequeña: el engaño reside en que, una vez eliminada la escala de la calle, por dentro al menos todo guarda proporción con todo. Mi amiga es muy pequeña, tiene manos de niña, y esconde las uñas mordidas debajo de las mangas de los jerséis, demasiado grandes para ella. Antes vivía en Londres con su marido, en una casa grande en la que organizaban cenas de las que uno salía herido, como si una cuchilla escondida le hubiera estado cortando la piel toda la velada sin que se diera cuenta. Esa cuchilla supongo, era la hostilidad entre el marido y la mujer que más tarde descuartizaron su casa y todo un modo de vida de una manera tan brutal. Él conoció a otra mujer, tuvo hijos con ella y se compró otra casa de lujo para sustituir a la primera; y mi amiga y sus hijas se quedaron cortadas, como un retal caído de la mesa de una modista porque el patrón no lo necesita.

Mi amiga se mudó a esta ciudad más barata y menos elegante, buscó un trabajo compatible con el horario escolar de sus hijas, dejó de beber y empezó a practicar yoga. Ahora se relaciona con otro tipo de gente, tiene opiniones nuevas y un corte de pelo distinto. En su casita de muñecas todo es delicado, blanco y fresco. Parece como si, al no tener un hombre, la mujer aprovechara la oportunidad de recuperar su inocencia, de reconstruir su mundo virginal, de limpiarse la sangre de la sexualidad y de perfeccionar su feminidad. Yo me pasé una temporada limpiando mi casa sin parar, como una Lady Macbeth maternal que veía manchas de sangre en todas partes. Los armarios de la cocina desordenados y las estanterías abarrotadas eran como un subconsciente al que podía purgar de su culpa y su dolor. En aquellos armarios seguía existiendo nuestra familia, el hombre y la mujer mezclados todavía, las niñas todavía intercaladas con sus padres: la intimidada sobrevivía. Un día lo saqué todo y lo tiré.

Por eso tengo miedo de mi amiga. No le devuelvo las llamadas. Lleva una vida virtuosa y respetable, pero pensar en eso me paraliza de terror.

Mi hija vuelve de una excursión escolar con cara larga. Le pregunto qué tal le ha ido. Bien, dice.

Está callada toda la tarde, pero, cuando se acuesta, con las sábanas subidas hasta la barbilla empieza a contarme. Han ido de excursión a una reserva natural, un sitio que conozco, un estuario amplio rodeado de humedales y marismas desoladas. Han pasado el día allí. Les dijeron que escogieran pareja, y dieron a cada pareja mapas, folletos informativos y direcciones par:

orientarse por la zona. Les pidieron que anotaran los pájaros y animales que veían, y que dibujaran las hierbas y las flores silvestres. Parece divertido, dije. Lo era, contesta, o podría haberlo sido. Por eso me fastidia tanto, dice, porque podría haber sido divertido.

Cuando el grupo escogió pareja, en el aparcamiento, al bajar del autobús que los había llevado, resultó que eran impares y mi hija se quedó sola. Le pregunto por qué no hizo pareja con H, su mejor amiga desde hace mucho tiempo. H eligió a otra, dice. Parece ser que H y ella ya no son amigas, y que mi hija ha tardado más que H en establecer nuevas alianzas. No la culpo, dice. No es culpa suya. Probablemente yo habría hecho lo mismo. Pero me he pasado todo el día dando vueltas por ahí sola. Y ha sido un día muy largo, y había que andar mucho y hacer muchas cosas. La profesora iba a ser su pareja, pero al final no pudo. Tenía que ir continuamente a ayudar a los demás, y mi hija se quedó sola.

e No sabía eso de H y tú, digo. No me lo habías contado.

e Tengo tanta culpa como ella, dice.

n ¿Qué pasó?

s Mi hija se encoge de hombros.

a No le gustaba que hablase con otras personas, explica. Yo quería ser su amiga, pero también quería tener otros amigos. Y ella solo quería estar conmigo.

,

o

¿Mis hijas y yo nos miramos en el espejo. Están creciendo, haciéndose más grandes, y yo estoy encogiendo. No puedo comer, como una adolescente loca de amor. Pero no soy una adolescente, esto es dolor. Es lo contrario de la euforia.

e Les veo la cara en el espejo, joven y fuerte y con un color intenso, aunque plana y ligeramente deformada, llena de lo desconocido, de frases que aún no se han pronunciado. Mis hijas llegan a la altura del hombro. Estoy entre las dos, empotrada, insustancial, como un ser oculto entre el follaje de su energía infantil. Tengo la sensación de que podría quedarme aquí escondida eternamente, escondida en esta vida virginal con mis hijas, pero la imagen se rompe; el tiempo sigue su curso; mis hijas desaparecen del espejo, se van a hacer otras cosas, y me quedo sola como si tuviera entre las manos el libro de mi vida, largo y con una letra muy menuda.

a El dolor no es amor, pero es como el amor. Es su primo lejano, un personaje cruel, hecho de insomnio y adrenalina sin endulzar por la esperanza. Tengo primos a los que casi nunca veo porque nuestras familias no se llevaban bien: eran como nosotros, pero no eran nosotros. Los vi hace un par de años, en un funeral: adultos, un grupo de desconocidos con la cara blanca y vestidos de negro. Hablamos con cortesía, y me puso nerviosa ver en estos desconocidos los rasgos faciales de mis hermanos; ver frialdad en su expresión en lugar de calidez, indiferencia donde antes había interés, notar la falta de sentido y conexión en lo que, sin embargo, parecía intimidad. Y el dolor es en cierto modo lo mismo, se parece a lo que niega: cada atributo de la familia es una negación en lugar de un refuerzo.

,

No puedo comer, y enseguida la ropa me queda demasiado grande: todo son mangas sueltas y cinturillas caídas, todo parece hecho a una escala distinta de mi cuerpo, como la ropa de mi madre cuando, hace mucho tiempo, abría su armario y me la probaba con curiosidad. En parte disfruto con la sensación de convertirme de nuevo en una niña. Parece que esta pérdida de sustancia me absuelve de los hombres y del matrimonio; que me empareja con mis hijas, como si me reuniera

con ellas al otro lado de lo que las creó. Me siento más segura así. Veo comer a otras personas, en restaurantes, en cafés y en bancos del parque, y me siento protegida si me comparo con ellas como si lo que ingieren, en toda su abundancia y densidad, fuera compromiso. Necesitar es estar comprometido. Las veo comer y me parecen casi vulnerables.

En Cuando vivíamos en familia, comíamos en la mesa de la cocina, pero ahora les llevo la cena a mis hijas en una bandeja. La mesa está cubierta de libros, papeles y facturas de la luz. Intento recordar cómo eran nuestras comidas en familia, y aunque los detalles se me escapan, las recuerdo como una especie de árbol nutricional, con todos nosotros unidos a sus ramas, indistinguible como frutos. El nuestro era un cuerpo colectivo: no había en él ningún drama individual de crecimiento o empequeñecimiento. El mismo árbol existía en mi infancia, con sus ciclos una vez tranquilizadores y otras veces tiránicos. Uno podía soltarse del árbol, pero el árbol seguía en su sitio. De mi adolescencia, cuando intentaba escaparme de los horarios de las comidas en familia, recuerdo el disgusto de mi madre —casi su miedo— por estas ausencias. Mi madre quería que creyéramos algo, y temía que pudiéramos descubrir la verdad de ese algo si no íbamos a otra parte. Quizá que podíamos comer en otros sitios; que ese árbol, esa familia, no era la única fuente de vida. Rechazar su comida era rechazarla a ella; tal vez pensara que el alimento era lo único que en realidad necesitábamos de ella, lo único que podía ofrecernos. Los horarios de las comidas eran como una institución infalible y estricta, hasta que dejamos de creer en ellos y descubrimos que todo era cosa de mi madre, ofrecimiento o necesidad, no estaba claro cuál de las dos cosas.

y ¿Tú no tomas nada?, me preguntan mis hijas. Están impacientes, como le pasaba a mi madre pero justamente por lo contrario. De adolescente, yo me sentía torpe, lenta y lastrada: no corría y peligro de morir de hambre. Cuando me fui de casa, adelgacé, como si me quitara de encima el peso de las relaciones familiares. Sucumbí a la pureza ascética de esa religión alternativa: e hambre. Y ahora he vuelto a irme de casa, vuelvo a estar rodeada de esa luz blanca; han talado el árbol y la luz entra a raudales.

o

,

o  
Mi hija tiene una nueva amiga, S. No veo que S y ella tengan mucho en común. En realidad, no me gusta mucho S. Tiene una colección de aparatos y dispositivos electrónicos increíble, y los mira todas horas, con la cara iluminada por la morbosa luz azul de la pantalla. Se lleva continuamente a mi hija a un lado para enseñarle lo que está viendo y lo ven las dos juntas. Un día que voy a buscar a mi hija a casa de S, las veo a las dos por la ventana, sentadas en un sofá grande de color beige. En la pared de enfrente hay una pantalla enorme, y están viendo una película. Al acercarme veo que S tiene en la mano otra pantalla más pequeña: las dos la están mirando, con las cabezas juntas y la luz azul en la cara, como personajes secundarios en un lienzo religioso, absortas en su rincón de la vida mientras, en el centro del cuadro, Jesucristo está pronunciando el Sermón de la Montaña.

y Mi hija quiere que S se quede a dormir en casa. Llega con su bolsa para pasar la noche, su colección de esmaltes de uñas y sus aparatos electrónicos. Las oigo hablar desde otra habitación pero cada vez que entro se quedan calladas. Mientras cenamos, S responde a mis preguntas con monosílabos chirriantes. Su silencio es prodigioso, compacto y hermético. Apenas come nada. Luego, saca unos paquetes de chuches y patatas fritas de la bolsa que ha traído. Cuando voy a

ndarles las buenas noches, me las encuentro acostadas en la misma cama, mirando uno de los dispositivos de S por debajo de las sábanas, con la luz azul de la pantalla en la cara. Están recalladas, casi inertes, pero cuando voy a acostarme las oigo cuchichear y reírse. Les digo que se duerman, y en cuanto me marcho siguen cuchicheando. Me despierto varias veces a lo largo de la noche y lo oigo: un ruido como el de un grifo abierto o una puerta que está golpeando con el viento, algo que sé que tengo que arreglar y no lo hago.

o

s

eVoy a Londres a ver a mi hermano. Le cambia el gesto al verme. ¡Dios mío!, dice.

s Me lleva a comer al restaurante más caro y me como todo lo que hay en la mesa, me como el pastel de pan entero y los terrones de azúcar del café. Después, mi hermano me abraza. Ven a pasarnos unos días, dice. Trae a las niñas y quedaos todo el tiempo que queráis.

e

s

aA mis hijas les preocupa engordar. Se miran en el espejo y fruncen el ceño. Se pellizcan la carne. Es como si algo parecido al rigor hubiera abandonado nuestra casa, el rigor de lo masculino como si hubiéramos perdido un eje firme que estaba en el centro, y nuestros cuerpos femenino: crecieran y menguaran como la luna.

s Un amigo nos invita a cenar. Las niñas no quieren ir. ¿Tenemos que ir?, preguntan. Parece que la idea no les hace ninguna gracia. Cuando llegamos, se quedan a mi lado, me agarran de la ropa, como si tuvieran miedo de perderme en el laberinto de una casa que no es la suya, de una familia que no es la suya. Cada pocos minutos, me tiran de la manga. ¿Podemos irnos ya?, dicen, a pesar de que acabamos de llegar. Me llama la atención que los adultos ya no les caigan bien. Cuando se dirigen a ellas, apenas responden. Ponen cara de angustia.

l Mi amigo y su mujer son buenos cocineros. El suyo es un matrimonio feliz, una creación conjunta de exquisita delicadeza y habilidad; siempre la he admirado, siempre me ha gustado observarla y estar en su presencia. La comida que preparan habla de ellos: sana, moderada, lo contrario de punitiva o insulsa. Los he admirado, pero mi situación ahora es diferente. Mi admiración se ha convertido en una especie de voyerismo, en la percepción fragmentada de un vagabundo que merodea alrededor de las ventanas iluminadas. Mis hijas revolotean, me tiran de la manga. No quiero poner a prueba a la gente: me he dado cuenta de que, aparte de todas las demás pérdidas, también podría perder amistades. Sé que ya no soy como ellos, y ¿qué es la amistad sin una celebración de la igualdad?

o Mi amigo pone la mesa. Observo cómo trae los platos y los vasos limpios, los cubiertos relucientes. Observo cómo los coloca en cada sitio. Observo cómo trae el pescado, el pan y los cuencos de verduras. La cocina es cómoda y cálida. Participar de nuevo en esta ceremonia de la mesa es casi doloroso; mis hijas revolotean, no quieren sentarse. ¿Podemos irnos ya?, repiten. Mi amigo retira las sillas para ellas, les sirve los platos. Si no os gusta, puedo prepararos otra cosa, me dice. Tengo más cosas, o a lo mejor solo os apetece comer pan. Les ofrece el pan y cogen un poco. Luego se comen lo que tienen delante, todo. Cuando nos marchamos, mi amigo me da un trozo de su pan riquísimo. Su mujer y él proponen que volvamos a vernos dentro de unos días; se ofrecen a llevar a mis hijas a nadar con su hijo. Mis hijas no dicen gran cosa, pero luego, cuando acamino a casa, reconocen que lo han pasado bien.

s

n

eQuedo a tomar algo con J, mi amiga más antigua. Las niñas están con su padre: he empezado a pensar que me conviene relacionarme los días que estoy sola. Lo veo como una especie de obligación que surge de un inmenso abandono, posiblemente terminal, porque no tengo ninguna sensación de futuro: cuando salgo para ver a mis amigos, lo hago al servicio de una ilusión. Intento fingir que no ha pasado nada, que no ha cambiado nada, que la orquesta seguirá tocando mientras el *Titanic* se hunde.

Pero el día que quedo con J no tengo un buen día. La situación es difícil y me cuesta hablar de otras cosas. Con J puedo hablar sin ansiedad. Conoce mi vida y yo conozco la suya: nuestro diálogo es un diálogo de episodios; no hace falta contar la historia entera. De todos modos, me siento culpable. El drama de mi vida domina, consume el combustible de la conversación como un feo tanque militar que traga gasolina. Esto no es igualdad. Perdona, le digo, perdona. Estoy muy cansada. Le confieso a J que casi no soporto que las niñas no estén conmigo. Confieso que la noche anterior la he pasado despierta, hasta que amaneció y pude levantarme. Confieso que muchas veces paso estas noches en vela llorando.

S J se inclina sobre la mesa y me aprieta la mano. No vuelvas a hacer eso, dice. Llámame. Me da igual la hora que sea, pero no vuelvas a llorar sola. En vez de eso, llámame.

e

l,

aLa amistad de mi hija con S se ha ampliado con su amistad con P. Las tres componen un pequeño organismo de risas y cuchicheos, con las cabezas juntas. Los aparatos electrónicos de S quedan relegados en esta estructura social más compleja. La luz azul no puede abarcarlas a las tres siempre hay una que se queda fuera, que no ve bien. Las fascinantes propiedades de la pantalla no consiguen hipnotizarlas. Se me ocurre que esto es como el amor, un trance de dos roto por un tercero.

o Pero esta nueva estructura de tres es más bulliciosa, más alborotadora, más alegre e imperiosa. Me gusta bastante P. Comparte algunos rasgos con S —las patatas fritas y el esmalte de uñas—, pero también tiene similitudes con mi hija. Es la más locuaz de todas; habla por los codos, con un gesto radiante y sonriente. Las tres están siempre juntas. Cuando una va a casa de otra, la tercera también tiene que ir. Me alegro por mi hija, me alegro de que haya encontrado amigas, aunque en el fondo estoy decepcionada. Tengo la íntima sensación de que no son lo suficientemente buenas para ella. Las cualidades inconfundibles de mi hija, las cosas por las que yo la conozco, no destacan gran cosa en este nuevo mundo social. ¿Quién es mi hija sin esas cualidades? No estoy segura. Ha hecho suyos los intereses y las opiniones de S y de P, mientras que ellas no parecen haberse contagiado de los de mi hija en la misma medida. Su antigua amistad con H era una relación de mayor igualdad, de influencia mutua, de cualidades compartidas. Mi hija y H estaban mezcladas de una manera que las reflejaba bien a las dos. Sin embargo, esa amistad ha terminado misteriosamente.

a

e Poco después de la llegada de P, se suma al grupo otra niña: D. Ahora son cuatro, una familia. D es mucho más de mi agrado. Es observadora, interesante y educada. Tiene una disciplina que me gusta, una atención, como una especie de lupa dirigida hacia el exterior, que

parece respetuosa con la vida. D no se fija en las pantallas. No se pinta las uñas. Le digo a mi hija que me gusta D. Quiero demostrarle mi aprobación, y D me ha dado la oportunidad.

<sup>a</sup> Sí, dice mi hija con indiferencia, es simpática. Les pregunto a las niñas qué les da de comer <sup>e</sup>su padre. Comida para llevar, dicen. Pizza. Pollo al curry del supermercado. O sea, que el árbol <sup>a</sup>también ha muerto para él. Antes era un cocinero de lujo, un hombre que hacía pasta y ternero: <sup>l</sup>*bourguignon*, que preparaba su propia tarta de fruta en Navidad, que hacía paquetitos de ravioli <sup>o</sup>con los bordes plisados. ¿Adónde ha ido a parar toda esa comida? Y ¿de dónde venía, si no era de él?

<sup>r</sup> Me voy a la cama con hambre y, cuando me despierto, me siento algo más sana. El alma <sup>o</sup>acechada, el que se esconde, intenta hacerse pequeño. Cuanto menos haya de mí, menos probablemente <sup>e</sup>será que la flecha me alcance. Les preparo la cena a mis hijas, pero no puedo comer con ellas <sup>n</sup>temo que, si como, me olvidaré, saldré de mi escondite y me expondré al peligro. Temo que va a <sup>o</sup>ocurrir algo terrible. Comer me parece cada vez más una forma de poner el cuerpo al descubierto <sup>a</sup>la respuesta de lucha o huida se ha desactivado. Es imposible comer y estar alerta. A veces, en la <sup>e</sup>cena, mis hijas discuten y se enfadan. Si yo también comiera podría enfadarme con ellas. De esta <sup>o</sup>otra manera, salto a ayudarlas. Un domingo por la noche, cuando estoy esperando que vuelvan a <sup>e</sup>casa, suena el teléfono. He preparado una tarta de chocolate para ellas: está en un plato, en la <sup>o</sup>cocina, con una capa de glaseado estupendo. Lllaman para decirme que mi hija ha tenido un <sup>n</sup>accidente en casa de sus abuelos, donde estaban pasando el fin de semana: está camino de <sup>o</sup>urgencias; se ha hecho un corte en una pierna y va a necesitar puntos, así que tardarán en venir. No <sup>n</sup>tengo nada que hacer, y me quedo en la cocina de pie, esperando. Miro la tarta en el plato. Se me <sup>o</sup>ocurre que, mientras la estaba haciendo, mi hija se resbaló en el suelo húmedo del jardín de sus <sup>e</sup>abuelos y se abrió la rodilla de lado a lado con el filo de una piedra. Vuelve a casa con seis <sup>o</sup>puntos y una cicatriz que me encoge el corazón. Me he visto el hueso, dice. Se toma un trozo de <sup>n</sup>tarta, pequeño: el susto le ha quitado el apetito. Está muy rica, dice, apoyando la cabeza en mi <sup>e</sup>brazo. ¿Tú no tomas nada?

<sup>n</sup>  
<sup>e</sup>

<sup>s</sup>Días y noches de hambre, blancas y abstractas, de hambre y de una agitación que en realidad es su <sup>e</sup>contrario: pavor. No sé si los moribundos se quedan atrapados en algo parecido a este idilio <sup>o</sup>maléfico, si el cortejo de la muerte también se percibe por un instante como vida efervescente. A <sup>o</sup>veces, cuando miro a mis hijas, me acuerdo de que he estado embarazada de ellas, y el recuerdo <sup>e</sup>es tan extraño que no puedo soportarlo mucho tiempo. Mi cuerpo está ahora muy lejos de ese <sup>s</sup>estado de inmóvil densidad, se aleja poco a poco y se pierde en una imagen en blanco de su <sup>s</sup>propia autonomía.

<sup>d</sup> Me siento a ver un documental bélico con mis hijas. Es una filmación antigua, en blanco y <sup>e</sup>negro, de las tropas que cruzan las aguas del canal de la Mancha en sus curiosos barcos de nari <sup>a</sup>respingona. Los vemos desembarcar en las playas, los vemos escabullirse entre las dunas como <sup>e</sup>cangrejos. Los trasladan en camiones bajos a un pueblo cercano de la costa francesa, donde los <sup>a</sup>británicos están resistiendo al enemigo. Se amontonan en las trincheras, con las manos apoyada <sup>a</sup>en los flancos de las armas de gran calibre, completamente camuflados. Llevan la cara tiznada de <sup>e</sup>barro y el casco cubierto de hojas: se agazapan como salvajes y sonrían a la cámara. El pueblo se <sup>e</sup>ve cerca de allí; es un sitio bonito, con la aguja de la iglesia erguida entre los árboles del verano

aEn las trincheras, las armas se cargan con rondas de munición: como quien mira el fuego, miramos a los hombres que resisten los culatazos aferrándose a los flancos del arma como a los muslos de una mujer voluptuosa. Vemos cómo empiezan a impactar las balas, perforando los costados de las casas, arrancando las tejas de los tejados, despedazando las ventanas y los carteles de la calle abriendo en las paredes enormes agujeros irregulares. Vemos, finalmente, la aguja de la iglesia en sus últimos momentos de tranquilidad: la cámara se detiene en su quietud, entrevista a través de las copas de los árboles, y parece que transcurre una eternidad hasta que estalla el último proyectil; y, aunque lo estamos esperando, no deja de impresionarnos, de sorprendernos ver cómo se destruye algo tan inocente. Se abre un boquete en el centro de la aguja y su punta esbelta se inclina con elegancia antes de caer al suelo.

:

a Viene a verme una amiga a la que conozco desde hace algún tiempo, aunque no demasiado bien. Pero últimamente se ha acercado a mí. Ha dejado de estar en segundo plano y se ha acercado. En su alfiler de comida trae una planta de lavanda, una cosa de colores delicados y con un perfume de infancia que me recuerda a la infancia.

a Le digo que me han quitado todos mis recuerdos. Ya no tengo nada mío. Me he exiliado de mi propia historia. Le digo que ya no tengo vida. Es una vida después de la muerte: todo son secuelas.

o Mi amiga tiene su propia historia. También ha estado casada, también ha experimentado la ruptura de esa imagen, la ha visto convertirse en un montón de piezas con los bordes recortados como las que yo llevo en las manos a todas partes. Ha pasado mucho tiempo viviendo con su hija: la misma vida virginal que yo estoy viviendo ahora. Se quedó en los huesos. Tenía café en las venas en vez de sangre; no dormía nunca, porque solo era capaz de vivir y respirar cuando acostaba a su hija. Pero se pasaba las noches rumiando y llorando en lugar de vivir. La amistad, dice, es lo que la mantuvo a flote en esa época. En la tragedia griega, la comunidad comparte el dolor de la guerra con los combatientes que vuelven a casa. Sale a la calle a ofrecer su amor y su solicitud a quienes han sufrido el dolor de la batalla. El matrimonio deja fuera a los demás, dice mi amiga. Cuando te casas te alejas de los demás, pero cuando el matrimonio se acaba salen a darte la bienvenida. Eso es la civilización, dice. Lo peor que te ha pasado ha sacado lo mejor de ti.

o A mis hijas les gusta esta amiga. Siempre que les digo que va a venir ponen cara de alegría en vez de de temor. No la temen como a otras personas. Cuando las miran, a su hija y a ella me supongo que ven el nuevo reflejo de sí mismas. Mi amiga ha vuelto a casarse hace poco: mi hija y yo fuimos a la boda y nos sentamos en el primer banco. Reconoce que lloró cuando dejó la casita en la que había vivido con su hija. Allí había recreado su inocencia, lavado la sangre derramada en su relación, rebobinado y escupido el fruto del árbol del conocimiento. Se había aferrado un poco a esa inocencia recuperada; está en el altar por segunda vez, vestida de novia y temblando como una niña. Quiero preguntarle si la vida le sigue pareciendo auténtica, si la sensación de las secuelas puede abarcar incluso aquellos acontecimientos que ha terminado por reproducir, pero me lo callo.

e

.

sD, la amiga de mi hija, celebra su cumpleaños. S y P van a la fiesta, por supuesto. Pero cuando voy a recoger a mi hija a la hora prevista, está claro que ella es la única que vuelve a casa. S y P se quedan a dormir en casa de D: están hablando de la película que han alquilado para que se diviertan, y que pondrán en cuanto mi hija se vaya.

n De camino a casa, mi hija está tensa, blanca, callada, pero al final no puede soportarlo más y se aparcó el coche para que pueda llorar en mi hombro.

o ¿Por qué no has preguntado si podías quedarte?, le digo.

o No lo sé, gimotea. Creo que ha sido D: solo quería que se quedaran las demás, no yo. Les han enviado una invitación distinta de la mía. Se han pasado toda la semana hablando de eso en el colegio.

Entonces, ¿lo sabías?, pregunto.

Asiente con pena. Estoy tan enfadada, con D y con sus padres, conmigo misma, con el mundo por ser tan cruel, que me entran ganas de tomar cartas en el asunto. Quiero justicia, y la quiero sobre todo de D, porque me caía mejor que las demás.

e Vamos a volver, digo. Quiero hablar con los padres de D.

No, dice mi hija, sonriendo a medias, con la cara todavía cubierta de lágrimas.

i Si me lo hubieras dicho, no te habría dejado ir. No habría permitido que te pasara esto.

n Sospecho que hay cierta crueldad calculada en las desgracias sociales de mi hija. Es como si la hubieran condenado al ostracismo, desterrado; como si la separación de sus padres fuera un estigma que produce el rechazo de los demás. ¿Esto también es la civilización? La gente ha venido a consolarme a mí, a la guerrera; pero a mi hija, a la víctima, la tratan con una indiferencia que araya en el desprecio.

s Puede que ni siquiera se hayan dado cuenta, suspira mi hija, mirando la oscuridad por la ventanilla. Puede que ni siquiera se hayan parado a pensarlo. La gente es así.

l,

l

uA la vuelta de la esquina de mi casa hay una floristería. He pasado por delante muchas veces cuando está abierta, extienden un toldo verde y la acera parece un pequeño jardín aromático lleno de plantas y flores, con macetas desbordadas de color y una corriente de pelusilla espumosa que flota y ondula en la brisa de la calle gris. Ahora aprecio las flores. Las flores no son comida.

Quando la tienda está cerrada, el toldo está recogido y el jardín desaparece; el cierre está echado a cal y canto. La fachada parece tan vacía que hasta cuesta encontrarla entre las demás tiendas.

l, Aunque me resulta familiar, hay algo en el cambio de un estado a otro que ha vuelto a llamar mi atención. Descubro que reconozco sus ritmos y la transformación que producen: un día todo cerrado y vacío, al día siguiente tan lleno de vida. Me recuerda cómo se abre y se cierra ahora mi casa, dando la bienvenida o apartándose, según dónde estén las niñas; me recuerda mi nueva sensación de fugacidad, esta vida nómada que no tiene pasado ni futuro, solo un presente itinerante y frágil. El supermercado del final de la calle siempre está abierto: sus puertas automáticas no paran de deslizarse en todo el día, impenetrables, dando entrada y salida a montones de gente. El local, con sus luces de neón, es tan impersonal y tan eterno que irradia comodidad y alienación a la vez. Allí dentro puedes olvidar que no estás sola, o que lo estás. A veces compro todas las flores y las pongo en las habitaciones de mis hijas. Las venden envueltas en plástico, u

o manojos de flores arrancadas de raíz, una representación de la belleza reproducida en masa, como una postal de la Mona Lisa. Pero son muy bonitas; al cabo de unos días, las tiro.

e Un día, cuando paso con una amiga por delante de la floristería, nos paramos. El toldo está extendido; la acera, en su momento de esplendor perfumado. Mi amiga quiere regalarme unas flores. Venga, dice. Vamos a entrar. Al principio me asusto, como he aprendido a asustarme de las cosas bonitas, por miedo a que escondan lacerantes astillas de nostalgia. Ya no me acerco a un álbum de fotos, ni miro los libros de arte que antes me encantaban, ni pongo música, ni leo la poesía que me ha acompañado a lo largo de toda la vida; no paseo por las montañas que recorrí con mi marido, no planeo viajes a otros países ni visitas a sitios interesantes. Y no como, por miedo a que el alimento me haga daño con sus insinuaciones de placer. Delante de la floristería siento de golpe la magnitud de mi empobrecimiento. Siento que la pérdida me ha vuelto transparente: ya no hay nada que, al mirarlo, me haga sentir segura.

o El escaparate de cristal está oscurecido por el follaje y, entre los huecos, las formas pálidas y dúctiles de los lirios y las rosas blancas se alzan como iconos de la virginidad. Dentro de la tienda hay un olor a vegetación limpia, y de pronto silencio, tranquilidad. Paseamos por este espacio fresco y majestuoso de frondas y helechos. Al fondo, detrás de un mostrador de madera hay tres mujeres trabajando, con delantales verdes. El mostrador está cubierto de flores. Las mujeres tienen tijeras y cuerdas en la mano. Me quedo un rato viendo cómo sacan los tallos de un montón, los combinan con destreza, los vuelven a combinar y los atan con dedos rápidos, como preparaban las doncellas sus ofrendas florales en la época clásica. Los ramos crecen y se vuelven espléndidos entre las manos blancas de las mujeres. Se me ocurre que pueden ser para una boda pero a pesar de todo siento cierta tranquilidad aquí. No hay presencia cromosómica de lo masculino: este ambiente fresco y perfumado es una arboleda de feminidad, de fecundidad pura en cierto modo, como si no hubiera necesidad de ningún conflicto, de ninguna lucha de contrarios para que estas formas y olores se vuelvan completos. Miro la variedad de flores de los manojos y la preciosa escultura de sus cabezas, tan bien estructuradas y definidas, me recuerda a mis hijas. Compraré unas cuantas y las pondré en sus dormitorios. Puede que también compre un helecho: me atrae su forma suave y el aire primitivo de sus hojas como pergamino. Los helechos son primitivos, más antiguos que la civilización, más antiguos que el hombre y la mujer, más antiguos que el bien y el mal. Son asexuados, no tienen semillas ni flores. Son plantas vasculares, como vasos conductores, sensibles a la contaminación. Se despliegan o repliegan según las condiciones del ambiente. No entiendo cómo sé estas cosas, porque nunca he tenido un helecho, aunque siempre lo he querido. Compraré uno y lo mantendré vivo.

o Las mujeres del mostrador están absortas en su tarea. Puede que no se hayan dado cuenta de que estamos aquí. Podríamos irnos sin que llegaran a saber nunca que hemos entrado. Mi amiga se acerca a ellas. Disculpen, dice, y las tres levantan la vista.

e  
o  
l  
l  
í  
n

manejo de flores arrancadas de raíz, una representación de la belleza reproducida en masa, como una postal de la Mona Lisa. Pero son muy bonitas; al cabo de unos días, las tiro.

Un día, cuando paso con una amiga por delante de la floristería, nos paramos. El toldo está extendido; la acera, en su momento de esplendor perfumado. Mi amiga quiere regalarme unas flores. Venga, dice. Vamos a entrar. Al principio me asusto, como he aprendido a asustarme de las cosas bonitas, por miedo a que escondan lacerantes astillas de nostalgia. Ya no me acerco al álbum de fotos, ni miro los libros de arte que antes me encantaban, ni pongo música, ni leo la poesía que me ha acompañado a lo largo de toda la vida; no paseo por las montañas que recorría con mi marido, no planeo viajes a otros países ni visitas a sitios interesantes. Y no como, por miedo a que el alimento me haga daño con sus insinuaciones de placer. Delante de la floristería, siento de golpe la magnitud de mi empobrecimiento. Siento que la pérdida me ha vuelto transparente: ya no hay nada que, al mirarlo, me haga sentir segura.

El escaparate de cristal está oscurecido por el follaje y, entre los huecos, las formas pálidas y dúctiles de los lirios y las rosas blancas se alzan como iconos de la virginidad. Dentro de la tienda hay un olor a vegetación limpia, y de pronto silencio, tranquilidad. Paseamos por este espacio fresco y majestuoso de frondas y helechos. Al fondo, detrás de un mostrador de madera, hay tres mujeres trabajando, con delantales verdes. El mostrador está cubierto de flores. Las mujeres tienen tijeras y cuerdas en la mano. Me quedo un rato viendo cómo sacan los tallos del montón, los combinan con destreza, los vuelven a combinar y los atan con dedos rápidos, como preparaban las doncellas sus ofrendas florales en la época clásica. Los ramos crecen y se vuelven espléndidos entre las manos blancas de las mujeres. Se me ocurre que pueden ser para una boda, pero a pesar de todo siento cierta tranquilidad aquí. No hay presencia cromosómica de lo masculino: este ambiente fresco y perfumado es una arboleda de feminidad, de fecundidad pura en cierto modo, como si no hubiera necesidad de ningún conflicto, de ninguna lucha de contrarios, para que estas formas y olores se vuelvan completos. Miro la variedad de flores de los manojos: la preciosa escultura de sus cabezas, tan bien estructuradas y definidas, me recuerda a mis hijas. Compraré unas cuantas y las pondré en sus dormitorios. Puede que también compre un helecho: me atrae su forma suave y el aire primitivo de sus hojas como pergamino. Los helechos son primitivos, más antiguos que la civilización, más antiguos que el hombre y la mujer, más antiguos que el bien y el mal. Son asexuados, no tienen semillas ni flores. Son plantas vasculares, con vasos conductores, sensibles a la contaminación. Se despliegan o repliegan según las condiciones del ambiente. No entiendo cómo sé estas cosas, porque nunca he tenido un helecho, aunque siempre lo he querido. Compraré uno y lo mantendré vivo.

Las mujeres del mostrador están absortas en su tarea. Puede que no se hayan dado cuenta de que estamos aquí. Podríamos irnos sin que llegaran a saber nunca que hemos entrado. Mi amiga se acerca a ellas. Disculpen, dice, y las tres levantan la vista.

## El filo de la navaja

Mi tío abuelo y mi tía abuela fueron marido y mujer más de setenta años, y hablar con ellos era como pasear por el filo de la navaja del matrimonio, donde el yo se encuentra con otro yo. ¿Te gusta la música, tío? Ah, sí, me gusta mucho la música, pero *ella* no distingue entre Beethoven y «Navidad, Navidad, dulce Navidad». Tía, ¿qué planes tienes para el verano? Me gustaría ir a España, pero *él* no quiere, claro; dice que no soporta a la gente.

Cuando era pequeña me gustaba ir a su casa. Mi tío abuelo tenía los palos de golf en el vestíbulo, en un soporte de cuero, y a través de la puerta entreabierta de la habitación de invitado se veía la máquina de coser de mi tía, como una gigantesca araña de acero en su trampa de hilos. A diferencia del nuestro, su árbol de Navidad estaba adornado con cosas comestibles: nos daban una a cada uno cuando nos íbamos, desprendiendo de las ramas las figuritas de chocolate envueltas en papel de aluminio. En su cuarto de estar olía a limpiamuebles y a los pelos largos y sedosos de sus perritos falderos, y debajo de la ventana había un piano de color tostado con la tapa siempre cerrada. Mi tío decía a menudo que antes tocaba, pero un día le pedí que tocara algo y me quedé a su lado, incomodísima, viendo cómo deslizaba por el teclado los dedos viejos sin ningún sentido. ¿Cómo era posible olvidarse de tocar el piano? Me asustó mucho descubrir, a los ocho o los diez años, que una habilidad podía perderse igual que se ganaba, que la vida no era una secuencia continua de adquisiciones y progresos, una evolución lineal. Por lo visto, era posible retroceder: uno podía regresar en cualquier momento al vacío y la ignorancia.

*Él* nunca se ha esforzado en seguir practicando, dijo mi tía.

A *ella* no le gustaba que tocara, dijo mi tío.

Eran, respectivamente, *Él* y *Ella* para el otro, el objeto primario, lo que no era Yo. Si conocieron y se casaron a los diecinueve años, tuvieron hijos, vivieron juntos la guerra y la paz. Cuando se hicieron mayores, se volvieron aún más concretos el uno para el otro, a la vez que sus identidades se deformaban progresivamente; al cabo de setenta años de matrimonio, estaban atrapados el uno en el otro como el agua en los surcos que esculpe en la roca. Muchas veces, ni siquiera hablaban en primera persona, como si su identidad individual se hubiera vuelto menos real, como si fueran vagos espacios de pura deducción, como sombras.

¿Estás disfrutando del jardín ahora que hace tan buen tiempo, tío?

*Ella* dice que a nuestra edad deberíamos vivir en la ciudad, por los servicios.

Es posible que, antes, sus diferencias los estimularan, pero con el paso del tiempo parecían que a los dos les fastidiaban más, como si su fecha de caducidad se hiciera cada vez más aparente a medida que la muerte se acercaba para ambos. Era como si, ya de viejos, empezaran a darse cuenta de que no habían vivido por culpa del otro. Luego, un día, mi tío murió, y mi tía se pasó varias semanas como iluminada por el destello de un relámpago. Resplandecía de vida en estado puro, amenazó con cambiar el testamento que representaba su primera experiencia de independencia económica, enfrentó a unos miembros de la familia contra otros, estaba llena de ideas nuevas y de una intransigencia inédita que en su vida anterior podría haberse transformado

en autoridad, aunque ahora solo era una parodia tragicómica. Lanzaba unas blasfemias contra el matrimonio y la maternidad que tenían el olor a pólvora de las verdades íntimas; discutía con sus hijos y los desheredaba, y luego, de la noche a la mañana, como el mar después de un temporal, se replegó en una pasividad total. Se quedaba en la cama, al lado de una pequeña fotografía: enmarcada de mi tío hecha años antes. «Ese es él», era lo único que decía a quienes iban a verla a quienes de repente ya no parecía reconocer. La llevaron a una residencia, y en el silencio beige de su habitación anodina, se pasaba los días acostada con la foto en la mano, sin hablar ni moverse, hasta que se fue.

a

¡He pasado a la fase de resistencia, de reacción. Me molesta ver familias. Las veo pasar por el parque en bicicleta: la madre, el padre y los hijos, todos con cascos, reflectores y mochilas con provisiones de emergencia. Manifiestan miedo: su obsesión por la seguridad es evidente. ¿De qué tienen miedo exactamente? Se dan órdenes e indicaciones unos a otros, como si los demás fuéramos nativos que no los entendieran.

y Le echo la culpa al cristianismo: en mi opinión, es ahí donde está el origen del problema. La sagrada familia, esa unidad piadosa que succionó hasta la última gota de atención del mundo mientras lo castigaba por su egoísmo, que recurrió a la violencia y, luego, en una orgía de enaltecimiento personal, lo condenó a la vergüenza eterna, que sentenció a la civilización a dos milenios de fraudulencia institucional; comparada con los hogares de Argos y Tebas, esa familia tiene que responder de muchas cosas. En el parque, con los ojos entrecerrados, observo a estos herederos de la piedad cristiana tan bien organizados. Me parece que le han robado a la vida toda su diversión: ¡aguafiestas! ¿Qué ha sido del conflicto apasionado y la reconciliación, de la fuerza dinámica que impulsa la sangre de la vida a través del cuerpo? Estos hombres y mujeres ahora llevan cascos protectores para pasear por un parque público. Sentada en un banco, cavilo sobre este misterio. El día que un hombre débil como José aceptó casarse con María, embarazada, se destruyó el antiguo molde de la pasión. Fue un acto rotundamente y esencialmente fraudulento: el nuevo molde del matrimonio... ¡qué mentira! La familia se reinventó como culto al sentimentalismo y a lo superficial; se convirtió en una imagen, postrada ante una realidad velada: ¡el establo, falsamente humilde, los ángeles y el buey, el pesebre al que acuden reyes a doblar la rodilla, los «padres» unidos en la adoración del niño—, en una imagen de veneración infantil, de maternidad sagrada y sin ambivalencias, de masculinidad cobarde y de impotencia paternal. Y esa imagen sigue llegando a los buzones por Navidad en el siglo xxi. Tomo nota de no enviar ninguna tarjeta navideña este año.

a Claro que, ahora, los griegos clásicos están pasados de moda: su honradez, su violencia emocional, su desacato a los tabúes nos resulta algo refrescante y terapéutico. Nos sentamos en una consulta exquisitamente neutra a hablar de nuestro complejo de Electra; pero al final volvemos a casa, al pesebre y al niño sagrado, a los roles y las relaciones que constituyen nuestro sentido más profundo de la realidad familiar, aunque en sí mismos no sean reales. La realidad es nuestro conocimiento y nuestros deseos viscerales: la imagen está ahí para controlarlos, y con ellos crea una realidad específica, extraña y parcial. Yo también pasé una etapa subyugada por esta imagen, manejada por ella como por un titiritero que mueve los hilos en la oscuridad, entre bambalinas. Sus convenciones y su seguridad me castigaron, me condenaron a la vergüenza eterna

al mismo tiempo, daba la sensación de que lo único que esta imagen podía enseñar —lo mismo que cualquier imagen— era cómo parecerse más a sí misma.

Por eso, ahora creo que la imagen de esas familias que van en bicicleta requiere un equivalente intelectual de una bebida fuerte, y se lo ofrezco en forma de tragedia clásica. Aquí no hay madres entregadas ni hijos perfectos ni padres responsables y protectores ni moral pública. Únicamente hay emoción, y el intento de domesticarla, de darle definitivamente la forma de una fuerza. La cuestión de qué constituye la autoridad en el tempestuoso mundo de emociones y predestinación psicológica de los griegos, con su mezcla de mortalidad y divinidad, es eterna; sigue sin resolverse. Es una cuestión que ahora también me preocupa: ¿cuál será la autoridad, dónde vendrá, en mi casa posfamiliar?

l  
n

¿Hay un momento en la *Antígona* de Sófocles en que nace algo nuevo, o más bien, en que una cosa se convierte en dos; en que un tipo de autoridad ya no es suficiente y hace falta fabricar otra, tal como el propio cristianismo propuso dos autoridades, la autoridad del creador —Dios— y la autoridad del sacrificio personal —Cristo—. La obra está ambientada en Tebas, inmediatamente después del drama edípico. El rey Edipo se ha arrancado los ojos, lo han expulsado del palacio y vaga como un mendigo por las catacumbas de Atenas. Su mujer, Yocasta, al saber que es su madre se ha quitado la vida. Sus dos hijos, Polinices y Eteocles, se han matado el uno al otro en un intento fallido por compartir el poder. Creonte es el hermano de Yocasta: muertos los hijos de Edipo, la carga del liderazgo recae ahora sobre él.

Siento cierta simpatía por Edipo. Su historia expresa lo que a mi modo de ver es la principal tragedia humana: que desconocemos las cosas que nos empujan a nuestro destino. No somos plenamente conscientes de lo que hacemos ni de por qué lo hacemos. Edipo no sabía que su mujer era también su madre. No sabía que el harapiento desconocido al que ha matado en un cruce de caminos era su padre. Aun así, ha recibido un castigo por sus actos como si hubieran sido inconscientes. Había gente —los padres adoptivos de Edipo, por ejemplo— que sabía algo de sus orígenes, pero no lo desvela. Este conocimiento oculto es una especie de autoridad. A veces cuando mis hijas hacen algo malo, finjo que no me entero; espero a ver si encuentran su propio camino de contrición, su propio modo de rectificar. Pero ¿y si no lo consiguen? Tengo que decirle que lo sé, que lo he visto, transmitirles la verdad de alguna manera. Mi autoridad deja de ser averaz; la verdad se convierte en la verdad de sus propios actos.

En *Edipo Rey*, es exactamente este proceso el que destruye toda forma de autoridad. El liderazgo y la masculinidad, el concepto de familia, el propio matrimonio: todo se ha convertido en perversión, el vínculo fraterno se ha vuelto asesino, la maternidad ha mutado en autodestrucción. El mundo heredado por Creonte es un mundo posterior a la autoridad, posterior a la familia: son rastrojos, y Creonte tiene el deber de gobernarlos. Pero ¿cómo haces que la gente te obedezca, te respete, crea en ti y en la nueva realidad que representas? Creonte cree que eso se consigue dando órdenes y no transigiendo, pase lo que pase: una estrategia que el padre o la madre modernos, que presiden el caos y el desgobierno, adoptan de vez en cuando, empeñándose en hacer lo mismo mucho tiempo después de que su necesidad, incluso su racionalidad, haya pasado. Este es más o menos el destino de Creonte. El cuerpo de Polinices, hijo de Edipo, sigue tirado donde cayó, en los límites de la ciudad. Creonte cree que debe enviar un mensajero

contundente de condena a la familia de Edipo para dejar constancia de su independencia. Ordena que no se entierre a Polinices, que lo dejen donde está, hasta que se pudra, devorado por los cuervos y las bestias. Nadie puede tocar el cadáver. El castigo para quien lo haga será la muerte.

Antígona es la hermana de Polinices, hija de Edipo y Yocasta. Vive entre sus propios despojos: la suya ha sido la experiencia de la pérdida íntima. Su familia se ha atomizado en cuestiones de identidad y de elección moral que antes pudieron ser obligaciones familiares ahora recaen sobre ella. La han despertado y obligado a actuar. Se ha convertido en ella misma, pero si ya está contaminado por la tragedia de sus padres. Por tanto, vale exactamente lo que hace, lo que elige hacer. Y lo que elige es enterrar a Polinices, porque después de reflexionar sobre el edicto de Creonte, no acierta a ver en él justicia ni lógica. Desafía su autoridad con una autoridad emocional propia que tiene vínculos más fuertes con la justicia, con la verdad. Creonte, perplejo pregunta si comprende que el castigo por sus actos será la muerte. ¿No tiene miedo a morir? No le dice Antígona, no tiene miedo a morir. Lo que teme es no cumplir con la obligación de hacer lo que sabe que tiene que hacer. ¿No comprende que está violando la ley?, pregunta Creonte. Eres tú quien ha hecho esa ley, contesta ella. ¿Por qué tengo que obedecerla?

«Si me derrotara y no pagara por ello, ella sería el hombre, no yo», piensa Creonte. «Aunque sea mi sobrina, incluso más cercana que toda mi familia, no podrá librarse del castigo más severo.» Y, entonces, Creonte manobra hasta que alcanza una posición que le permite atacar y destruir directamente lo que más quiere y valora, decidido a alimentar y sostener su autoridad. Para asegurarse, convoca al vidente Tiresias. Creonte cree que Tiresias es sabio, aprecia su consejo, como apreciamos el consejo de algunos amigos hasta que nos dicen lo que no queremos oír. Y Tiresias, efectivamente, le hace una advertencia funesta: «Vuelves a pasear por el filo de la navaja», le dice. Lo que quiere decir es que la autoridad de Creonte está recreando la misma perversidad de la que ha nacido. Se ha convertido en la forma que encarcela la verdad, y hay que romperla. Creonte se enfada con Tiresias y le dirige todos los insultos imaginables, pero después se vuelve más sincero consigo mismo. Al fin y al cabo, todo son rastrojos, la segunda cosecha: la vida que conoce lo que ha ocurrido antes. Admite que está asustado. Admite que lo que más le asusta es la idea de sacrificarse en nombre de la autoridad, que la verdadera responsabilidad es un acto de autodestrucción. «Ceder es muy duro —dice—. Pero resistir y afrontar el desastre lo es aún más.»

r

En vacaciones, llevo a las niñas a Devon, a montar a caballo. Sus ganas de montar a caballo son tan constantes que casi parecen impersonales. Parece algo en lo que puedo confiar.

Alquilo una casa cerca de una escuela de equitación, donde irán a montar todos los días. Voy en el coche hacia el oeste, entre montes desconocidos. Estoy temblando de nervios; lo cierto es que no recuerdo lo que es la tranquilidad. Este esfuerzo incesante por producir normalidad es como una falsificación artística, tan laborioso comparado con la facilidad con que se creó el original. Hace un atardecer bonito y los rayos del sol, largos y dorados, se inclinan desde el horizonte. Estos viajes son para mí como las primeras incursiones de los vikingos en el misterio del océano, por momentos aterradores, por momentos emocionantes; no tengo la menor idea de lo que va a pasar, de lo que encontraremos. Es la idea de que no encontremos nada de nada lo que me aterra. Aun así, no sé qué estamos buscando exactamente.

a Paramos en una estación de servicio y nos tomamos un chocolate caliente en el aparcamiento  
scon el intenso sol de poniente en los ojos. El sitio al que vamos es un pueblo pintoresco de lo  
alrededores de Dartmoor: todo el mundo dice que es precioso, aunque no estoy segura de haber  
shablado con nadie que haya estado allí. Como las historias que llegaban de América, estos  
;rumores nos han hecho abandonar la seguridad del hogar. A pesar de todo estoy animada, por la  
acomplaciente belleza del paisaje y por la sensación —tan poderosa y tan efímera, tan difícil de  
ucomprender o defender— de que nos hemos liberado de las ataduras de alguna autoridad y somos  
elibles. No identifico a esta autoridad como mi marido: la autoridad es el propio matrimonio, y en  
estos momentos de libertad, tengo la sensación de que a él le amedrenta tanto como a mí, casi  
allego a pensar que podría reclutarlo para que se sume a la fuga y reencontrarme con él allí, en el  
,no-matrimonio, libres los dos.

, Es de noche cuando llegamos al pueblo. Las calles están desiertas. La dueña nos ha dejado  
una nota y una llave junto a la puerta de entrada. Nos quedamos un momento en la calle de  
ladrillos, larga y en pendiente, con nuestras maletas. Entre la oscuridad llega el murmullo y el  
olor del agua. Un río ancho pasa justo a nuestros pies: se desliza sinuoso como una serpiente; su  
superficie negra resplandece. El pueblo es un boceto silencioso y amontonado en la noche  
estelada, agujas y calles bien cuidadas. Su belleza y su ambiente desierto producen inquietud. E  
y como si acabara de ocurrir una tragedia y todo el mundo hubiera huido.

l. La casa es un laberinto de pasillos y puertas cortafuegos que huele a humedad. La moqueta  
está raída y hay montones de trastos y muebles viejos arrimados a las paredes. Al instante, sé que  
me ha encontrado: el caos, el desorden malévolos. Me ha estado acechando estos últimos meses  
y he conseguido ahuyentarlo, día y noche, pero ahora parece que le he abierto la puerta. Lo cierto es  
que ahora creo en el caos: es en la normalidad en lo que he perdido la fe. Resulta que no he  
alquilado la casa entera, sino solo una parte: la nota nos dirige al piso de arriba, por una  
escalera tenebrosa y empinada, encajada entre tabiques irregulares, hasta una puerta. Entramos  
en un apartamento oscuro. La luz eléctrica revela una aglomeración de muebles marrones, una  
cama con los cabeceros tapizados con una tela de flores y varios carteles de escenas campestres  
scon marcos dorados. Decido que mi reacción ha sido exagerada. Decido que no hay nada  
intolerable en esta casa.

La verdad es que es bastante bonito, les digo a las niñas, como si estuviéramos  
acostumbradas a alojarnos en sitios así y pudiera comparar unos con otros. La verdad es que he  
tenido la buena suerte de no haber estado nunca en un sitio así. Pero no tengo ningún interés en  
darles una lección.

Sí, repiten desde la puerta, con los abrigos puestos, la verdad es que es bastante bonito.  
y Y mañana iréis a montar a caballo, añado.

s Se quedan calladas. Al final no están seguras de si quieren montar a caballo. No están  
seguras de que les apetezca.

l Les preparo la cena en una cocina eléctrica con dos placas. Las acuesto debajo de los  
cabeceros florales. Me hago cargo de la situación, consuelo, me siento a su lado en la cama hasta  
bien entrada la noche, pero por la mañana las llevo a la escuela de equitación y las dejo allí.

o  
e

«A media mañana hay jaleo en el pasillo, se oyen voces, portazos y unos golpes cada vez más fuertes, hasta que me doy cuenta de que alguien está subiendo las escaleras. Hay una pausa, un jadeo en el rellano; la puerta del apartamento se abre de golpe y una mujer entra a empujones en el vestíbulo abarrotado.

a Ah, hola, dice al verme sentada a la mesa. No sabía que estaba aquí.

e Supongo que es la dueña del edificio. Va tan desaliñada que cuesta hacerse una idea de ella. Distingo vagamente un cuerpo voluminoso como un montículo, un pelo encrespado y gris horroroso, unos dientes amontonados, grandes y amarillentos, y unas facciones grotescas coloradas y curtidas. Está enseñando los dientes: jadeando o sonriendo. No sabría decirlo. Lleva lunas muletas atadas a los brazos en las que se apoya para inclinarse hacia delante y las utiliza de vez en cuando para señalar, como las patas delanteras de un insecto descomunal.

o Estas escaleras no son fáciles, dice, jadeando, pero me empeño en subir, digan lo que digan. No conviene dejarse, ¿verdad? Cuando quieres darte cuenta estás postrada en la cama.

l Viéndola, me sorprende que haya podido subir las escaleras, porque solo tiene una pierna. Le pregunto si quiere sentarse.

: ¿Todo bien?, dice bruscamente, en vez de responder. Tiene una voz desagradable y gritona. Me fijo en su ropa, de seda y terciopelo con los colores del arcoíris. ¿Le gusta la casa? ¿Verdad que es bonita? Estas son nuestras mejores habitaciones. Echa un vistazo rápido alrededor. ¿Qué está haciendo?, pregunta, mirando lo que hay encima de la mesa.

e Escribir, digo.

y Yo también soy escritora, contesta, mirándome con aire cómplice. ¡Qué coincidencia!

s Pues sí, asiento.

s Aunque no firmo con mi verdadero nombre, añade expresivamente.

s Hay un silencio.

s ¿Todo bien?, repite. Se está bien aquí arriba, ¿no? Es perfecto para escribir. La verdad es que yo también debería subir a escribir un poco, pero voy siempre como loca. Me hace un especie de guiño de anfitriona amable y anuncia:

a Me temo que voy a tener que trasladarla.

¿Trasladarme?

s Solo al piso de abajo. Es que otras personas quieren alojarse aquí. Quieren alquilar a largo plazo. Una familia. Gente encantadora. Se mudan a la zona y lo necesitan sin falta.

n Le digo que tendría que haberme avisado con antelación.

¡Es que no lo sabía!, grita. Me llamaron anoche, y están desesperados, los pobres. La chica está al borde del colapso. Acaban de venir de Ginebra, creo que ha dicho, donde su marido es un pez gordo, y ha tenido que ocuparse ella sola de todo, y la verdad es que me da mucha lástima. El caso es que tiene que pensar en los niños. ¡Un encanto de familia!, dice.

Le pregunto cuándo espera que nos traslademos.

s Bueno, si no le molesta, cuanto antes mejor. Llegan esta noche, y la mujer de la limpieza atenderá que entrar. Estará usted estupendamente abajo. Es un rincón bien escondido, dice. ¡Perfecto para escribir!

«Abajo» resulta ser el sótano, un espacio grande, sin ventanas y abarrotado de muebles, con el techo tan bajo que me rozo la cabeza al moverme. Tengo que hacer tres o cuatro viajes por las escaleras para bajar las maletas que acabamos de deshacer. Me cruzo con mucha gente en la

escaleras, en el vestíbulo. Son las once de la mañana, pero en el sótano no se sabe si es de día o de noche. Me quedo debajo de una bombilla pelada, con las maletas a mis pies. Oigo los golpes de la casera descendiendo las escaleras del sótano. Asoma la cabeza por la puerta.

¿Todo bien?, pregunta, jadeando. ¡Me voy corriendo que tengo mucho que hacer! Hay un par de inquilinos justo encima. Polacos, una familia encantadora. Normalmente son muy tranquilos. Ah, por cierto, hoy han venido a hacer unas reparaciones en el vestíbulo; espero que el ruido no le moleste demasiado. ¡Adiós!

Y se marcha, guiñándome un ojo frondoso.

Salgo a dar un paseo. Lo necesito. No puedo quedarme en el sótano ni unos minutos. El cielo despejado de anoche ha dado paso a las nubes y a un viento que ruge. Empieza a llover. Pienso en las niñas, que están montando a caballo con este mal tiempo. No encuentro ningún camino en la ciudad que lleve al campo, y termino andando por calles muy concurridas, y después por una especie de bosque con amplias pistas de tierra, entre zonas de árboles talados y camiones que no paran de ir y venir, cargados de troncos de madera clara.

Cuando vuelvo, intento hablar por teléfono con la bruja, como la llamo ahora. Me cuesta localizarla: tengo que probar en varios números distintos.

Ah, es usted, dice.

Le digo que tiene que buscarnos otro alojamiento, inmediatamente. Le digo que yo no metería ni a un perro en ese sótano. Le digo que me ha engañado. Que tiene que encontrar una solución antes de que mis hijas vuelvan de la escuela de equitación.

Hace pequeñas exclamaciones mientras hablo, «sí», «ah», «ay, querida» y «claro». Cuanto más gimotea, más cruel me pongo. Lo estoy disfrutando: esto debe de ser lo que se siente dando una paliza. Pero entonces me acuerdo de que le falta una pierna y me asusto.

Dice que podemos alojarnos en su propia casa, un sitio precioso, en el campo. Que le gustaría mucho; que le gusta corregir sus errores. No me fío de ella: le digo que quiero ver la casa primero. Se ofrece a llevarme en coche. Me siento en el sótano, encima de una maleta, y espero. El ruido del taladro retumba en toda la casa. Se oyen pisadas que van y vienen en el piso de arriba, voces, un televisor a todo volumen. La bruja llega, vestida con una mezcla de terciopelo arrugado de color morado y guinda; la sigo hasta su coche y subo. El coche está asqueroso. Tiene una palanca especial para conducir. Va hablando todo el trayecto. No la escucho. Voy callada y solo le pregunto a qué distancia está la casa. Ah, no muy lejos, dice. En realidad está muy cerca. A unos pocos kilómetros.

Cruzamos el río sinuoso y salimos del pueblo de postal para adentrarnos en un paisaje desconocido. Miro por la ventanilla. El mosaico de campos y edificios tiene un aire desolado bajo la lluvia. La bruja para en una gasolinera, y la veo por la ventanilla, renqueando alrededor del surtidor en la llovizna, con el chabacano terciopelo arrugado. Entra en la gasolinera. Veo cómo habla con la chica que atiende el mostrador, veo cómo mueve la boca, veo cómo echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Se pasa un buen rato de charla. Por fin vuelve. Seguimos conduciendo media hora, cuarenta y cinco minutos. Le pregunto cuánto falta. Ya casi hemos llegado, dice. Está a la vuelta de la esquina.

s

o Por fin, mientras circulamos por un tramo de doble carril, entre colinas, sale por sorpresa de la carretera y frena delante de una casa, tan bruscamente que salimos disparadas del asiento. Hemos aparcado delante de la puerta de una casa de campo con las chimeneas torcidas. Hay muebles rotos en el jardín y trapos colgados en las ventanas diminutas. La carretera está tan pegada a la cancela que los goznes tiemblan al paso del tráfico. Bajamos del coche.

a Tengo que volver pronto a recoger a mis hijas, digo.

No se preocupe. Tenemos tiempo de sobra.

Entramos por la cancela, por el jardín delantero. La bruja abre la puerta de un empujón.

Bienvenida a mi humilde morada, dice.

Me lleva por habitaciones oscuras, llenas de polvo y de muebles, golpeando el suelo de madera con las mulletas; por pasillos retorcidos y de techos bajos, por una escalera que cruje, con una ventana cubierta de telarañas arriba. Miro por la ventana que da a un patio de hormigón donde aun pastor alsaciano, grande y sarnoso, está atado a una cadena. Pasamos por una habitación abarrotada en la que hay una silla de ruedas y una cama de hospital, sin hacer. Hay un hombre en el pasillo, que lleva de la mano a una niña con coletas. Sonríe y dice algo en un idioma que no reconozco. Entramos por una puerta baja a una habitación pequeña, con una cama estrecha y una ventana diminuta que dan a la carretera de dos carriles. Hay botellas de vino vacías en el suelo. La habitación es fría y huele a podrido. Hay trozos de papel de periódico sucios pegados en las paredes.

a Bueno, *aquí* no la molestará nadie, dice. ¡Escriba y disfrute!

n Y, dicho esto, sale cojeando y cierra la puerta.

Me siento en el borde de la cama, con las manos en las rodillas. Pasa una hora, puede que más. Entonces oigo el motor de un coche que aparca en la puerta. Me asomo a mirar por la ventana. Una mujer entra por la cancela y cruza el jardín. Es muy gorda. Lleva la ropa muy ceñida: una falda corta y un top de lentejuelas con un escote de vértigo. Lleva muchas joyas en el cuello y un arechoncho. Tiene el pelo negro sintético, recogido en un moño alto. Llega a la puerta principal andando como un pato y llama. La puerta se abre. Oigo hablar a las dos mujeres. Por el tono parece que intercambian algunas obscenidades y luego se ríen socarronamente. Las veo salir juntas por el jardín. La bruja también se ha arreglado: lleva un vestido ajustado, de color carmín que da a su cuerpo deforme una especie de belleza triste. Suben al coche de la otra, un utilitario destartalado en el que parece imposible que quepan las dos, y se largan soltando un chorro de humo negro por el tubo de escape.

Λ

Mucho después, cuando vuelvo a casa y las niñas reanudan las clases, encuentro una novela en una librería de segunda mano. La cubierta es de un rojo brillante, con las letras en plata. Es estridente y rostentosa. Le doy la vuelta. Es una novela autoeditada: reconozco vagamente el nombre de la cubierta, y allí mismo, de pie, leo un par de capítulos. Habla de la pérdida de valor de una mujer cuando envejece, de la decadencia de un cuerpo que antes era el origen de su autoridad humana y de su rabia porque la han dejado sola: los hombres y los hijos se han ido. Impresiona a la gente con sus ganas de vivir: todos esperan que se rinda, que se retire en silencio, que se esconda en cualquier parte y se pudra sin molestar. Y ella ha aprendido a disfrutar con la sorpresa de lo que le pasa, con su desaprobación. Se viste con colores chillones. Sale a pelearse con el mundo y, tanto

esi resulta herida en ese campo de batalla, tanto si cae derrotada y encuentra su final como si no. Ese final es mejor que el que la sociedad ha previsto para ella, es una especie de rebelión suicida y un intento de exhibirse rodeada por un halo de gloria.

n A veces hablo con mis amigas de ese día en que la bruja me encerró en su casa. ¿Qué hiciste?, me preguntan. ¿Cómo escapaste? ¿Qué les pasó a las niñas? No les cuento —no del todo— lo difícil que fue salir de allí, que estuve esperando hasta que el anochecer cayó sobre las colinas y las habitaciones oscuras. Y que sentí que tenía que reparar la fealdad y el desorden de aquella casa. Sentí que tenía que amarla, porque de pronto comprendí que su fracaso no venía de una intención perversa, sino del hecho de que nadie la quería. Ese fracaso me asustó, me intimidó más que la peor amenaza directa a mi seguridad; necesitaba protegerme de él y proteger a mis hijas, pero mientras estaba sola en aquella casa, comprendí que el verdadero logro, la verdadera seguridad, la verdadera autoridad podían estar más allá del instinto de salvaguardar lo que era mío.

n Llamé a un taxi. Escribí una nota para disculparme y la dejé encima de la mesa. Avisé a la escuela de equitación y expliqué la situación. Después seguí esperando, a oscuras, hasta que los faros del taxi barrieron las ventanas al desviarse de la carretera para recogerme.

l.  
s

e  
a  
:  
o  
l  
o  
r  
l,  
o  
e

a  
l,  
a  
r  
l,  
e  
n  
s  
o

si resulta herida en ese campo de batalla, tanto si cae derrotada y encuentra su final como si no, ese final es mejor que el que la sociedad ha previsto para ella, es una especie de rebelión suicida, un intento de exhibirse rodeada por un halo de gloria.

A veces hablo con mis amigas de ese día en que la bruja me encerró en su casa. ¿Qué hiciste?, me preguntan. ¿Cómo escapaste? ¿Qué les pasó a las niñas? No les cuento —no del todo — lo difícil que fue salir de allí, que estuve esperando hasta que el anochecer cayó sobre las colinas y las habitaciones oscuras. Y que sentí que tenía que reparar la fealdad y el desorden de aquella casa. Sentí que tenía que amarla, porque de pronto comprendí que su fracaso no venía de una intención perversa, sino del hecho de que nadie la quería. Ese fracaso me asustó, me intimidó más que la peor amenaza directa a mi seguridad; necesitaba protegerme de él y proteger a mis hijas, pero mientras estaba sola en aquella casa, comprendí que el verdadero logro, la verdadera seguridad, la verdadera autoridad podían estar más allá del instinto de salvaguardar lo que era mío.

Llamé a un taxi. Escribí una nota para disculparme y la dejé encima de la mesa. Avisé a la escuela de equitación y expliqué la situación. Después seguí esperando, a oscuras, hasta que los faros del taxi barrieron las ventanas al desviarse de la carretera para recogerme.

## XYZ

Todas las semanas hago un viaje de cuarenta y cinco minutos en coche por la costa para ver a Y. Voy por la mañana, cuando mis hijas están en el colegio. La salida de la ciudad al principio es rápida, luego se hace más lenta, cuando la carretera atraviesa los campos y se estrecha en un solo carril por el que el tráfico se arrastra continuamente, sin pausa ni tregua, como un ampuloso río de metal que surca las orillas desiertas y verdes.

Y vive en un callejón sin salida de las afueras de una ciudad que nunca veo, porque voy a su casa directamente y no tengo motivos para pasar de allí. Me ha indicado que no aparque en el callejón: tengo que dejar el coche al pie de la calle y subir andando. El asfalto negro serpentea entre las viviendas y los árboles; aparte del ruido del viento en el follaje, la calle siempre está en silencio y casi nunca me encuentro con nadie, aunque a veces veo formas borrosas detrás de las ventanas, al fondo del césped, y las ondas que el verde dosel de los árboles dibuja en los cristales, formas primordiales de sombra y de luz. En la entrada de la casa de Y hay un manzano. La primera vez que lo vi estaba en flor. Me impresionó aquella explosión blanca como la espuma tan salvaje y tan quieta al mismo tiempo, como una ola blanca congelada en el momento de romper. Detrás del manzano está la puerta del jardín. La casa tiene dos entradas, una principal y otra lateral, y es al timbre de esta puerta lateral al que llamo cuando llego, y en ella espero, atento al murmullo del viento en las ramas.

Conozco a Z en una fiesta, en Londres.

Hace demasiado calor en el salón, abarrotado de gente y con una alfombra mullida en la que todos parecemos atrapados. Los camareros circulan con bandejas de canapés. Hay cierta viscosidad en el ambiente, una densidad que lo ralentiza todo. Me fijo en las caras de los invitados, en cómo mueven la boca. Tengo la sensación de oírlo todo y nada. Aunque empieza a atardecer, el sol de la ciudad sigue calentando las ventanas. Me he pasado una hora dando vuelta por el parque de enfrente antes de decidirme a entrar. No tengo ganas de hablar. No tengo nada que decir.

Z es un hombre. ¿Qué soy yo para un hombre y qué es él para mí? No me he parado a pensarlo: no salgo muy a menudo. Me siento como el soldado que vuelve de la guerra, cargado de experiencias que me han silenciado. No puedo volver a la inocencia, a la inocencia del primer encuentro entre un hombre y una mujer. Está claro que Z también es un veterano, que también está ahogado en el silencio de la experiencia. Pero hemos librado guerras diferentes.

No lo conozco. Hablamos de ciudades: de Bangkok, Los Ángeles y Moscú. Somos extraños; la conversación es como un cohete, veloz y aerotransportada, que nos eleva sobre la superficie de las cosas. Es como si estuviéramos girando alrededor de la tierra, muy lejos, y observando sus hitos, sus centros populosos. Hay en la situación una libertad que puede convertirse en pánico en cualquier momento. Un camarero pasa y se detiene con una bandeja cada pocos minutos. Al cabo

de un rato, me familiarizo con esta rotación de ofrecimientos, puedo anticiparme a su secuencia y su naturaleza. Empiezo a conocer la bandeja con tallos de apio clavados en un montículo de mayonesa, la bandeja de pasteles con una pasta amarilla y pegajosa dentro, la bandeja de brillantes salchichas de cóctel: cuando pasan a mi lado, veo que en la mayonesa se ha formado una especie de costra, que los pasteles están tan condenados al rechazo que es imposible hacer nada más que rechazarlos. Me anclo poco a poco en esta familiaridad como se ancla un alga en un trocito de arena, pero cuando el camarero vuelve en el momento esperado con su bandeja de salchichas de cóctel, Z se impacienta y le indica con la mano que se vaya. Está harto de interrupciones. Una sensación de ansiedad se apodera de mí. El camarero se aleja. Me siento como despojada. Siento que nada volverá a cruzarse en mi camino, que estoy en la indigencia como una niña perdida en una bulliciosa ciudad extranjera, en Los Ángeles o en el centro de Bangkok. Cuando el camarero pasa a mi lado, alargo la mano para coger una salchicha de la bandeja y me la meto en la boca.

n

s

Me llama X. Nuestra conversación es como masticar un alambre de acero, como comer cristal molido. Nuestra conversación es como un pozo envenenado, pero bebo de él de todos modos.

,

e

Me siento en una butaca en la sala de Y. Es una butaca dura, antigua y femenina, pero me gusta todo lo demás que hay en la sala: parece sólido y limpio y como si no tuviera dueño. Y se sienta en una silla giratoria con una estructura de acero reluciente y un asiento bien almohadillado. Es alto, lo que antes se llamaba larguirucho. Tiene barba, gris. Lo veo como un conjunto de engranajes y ejes, como un gran instrumento matemático; las extremidades largas y rectas pivotan en sus articulaciones con facilidad y precisión mecánicas en la luz clara de la mañana que inunda la sala. Va vestido como un misionero cristiano o un cooperante, con una ropa tan sencilla que casi tiene un significado propio. Fuera de esta sala, su masculinidad no tiene ningún contexto para mí, por eso me parece de acero, como la silla en la que está sentado. Me da igual. Estoy rota, y el acero podría repararme.

Le digo: No me gusta que siempre me diga que pienso demasiado. Si me lo dice, me voy.

Se queda callado un buen rato. Por fin empieza a hablar y me describe a grandes rasgos los códigos de conducta en su consulta. Habla de escalas temporales, de visión de futuro, de la inflexibilidad de los cincuenta minutos que es tanto su debilidad como su fortaleza. Describe la importancia general de nuestra relación, del simbolismo de su esencia contractual, de sus dinámicas de transferencia, seducción y culpa. Empiezo a resistirme como un caballo cuando le ponen el arnés en la cabeza. Se refiere a sí mismo con bastante frecuencia mientras me dice todo esto, como si fuera un hito bien asentado en mi vida, y respondo con un escalofrío de vulnerabilidad por él. Es como un sacerdote que se ha olvidado de comprobar si su congregación cree en Dios antes de pronunciar su sermón. La religión de Y es el psicoanálisis, y yo no he venido a rendir culto: antes de eso necesito convertirme.

Le digo: No estoy segura de que esto funcione. No estoy segura de que esto sirva de nada.

Tengo celos de las creencias de Y. Parece que acaparan toda su atención. Quiero atacarlas, dañarlas. Quiero humillarlas no creyendo en ellas.

y Y parece ligeramente sorprendido, aunque su gesto es el de un actor. Ladea la cabeza.  
eEntonces, dígame por qué está aquí, contesta.

e Es extraño hablar de mi matrimonio en esta sala; su neutralidad es casi un castigo, hace que  
la historia parezca más atractiva y más sórdida al mismo tiempo, como esos metódicos tribunales  
aen los que un comité de expertos analiza crímenes de guerra, disecciona minuciosamente los actos  
individuales de brutalidad y destrucción sin sentido entre tazas de café idénticas. Es la secuela, es  
lo que ocurre cuando la realidad ya ha ocurrido. ¿Volveré a encontrar la realidad alguna vez, si  
esangre y su latido, a encontrar el camino para salir de esta consulta y marcharme por donde he  
venido? Y escucha, acariciándose los nudillos grandes. Y yo hablo sin parar, como si estuviera en  
el estrado. Hablo a la espera de un veredicto, no sé si favorable o desfavorable. Y por fin abre la  
boca.

a Tenemos que parar aquí, dice.

Z viene a verme. Salimos a dar un paseo por el campo. Esperaba que trajese algo —la verdad, no  
sé qué—, pero viene con las manos vacías. Está callado, nervioso, es más alto de lo que  
recordaba. Lo veo distinto cada vez que lo miro. Cambia de cara y de forma minuto a minuto. No  
lo conozco. Si hubiera traído algo, al menos conocería eso. Sin embargo, parece que no quiere  
manifestarse. Es misterioso.

a Charlamos mientras caminamos. Pierdo continuamente el hilo de la conversación, como si  
esperase encontrar una cuesta abajo y no la hubiera. Estoy acostumbrada a hablar con otras  
personas. Z anda deprisa. Tengo que apretar el paso para no quedarme atrás. Dice que la narrativa  
es la secuela de los acontecimientos violentos. Que es un modo de reconciliarse con el pasado.  
Dice que la violencia de *La Odisea* es una historia contada más adelante, en una cueva.

a Yo quiero vivir, digo. No quiero contar mi historia. Quiero vivir.

i La historia vieja tiene que concluir antes de que pueda empezar una nueva, dice Z.

y Estamos en la llanura de un valle recorrido por vientos cálidos que despeinan los prados de  
hierba alta y flores silvestres. Un río plateado se desliza por la llanura en curvas lentas, camino  
del mar. Es un rincón muy tranquilo, pero tengo un clamor en la cabeza. Estoy cargada de tensión  
como el cielo se carga de electricidad antes de una tormenta; presiento que se avecina una  
alteración grave. El mecanismo de la vida se ha atascado, el movimiento que teje los minutos, la  
ahoras y los días, que recoge los hilos separados y los entrecruza rápidamente para dar vida  
a la existencia, se ha atascado, bloqueado, roto. El clamor es como una orquesta enloquecida, un  
estruendo atronador de platillos y gongs. No puedo procesar lo que veo, oigo o siento: las  
impresiones, las sensaciones entran a raudales, pero después no pueden salir: crece  
continuamente en el valle silencioso, hasta que tengo la sensación de que voy a estallar.

e Z y yo volvemos en el coche a la ciudad sin decir nada.

n

e

Esa noche llamo a X. No sé por qué lo llamo. Solo tengo ganas de hablar, como un escalador que  
llama a casa mientras está atrapado en una ventisca en la cima de una montaña. Es rescate lo que  
espera, pero quizá está demasiado lejos y demasiado arriba para que lo rescaten. Quizá solo  
quiere despedirse. El desasosiego que lo impulsó a alejarse de casa, de las satisfacciones

..sencillas, de la vida a la orilla del mar, sigue siendo un misterio, aunque lo está devorando en ese rincón frío y solitario. Llama a lo que le queda, llama a casa.

e X contesta. Nuestra conversación es como tragar cuchillas, como comer sosa cáustica  
sNuestra conversación es como un pozo envenenado, pero bebo de él de todos modos.

s

s

uLe digo a Y: El matrimonio es un modo de manifestación. Absorbe el desorden y lo manifiesta como orden. Reúne cosas distintas y las convierte en una sola. Recibe caos, diversidad y confusión y los convierte en forma.

a Y se acaricia los nudillos.

El matrimonio es civilización, y ahora los bárbaros están retozando entre las ruinas, digo.

Pero encontramos ruinas exquisitas, señala Y.

Parece que me acusa de sentimentalismo. Parece que sospecha que tengo nostalgia.

La gente derroca gobiernos y luego quiere recuperarlos, digo. Desaloja al dictador y luego no sabe qué hacer. Se queja de que ahora todo es caos, de que ya no existen la ley y el orden.

e Y levanta las cejas al oír la palabra «dictador».

o Le hablo del paseo con Z. Si estuviera buscando un nuevo dictador, el puesto no sería para Z  
eLe cuento a Y que le enseñé mi casa, compré flores, le preparé una comida estupenda, como un país pequeño que se ofrece a su invasor. Le hablo del valle al que lo llevé, el sitio más bonito en muchos kilómetros a la redonda, atravesado por esa cinta de plata, del orgullo con que se le enseñé, como si fuera obra mía.

a Pero el mecanismo se había atascado, la urdimbre y la trama de la vida se habían enredado en la locura.

¿Es atención masculina lo que quiero, o autoridad masculina?

¿Hay alguna diferencia?, pregunta Y, acariciándose la barba con placer.

Z se interesó por mi visión, pero no quiso adueñarse de ella. Se echó atrás y se quedó callado: la casa y el valle siguieron siendo míos.

o

l,

aX habla. X es hablador. Es como un museo bien señalizado: resulta fácil orientarse, ver lo que quiere mostrar. Ahora hay cosas nuevas en sus salas, gente nueva, ideas nuevas, gustos nuevos a la vista de todos; los viejos se han almacenado en los archivos, supongo, están encerrados en la oscuridad, abandonados a merced de la podredumbre y las inundaciones.

s Pero a X no le gusta que visite el museo, ya no quiere hablar conmigo. Los vigilantes del museo me siguen de cerca; a lo mejor sospechan que voy a robar algo o a desfigurarlos. Insisto en preguntar por lo que ya no forma parte de la colección. X arruga el ceño, como si le costara recordar ese pasado al que me empeño en referirme. En cuanto puede, me acompaña a la salida. La enorme puerta institucional, tan bonita y elegante, tan sólida y tranquilizadora, se cierra en mis narices.

e

e

oZ viene a casa con una bolsa de herramientas. Arregla la ducha rota, las bicicletas oxidadas, la tubería que gotea en la pared de la cocina.

- e ¿Todo eso son facturas?, pregunta.  
No lo sé, digo. No quiero abrirlas. Quiero vivir.
- .. Z abre una y la lee. Levanta las cejas y sonrío ligeramente.  
Es una multa por exceso de velocidad, dice.

aHay una sensación inicial de desaceleración, de una pérdida de poder que da pánico, como si el depósito de combustible estuviera seco. Siento como si me hubiera estropeado en medio de la nada. Aquí todo es muy tranquilo y muy poco familiar. No sé dónde estoy. Oigo un murmullo, veo un destello de luz, una onda leve en la superficie del agua. El río de plata sigue su curso plácidamente; los juncos se agitan y se cimbrean, la pradera se diluye en la neblina del atardecer inminente. Se acerca la oscuridad, la noche, y estoy lejos de casa. A lo lejos, el mar está sereno y terso. Brilla y se vuelve cada vez más pálido a medida que el día lo abandona. El atardecer azul se intensifica; la oscuridad cae. A lo largo de la costa hay otros sitios, casas y ciudades que únicamente veo cuando llega la oscuridad. Luces remotas, amontonadas como ascuas en la negrura: ellas allí y yo aquí.

.. El árbol de la entrada de Y tiene manzanas. Su abundancia me sorprende tanto como me sorprendieron las flores blancas, pero las manzanas son redondas y duras, pesan mucho, están apañadas después del blanco torbellino del idilio nupcial. Y quiere saber de dónde viene mi crueldad y por qué estoy tan instalada en ella. La crueldad es un aspecto de la civilización, digo. La crueldad forma parte del poder; es como el ejército: lo sacas cuando lo necesitas. Pero toda su crueldad va dirigida contra usted misma, dice. Me río. Le molesta. ¿Por qué se ríe?, pregunta secamente. Contesto que no tengo mucho tiempo para la doctrina del amor propio. Lo veo como una ciénaga primigenia en la que no sopla el viento, y no quiero quedarme atrapada ahí. Eso que él llama crueldad, yo lo llamo la disciplina de la autocrítica. Una mujer que se quiere a sí misma está desprotegida. La invadirán y la encadenarán, la dejarán en la ciénaga primigenia, amando hasta que le reviente el corazón.

Y mira el reloj. Tenemos que terminar aquí, dice.

e  
aVoy al cine con Z y cuando salimos hago un comentario sobre la película y él no lo entiende. Le repito, después lo digo de otra manera, pero Z sigue sin entenderlo, no capta lo que quiero decir. De repente, tengo la sensación de que he perdido la facultad de comunicarme. La pérdida es tan tangible como si hubiera embarcado en un avión y estuviera camino de un país que no habla mi idioma ni yo el suyo.

a Z vive solo. Tiene un apartamento sencillo y de tamaño modesto. En mi casa nunca estoy quieta; me abalanzo del piso de arriba al de abajo y vuelvo a subir, voy de habitación a habitación, como una dinamo que gira sin parar, alimentada por un presentimiento de temo elemental. Intento dar vida a la casa. Me preocupa olvidarme de eso si me paro, mirarla y ver que se ha convertido en un montón de ruinas. A veces me parece que estoy viviendo en un espejismo en una proyección; que la casa ha desaparecido y las niñas no lo saben, no se dan cuenta de que estoy detrás de la cortina como el Mago de Oz, girando pomos y ajustando micrófono frenéticamente para que la ilusión no se esfume. En el apartamento de Z no sé moverme. No

puedo: no hay adónde ir. Veo cómo se desplaza la luz, cómo cambia en las habitaciones. Oigo los ruidos apagados de la calle. Tomo conciencia de mí misma, demasiado cerca, como un desconocido que se sienta a mi lado en un vagón lleno de asientos vacíos.

Z espera a que pase la nube del viaje al cine, espera a que el clamor se extinga. Cocina prepara un baño, me da un libro para leer. Es tan sensible a los acontecimientos como los juncos: la caricia del viento. Su apartamento es tranquilo. Allí nunca cambia nada: cuando voy, todo está exactamente en el mismo sitio que la vez anterior. Z me dice: A veces dices las cosas antes de llegar a entenderlas. Decirlas es para ti una manera de calcular, como hacer una suma en un trozo de papel. No puedes esperar que los demás te entiendan siempre. Pero quiero que sepas lo que quiero decir, digo. Yo también, dice. Quiero saber lo que quieres decir.

r Es de noche, demasiado tarde para huir de algo cuya naturaleza además no soy capaz de discernir. Es tan solo una forma en la oscuridad, la comprensión o su contrario, no lo sé.

l  
e

a Y dice que mi relación con él —con Y— es útil, porque nunca puede volverse sexual. Afirma que eso a mí me resulta liberador. Dice que por eso me siento segura con él.

e Hablo mucho de X con Y, pero cada vez soy más consciente de que me resisto a mencionar a Z. En la neutralidad de la consulta de Y, el pasado manchado de sangre se ha desplegado por completo, la guerra con X, sus causas y sus batallas decisivas, sus momentos de tragedia y de vergüenza, pero de Z se dice muy poco. Descubro que estoy protegiendo el silencio que envuelve a Z. La antigua guerra puede transformarse en palabras, pero un silencio vivo no se debe alterar. Podría estar creciendo algo dentro él, como semillas en una tierra recién labrada. Me siento como Y, semana tras semana, como Ulises en su cueva, a procesar el violento pasado en resmas de conversación. El presente es un presente hablador, pero del futuro ¿qué se puede decir?

a El manzano de la calle ha perdido las hojas. Ha empezado a llover, después de los largos y estridentes días del verano. El camino en coche hasta casa de Y es lento, y las ventanillas están empañadas. Los camiones salpican agua embarrada, el cielo está hundido, cargado de nubes griseas como el hierro. Cuando subo por el callejón, el viento se arremolina y azota los árboles y las casas. A veces no sé por qué vengo aquí, cuando venir es tan repetitivo, tan forzado. Tener que venir aquí me parece a veces mi principal problema. Me siento como un hombre solitario que va a un burdel: el dinero cambia de manos, pago a cambio de comprensión como otros pagan a cambio de amor. Y lo mismo que eso no es amor, esto no puede ser comprensión. Entonces, ¿qué es?

n Estoy segura de que Y dirá que mi rebeldía ante el psicoanálisis es previsible y significativa porque mi rebeldía puede estar provocada por eso contra lo que me rebelo. Hemos discutido de vez en cuando las formas de poner fin a una terapia, pero siempre tengo la sensación de que es muy parecido a morir, algo que se alarga y se prolonga, algo que no se elige, sino que viene impuesto por una ley superior de génesis y fin de ciclo a la que, al parecer, estamos sometidos.

r No digo estas cosas en voz alta: quizá involuntariamente, Y ha aludido en su maraña de conversación a la existencia del universo no verbal, y tengo la intención de vivir allí.

l  
e

s Amor, dice Z. ¿Quieres emplear esa palabra?

o Hazme algo, digo. Dame algo. Tráeme algo. No amor, o al menos, no solo amor.

s Z suspira, mueve la cabeza y me recuerda que pague mi multa por exceso de velocidad. Me narrimo a él. Siempre tiene la piel muy caliente. Cuando estoy muy cerca, parece como si me sentara al lado de un fuego. Pero cuando me alejo, Z no es más que una superficie reflectante, como el mar en algunos estados de ánimo. Observo a Z, observo cómo lo recorre la luz, observo la superficie rizada. Los relojes se atrasan una hora; los días son más oscuros, pero el mar sigue áreteniendo su luz. Me compro un abrigo, porque ahora es invierno.

e

o

e

e

e

a

r

e

e

:

n

e

y

n

s

s

e

a

o

;

Z

y

o

e

Z suspira, mueve la cabeza y me recuerda que pague mi multa por exceso de velocidad. Me arrimo a él. Siempre tiene la piel muy caliente. Cuando estoy muy cerca, parece como si me sentara al lado de un fuego. Pero cuando me alejo, Z no es más que una superficie reflectante, como el mar en algunos estados de ánimo. Observo a Z, observo cómo lo recorre la luz, observo la superficie rizada. Los relojes se atrasan una hora; los días son más oscuros, pero el mar sigue reteniendo su luz. Me compro un abrigo, porque ahora es invierno.

## Trenes

En la ciudad de la que ella venía, siempre daba la sensación de que había más gente en los cementerios que andando por las calles. Los cementerios eran más grandes que los parques en esa ciudad. Los trenes de alta velocidad cruzaban las llanuras de los alrededores a grandes zancadas de París a Amberes, de Zúrich a Bruselas, pero ella tampoco sintió nunca que en los trenes viajaran personas vivas. Pasaban por detrás de las hileras de lápidas, desdibujados por la velocidad, tan deprisa que casi tenían aspecto de estar quietos.

Hasta que un día ella subió a un tren, y entonces fue la ciudad la que pareció moverse. Se sentó con la maleta al lado y miró por la ventanilla del vagón cómo se alejaba todo: las casas grises y las calles oscurecidas por la lluvia, los patios de las fábricas de hormigón, el cementerio a los pies del mismo cielo bajo y arrugado; se alejaba de ella como un desconocido que pasa por la acera y sigue su camino, sin reconocimiento ni pesar.

Está asustada. Creía que en la casa nueva se sentiría libre y no es así. Se siente atada por unas cuerdas largas. Cuando hace el más leve movimiento, lo nota en toda la extensión de sus ataduras.

El hombre fue a recogerla a la estación. Bienvenida a Inglaterra, le dijo, y después su conversación se alejó de ella como una catarata que se precipita por un acantilado. Iba vestido con ropa juvenil: una cazadora de cuero y zapatillas de deporte rojas. Durante el trayecto en el coche, ella casi no entendió una palabra de lo que le decía. Estaba rígida, congelada a su lado. Era como si el coche estuviera lleno de ruido, un ruido enloquecedor de explosiones, golpetazos y alaridos, pero él no lo oía. Iba en el asiento, congelada, mirándolo de vez en cuando mientras él seguía hablando.

Por la ventanilla veía calles en pendiente, con casas blancas, todas abarrotadas de coches aparcados, y aves grandes que picoteaban la basura en las aceras. Al salir del coche, levantó la vista. El cielo estaba mucho más lejos que en casa y cubierto de nubes que se perseguían unas a otras. Siguió al hombre por las escaleras hasta la puerta de una casa y esperó mientras él buscaba las llaves en el bolsillo. La mujer estaba en el vestíbulo. Sonia no llegó a ver qué aspecto tenía porque se le acercó al instante, sobresaltándola, y le dio un beso en cada mejilla. Cogió el bolso de Sonia, el bolso de mano con una cadena de eslabones cuadrados y dorados, y lo dejó en la mesita del vestíbulo. Le hizo preguntas: té, ¿quería Sonia una taza de té? Sonia negó con la cabeza. Después dio media vuelta y subió por las escaleras, sin parar de hablar. Sonia la siguió. La mujer abrió la puerta de una habitación con una cama, un armario y un escritorio, y Sonia entró. Luego le dijo algo, cerró la puerta y se fue.

Sonia se quedó parada con el abrigo puesto. Necesitaba su bolso de mano, pero estaba abajo. Quería un cigarrillo. Se acercó a la ventana y miró la calle. Había un jardincito, flores, un árbol. Llamaron a la puerta y el hombre entró con la maleta de Sonia. La dejó al lado de la cama y se fue. Sonia se quedó con el abrigo puesto y esperó.

—¿Cómo es?—le preguntó Kurt por teléfono—. ¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo es la casa?

—Grande—dijo Sonia.

—¿Les has dado sus regalos?

Kurt la había ayudado a elegir los regalos. El único sitio donde comprar algo era la tienda en la que vendían periódicos, tabaco y comida que podía aguantar un año en la despensa sin pudrirse. Eligieron unos llaveros para las niñas, uno para cada una, y un tarro de encurtidos para los padres, que según Kurt era el regalo perfecto, al margen de su sabor, porque era la especialidad de la región.

a —Claro que sí —dijo Sonia

—¿Y las niñas? ¿Cómo son?

e La verdad es que no se había fijado mucho en las niñas. Ella misma se sentía como una niña. En la cena, no pudo comer ni decir palabra. Se sentaron alrededor de la mesa, el padre y la madre y las dos niñas y ella. Notó cierta rivalidad entre las niñas; las veía vagamente al otro lado de la mesa: dos seres que competían con ella por los recursos de la velada, casi por la conciencia en sí. A Sonia le estaba pasando algo, a ella, pero daba la sensación de que todos creían que a ello también les estaba pasando algo. La madre no paraba de mimar a la más pequeña y de sentarla en sus rodillas. Cuando terminaron de cenar, se levantó para llevarse los platos. Sonia dudó y luego se levantó también para llevar las cosas al fregadero. Pareció que a la madre le gustaba. Ahí gracias, dijo.

u —Son simpáticas —le dijo a Kurt. Le contó que había ayudado a retirar los platos.

o —Bien. Eso está bien. Recuerda que estás ahí para ayudar. Te acostumbrarás a estar ahí. Al principio es difícil. Todo te resultará extraño. Sentirás nostalgia.

o Sonia no dijo que lo que en realidad no soportaba era pensar en casa. El terror paralizante que sentía era lo contrario de la nostalgia. Nacía de la sensación de que quizá ya no quedase nada para ella, de que había salido al mundo y había conocido su extrañeza y su indiferencia, como si le dieran un puñetazo en la cara.

s —Todo te parecerá mejor mañana —añadió Kurt—. Volveré a llamarte por la noche, en un momento de descanso, a la misma hora.

a Ese verano, Kurt estaba trabajando en una fábrica de pollos. Trabajaba de noche, porque el sueldo era mejor. En su zona de la cadena de producción sacaban las entrañas a los pollos, las guardaban en una bolsita de plástico y volvían a meterlas dentro del pollo. Es como la educación, dijo Sonia. Estaba tumbada en la cama, con la oscuridad en la ventana y el metal del teléfono caliente en la oreja. No había aprobado el examen de inglés y no podía terminar el curso universitario sin él: fue Kurt quien propuso que pidiera una prórroga y se fuera a Inglaterra. Puedes vivir gratis, dijo. Vivirás con una familia, ayudarás en la casa y volverás hablando inglés. Ella no dijo: si consigo hablar inglés no volveré.

—Muy bien —dijo Sonia. No le preguntó a Kurt cómo estaba. Llevaba dos pastillas en el bolsillo y pensaba tomárselas un minuto después, para dormir—. Adiós.

..

La casa es grande. Hay habitaciones que nadie usa, llenas de cuadros y de muebles antiguos, como un museo. Sonia se asoma a mirar desde las puertas, pero no entra. Baja las escaleras y va:

derecha al jardín, a fumar.

Después sale de casa y da un paseo por la ciudad. La madre ha llevado a las niñas al colegio. Dice que Sonia las llevará más adelante, pero de momento se ocupará ella. Sonia entiende mejor a la mujer que al marido. Aunque la mujer habla de cosas que no existen. Hay algo que sale de ella más que palabras. Parece que no estuviera dentro de su piel. Se desborda, y Sonia ve los movimientos. Ve lo que intenta decir además de oírlo. La mujer habla del futuro y del pasado, pero lo que quiere en este momento no resulta tan evidente. Por eso, Sonia sale a dar una vuelta.

En el centro de la ciudad hay tantas tiendas que hacen una especie de ruido. Hay una sensación de emergencia, casi de pánico: las puertas de cristal están abiertas, la música suena a todo volumen, las aceras son un hormiguero de gente. Las tiendas son enormes por dentro, como cuevas, y Sonia se queda en la entrada, empujada por los transeúntes. Mira a los clientes que recorren los pasillos, que toquetean y desechan las cosas con la inconsciencia de los saqueadores. Hay largas colas en las cajas para pagar. Sonia no sabe si lo que está viendo es pobreza o lujo.

Se va a ver el mar. La playa es más tranquila. Hay gente paseando con sus perros. El agua está gris y agitada por el viento. Se sienta en los guijarros a fumar. Se le acerca un chico flaco que lleva pantalones negros y una camiseta negra con el dibujo de un lobo. El chico le pide un cigarrillo. Hablan un rato. A Sonia le sorprende que las palabras que pronuncia en inglés funcionan, que él la entienda. Se sienta en los guijarros, muy cerca, y la mira a la cara mientras ella habla. Parece interesado en Sonia: la sensación es incómoda, como una aguja que busca la vena. Es un chico pálido y de ojos verdes, con unas pestañas largas y negras. Ella le habla un poco de su familia, de su ciudad. Entonces, él dice que viene de Lituania, y Sonia quiere levantarse y marcharse inmediatamente. Creía que era inglés, pero ahora sabe que su interés es el de un chico perdido, el de alguien que está solo y ha visto que ella también está sola, como si lo llevara escrito en la frente.

De vuelta a casa pasa por una tiendecita escondida en una calle lateral, con el escaparate decorado con dibujos extraños: flores inquietantes con los perfiles negros, salsas que gotean sangre, dagas con serpientes enrolladas alrededor de las hojas. Es un salón de tatuaje. Se queda mucho rato mirando el escaparate. Luego vuelve a casa.

1

Sonia, le dice la mujer, te necesito de verdad. Sonia entiende esa parte de la frase: es la letra de una canción americana que ponen en los bares de su país. Lo que sigue es más difícil de entender. La mujer quiere que vaya a hacer la compra. Le hace una lista. Dibuja un mapa y señala el supermercado con una cruz grande. Le da dinero, billetes grandes sujetos con una cinta plateada.

Sonia pasa mucho tiempo en el supermercado. Es bonito: se siente a gusto. Observa la comida. Deambula por los pasillos y acaricia las cosas. En casa es ella quien hace la compra para su madre. El supermercado está muy lejos de donde vive su madre y tiene que volver en autobús con las bolsas. Lleva las bolsas a la cocina, donde su madre y el novio de su madre se sientan normalmente a fumar y a tomar café. No le dan las gracias; casi no la miran.

La mujer sí le da las gracias. Parece contenta. Lo has hecho muy bien. Muy bien. ¿Te has perdido? Se da un golpecito en el reloj, en la muñeca, y le enseña la hora a Sonia. Ha estado fuera tres horas. Estaba preocupada, dice la mujer. Me preocupaba que te hubieras perdido.

a

Sonia va a su habitación y se acuesta en la cama. Ha comprado un paquete de *brownies* en el supermercado y se los come mientras está tumbada. Son tantos que puede comérselos sin preocuparse por el final del placer, pero de repente se acaban, el paquete está vacío. Empieza a oscurecer. No enciende la luz. Está adormilada. Sigue tumbada, vestida, dejándose llevar. Se sobresalta al oír golpes en la puerta. Ha debido de quedarse dormida. La mujer la está llamando desde el otro lado. Sonia se levanta, con la cabeza espesa. ¿Sí?, dice a través de la puerta. Y le resulta muy extraño pronunciar esta palabra en inglés. La mujer le pregunta si puede bajar. Tiene necesidad, dice.

a

o

Las niñas no hablan con ella, y ella tampoco les dirige la palabra. Se sienta en una silla, en un rincón, mientras las niñas hacen sus cosas. Lee una revista. Le cuesta concentrarse en la lectura cuando las niñas se pelean. La revista está en inglés. Las palabras son para Sonia como motas de arena en los ojos.

La mujer no para de entrar y salir de la habitación. Parece que está buscando algo. Arruga la cara. Las niñas le echan los brazos cuando pasa, como si se estuvieran ahogando. Sonia, les dice a su madre. Sonia.

Por la noche, oye hablar al marido y la mujer. Su conversación no termina nunca. Le asombra que tengan tantas cosas que decirse. Y en inglés, además: sabe que para ellos no es difícil, pero a Sonia le cansa. Ha empezado a tomarse tres pastillas por la noche, en vez de dos. Se pasa el día agotada y la noche sumida en un remolino de caos, con todas las luces encendidas dentro de la cabeza, girando sin parar en la oscuridad astillada. Kurt le dice que a su cerebro le está costando procesar tanta información nueva. Que se le pasará. Le pregunta si ya piensa en inglés.

e

La mujer ya no está contenta con ella.

Sonia, le dice, tenemos que hablar.

Más tarde, quizá, contesta Sonia.

Es muy temprano y tiene la cabeza tan embotada por las pastillas que apenas ve el café soluble que está intentando echar en la taza.

Voy a llevar a las niñas al colegio, dice la mujer. Su voz suena como un cristal roto. Cuando vuelva quiero que hablemos.

Sonia se sienta a esperar en la mesa de la cocina, en pijama. Ha encontrado una taza enorme en uno de los armarios y se prepara el café en ella. Es grande como un cuenco. La llena hasta el borde; la leche caliente está dulce y espumosa, dentro flota un poco de café sin diluir. Tarda muchísimo en tomársela. A veces, cuando ha terminado, se prepara otra y vuelve a la mesa. La cocina es muy agradable y le gusta sentarse allí a tomar café. Puede pasarse así la mañana entera.

La mujer vuelve. Trae cara de pocos amigos. Tienes que vestirte por las mañanas, le dice. Tienes que levantarte y vestirte.

Estoy cansada, responde Sonia.

Quiero que estés aquí vestida y levantada a las ocho. Quiero que me ayudes.

Sonia no dice nada.

Tienes que hacerte amiga de las niñas. No depende de ellas. Depende de ti.

l Sonia no dice nada.

n Quiero que cocines. Quiero que prepares la cena. Quiero que laves la ropa. Quiero que a ordenes esto.

e Sonia la mira con la sensación de que tiene los ojos muy abiertos. No puede cerrarlos n apartar la mirada.

e Tendrás que hacer lo que te pido, insiste la mujer, o volver a tu casa.

e

El marido se va. La mujer dice que estará fuera una semana. Por la noche, Sonia la ve por el hueco de la puerta de la sala de estar. Está sentada, sola, fumando y mirando el vacío.

n Sonia se toma cuatro pastillas y se despierta por la mañana con golpes en la puerta de su dormitorio. Está demasiado lejos para responder. Oye graznar a las gaviotas fuera. Vuelve a hundirse en un sueño con los bordes negros. Los golpes se repiten al cabo de un rato.

Sí, contesta, con voz ronca.

a Levántate, le ordena la mujer a través de la puerta. Levántate ya.

e Sonia baja y ve a la mujer en la cocina, fregando el suelo. Hunde la fregona en el cubo y la estampa contra el suelo, siguiéndola por todos los rincones. La mujer es un retrato de ángulo aduros y ceño fruncido. Por primera vez desde que ha llegado, Sonia ve algo que reconoce: ira.

a ¿Qué te pasa?, pregunta la mujer. ¿Por qué no te levantas?

a Por las pastillas. Tomo unas pastillas, explica Sonia.

a ¿Qué pastillas?

o Me las recetó el médico. Me dejan cansada.

¿Para qué son? ¿Por qué te ha recetado el médico pastillas?

Estuve en el hospital, dice Sonia. Hace mucho tiempo.

¿Por qué estuviste en el hospital?

Sonia la mira con los ojos muy abiertos. De repente se siente blanda frente a esta ira tan dura. Siente alivio.

Me hice daño a mí misma.

é ¿Con qué intención?

Sonia se queda callada. Quiere sonreír, reírse, bailar, pero se siente tan maravillosamente blanda que solo puede rendirse. Asiente ligeramente.

¿Cuánto tiempo estuviste en el hospital?

e Un año. Cuando tenía dieciséis.

l Vale, dice la mujer, moviendo la cabeza. Vale.

a Un desconocido entró en su compartimento, en el tren. Sonia se iba a un internado porque su madre había dicho que ya no podía seguir en casa. En aquel colegio se dormía y se comía, y allí iba a ir. El desconocido empezó a hablar con Sonia mientras la oscuridad se derramaba en las ventanillas del tren veloz, rellenando las llanuras baldías como una niebla negra en la que a veces se dibujaban las siluetas espectrales de las fábricas oscuras y luego se esfumaban. A Sonia le recordaba a su padre, con las gafas de montura metálica y el pelo canoso. El desconocido cerró la puerta del compartimento, la agarró de la coleta larga y se la retorció. Luego le tiró de la coleta con tanta fuerza que creyó que iba a romperle el cuello.

Tenías que habérmelo dicho antes, dijo la mujer. Está cruzada de brazos, mirando el jardín por la ventana. ¿No crees que debía saberlo?

El desconocido fue a la cárcel. Su madre dijo que era tremendo arruinar la vida de un hombre. Dijo que Sonia seguramente le había provocado. Por eso, una noche, Sonia se cortó la muñecas, y también los brazos, para mayor seguridad. La ingresaron en un psiquiátrico. Fue allí donde conoció a Kurt.

Voy a tener que hablar con la agencia, dice la mujer. Lo siento, pero tienes que irte a casa.

No puedo ir a casa, contesta Sonia. No tengo adónde ir.

Lo siento, repite la mujer. Mira el reloj. ¡Madre mía!, llego tarde. Tengo que recoger a las niñas y llego tarde.

Salte corriendo, y Sonia oye cerrarse la puerta. Al cabo de un rato, sale a fumar un cigarrillo. El cielo está denso y gris como el hierro. Una ráfaga de viento golpea la puerta de la cocina. Mientras está fumando, una especie de oscuridad parece invadir el jardín: se levanta, crece y se inclina como un acantilado negro. Sonia apaga el cigarrillo. La lluvia cae de prisa y con fuerza. Está a solo unos pasos de la casa, pero cuando entra se ha empapado.

Un poco más tarde, oye abrirse la puerta principal, oye pasos y voces en el vestíbulo. Sale de su habitación. La mujer está en el vestíbulo con las niñas. Están chorreando y mojando el suelo. La madre solo lleva puesta una camiseta, tan mojada que se le ve la piel por debajo. La niña pequeña lleva puesto el abrigo de su madre; la mayor lleva su paraguas. La madre tiene el pelo empapado. Tiembla con tanta violencia que le castañetean los dientes. Intenta decir algo.

Yo, dice. Yo.

Luego, muy despacio, con el cuerpo sacudido por los temblores, empieza a subir la escaleras y va dejando un reguero de agua. Las niñas se quedan quietas, mirando a su madre desde abajo. La mujer entra en su dormitorio y cierra la puerta.

Sonia prepara los fideos con salsa de nata que le hacía su abuela cuando era pequeña. Si su abuela vivía en una casa grande, en el campo, y Sonia iba a pasar las vacaciones con ella. Quería mucho a su abuela. Pone montones de queso rallado encima de los fideos. Tiene miedo de que a las niñas no les gusten, pero se lo comen todo.

La madre no baja. Después de cenar, Sonia sube y llama a su puerta. No hay respuesta. Al cabo de un rato abre un poco la puerta. Ve a la mujer dormida en la cama. Tiene el pelo revuelto sobre la almohada, húmedo todavía. Sonia lleva a las niñas arriba y prepara el baño. Encuentra los pijamas en sus habitaciones. Cuando intentan entrar en la habitación de su madre, se lo impide. Mamá está durmiendo, dice. A medianoche vuelve a asomarse a la puerta de la mujer. Está exactamente igual que antes, dormida, solo que ha apartado las sábanas. Sigue llevando puesta la ropa mojada.

Sonia pone la alarma del teléfono para despertarse por la mañana. Está a punto de tomarse las pastillas, pero no se las toma. Antes de desayunar, cuando pasa a verla, la mujer tiene los ojos abiertos. Las córneas amarillentas. Intenta decir algo. Agua, pide. Sonia le lleva una jarra de agua y un vaso y los deja al lado de la cama. La mujer se apoya en un codo para beber. Le tiembla tanto la mano que derrama el agua. Vuelve a desplomarse en las almohadas. Intenta decir algo, pero no abre los ojos. Sonia baja con las niñas, que la están esperando. La pequeña le pide que le cepille el pelo. Sonia se lo cepilla y le hace una trenza alta. La niña va a mirarse en el espejo y vuelve con cara contenta.

n Las niñas le enseñan el camino del colegio. En la puerta, Sonia no sabe qué hacer. Les da un abrazo torpe y las niñas entran corriendo en el patio.

n  
s

íEl marido llama. Sonia le cuenta que su mujer está enferma. Madre mía, dice. Le pregunta si se la puede arreglar sola. Claro que sí, contesta Sonia. Genial, dice él. Tengo dificultades para volver. Me haces un gran favor.

La mujer sigue horas en la cama. A veces puede hablar, a veces no. Las niñas, murmura. De vez en cuando,

nia nota que la cama está empapada. La mujer tiene fiebre. Sonia le lleva agua. Kurt llama y Sonia le describe los síntomas. Neumonía, afirma con seguridad. Cuando vuelven del colegio, las niñas quieren ver a su madre. Sonia les dice que mamá está malita y necesita descansar. Hace pan de jengibre para las niñas, con una capa especial de queso cremoso. Las niñas quieren remover la masa y Sonia les deja. Al día siguiente, mientras las niñas están en el colegio, sale a dar una vuelta por la ciudad. Va al supermercado y escoge lo que le apetece. Entra en las tiendas y mira la ropa. Pasa por delante del salón de tatuaje. Se queda en la puerta, mirando los dibujos de escaparate. Luego, al cabo de un rato, abre la puerta y entra.

a Detrás del mostrador hay un hombre leyendo un periódico. Lleva unos aros grandes en las orejas. Sonia los mira para no fijarse en todo lo demás. Tiene la piel como una selva, como la yedra. Los tatuajes le llegan hasta la garganta. El tatuador le enseña dibujos en un libro. Una vez que lo haces ya no se puede cambiar de opinión, le dice. Lo sabes, ¿no? Sonia escoge una rosa solo una. ¿Dónde?, le pregunta el tatuador. Sonia se desnuda el hombro. Tiene cuidado de que no se le caigan las mangas. El tatuador habla mientras trabaja, pero Sonia no entiende lo que dice. Le hace mucho daño.

u  
a

aSonia compra un libro para las niñas, un libro infantil en su lengua materna. Les enseña algunas palabras. Les señala las cosas y dice su nombre en su propia lengua, y las niñas lo repiten. Cuando va a llevarle agua a la mujer, la encuentra sentada en la cama por primera vez. Está muy blanca. Tiene el pelo alborotado. Hay un olor extraño en la habitación.

a

¿Dónde están las niñas?, pregunta.

á Conmigo, dice Sonia. Están conmigo.

a Diles que suban. Quiero verlas.

Más tarde. Ahora estamos cocinando. Usted necesita descansar.

e El marido vuelve ese día. Sonia ha limpiado la casa. Se ha esmerado para que todo esté bonito. Está preparando un plato especial —champiñones con salsa de nata, cebollas fritas y patatas con queso fundido—, y las niñas la ayudan a cocinar. La pequeña se corta un dedo con el rallador de metal cuando está rallando el queso. Lloro. Dice que quiere ver a su madre. Los sollozos le sacuden todo el cuerpo. Sonia busca una tirita y se la pone en el dedo. Le da un trozo de pan de jengibre. La sienta en sus rodillas, como ha visto hacer a su madre, y le sorprende que la niña se lo permita.

n Lo has hecho muy bien, le dice el marido cuando llega. Echa un vistazo a la casa ordenada, a la cocina llena de buenos olores. Muy bien. No sé cómo nos las habríamos arreglado sin ti.

Abraza a las niñas. Sube a ver a su mujer, pero baja enseguida, diciendo que está dormida. Dice que está muerto de hambre. Se sientan los cuatro a la mesa a comer lo que Sonia ha preparado. Justo cuando están terminando, se oyen ruidos en el piso de arriba. Pasos. Pasos lentos. A veces se detienen y siguen adelante. Al cabo de un rato, la mujer aparece en la puerta. Lleva un camisón arrugado. Tiene el pelo revuelto y un color azulado en los labios. Está muy blanca y mucho más delgada. Se apoya en la puerta para sujetarse. Los mira a todos. Intenta sonreír.

a Hola, dice.

s  
e

a Sonia ya no habla con Kurt tanto como antes. Cuando entra una llamada y ve que es de Kurt decide no contestar. Está demasiado ocupada para hablar con él. Ha hecho algunas amistades, y salen a menudo por las noches. Van a bares y discotecas, van a bailar. Se ha comprado un top nuevo, sin espalda, para lucir el tatuaje. La gente lo elogia tanto que vuelve al salón de tatuaje y se hace otro, una zarza en flor que le cubre toda la espalda.

s Lleva a las niñas al colegio por las mañanas y las recoge por las tardes. Van por la calle acogidas de la mano. Se sientan en la cocina y hacen cosas: magdalenas de calabaza, *strudel*, las cosas que Sonia hacía con su abuela. Se había olvidado de esas cosas hasta ahora. Cuando llega la Navidad, hace un calendario de fieltro con las niñas, como los que tenía ella. Cose los bolsillos uno para cada día, y pone una chocolatina dentro. Las niñas la ayudan a colgarlo en la pared. Mira, le dicen a su padre. Mira lo que nos ha hecho Sonia. Qué bien, Sonia. Qué bien.

La mujer se queda en su dormitorio. A veces sale y se detiene en la puerta de la cocina. Parece que no sabe qué hacer. Mira a Sonia y a las niñas y se va. Ahora es el marido quien le da las órdenes a Sonia. Le hace la lista de la compra. La enseña a preparar algunos platos ingleses. Sonia ve que sus comidas son demasiado pesadas; aprende a cocinar cosas más refinadas. Un día él le pregunta qué está haciendo y Sonia dice que está preparando el marinado de hierbas para el pollo. Él se ríe. Aprendes deprisa, dice. Y añade que su inglés ha mejorado mucho. Le corrige los errores.

En Navidad le hacen un regalo a Sonia, un abrigo de lana blanca, ceñido y con botones hasta el cuello. Ella les ha preparado un bizcocho típico. Ha llamado a su abuela por teléfono para pedirle la receta. Cuando lo desenvuelve, todos aplauden y lanzan exclamaciones de alegría. Sonia nunca ha tenido nada como ese abrigo blanco. La miran mientras se lo prueba. La mujer dice: Es precioso, Sonia. Está sentada en un rincón, mordiéndose las uñas. Por la cara que pone Sonia sabe que es ella quien ha elegido el abrigo. Le da las gracias. Más tarde, lo guarda en una bolsa debajo de la cama, y lo empuja en la oscuridad todo lo posible.

l  
s

o El marido se ha mudado a otro dormitorio. Sonia ve sus cosas allí cuando entra a limpiar. La mujer pasa todo el tiempo en el dormitorio que antes compartían. Baja a las horas de comer, se sienta a la mesa y no habla. No prueba la comida que Sonia ha preparado.

a Estamos pasando un momento difícil, le explica el marido. Nos estás ayudando mucho. Le estás haciendo muy bien.

l. A veces los oye gritar. Se acuestan muy tarde. De día, oye a la mujer llorando en su dormitorio. De noche, cuando por fin se han ido a la cama, Sonia baja a la cocina a comer cereales. El cuerpo ha empezado a pedirle fécula. La familia solamente come proteínas, y Sonia se da cuenta de menos la reconfortante sensación de los cereales blandos en la boca. A veces se come un paquete entero, llenando el bol de leche hasta el borde. ¿Qué ha pasado con la leche?, pregunta la mujer por la mañana, enfadada.

Una noche se encuentra con la mujer en la cocina. Está sola, fumando y mirando por la ventana. Ah, hola, dice Sonia.

¿Puedo fumar yo también?, pregunta.

Adelante, contesta la mujer, moviendo la mano para indicar que no tiene inconveniente.

l. Se sientan a fumar en silencio. Al cabo de un rato, la mujer empieza a hacerle preguntas sobre su familia. Le pregunta por su padre, por su madre, dónde viven.

l. Mis padres se divorciaron. Viven muy lejos el uno del otro.

e ¿Cuántos años tenías?

Diez, creo.

e ¿Y con quién te quedaste? ¿Con tu madre o con tu padre?

s Yo quería vivir con mi padre, pero a su nueva mujer no le apetecía.

a ¿Qué pasaba con tu madre?

l. No quería tenerme con ella. No le caigo bien. Pasaba mucho tiempo con mi abuela. A mi madre tampoco le cae bien mi abuela. Se escapó de casa cuando tenía dieciséis años. Se escapó con mi padre.

l. La mujer arquea las cejas. Tiene un gesto herido. ¿Cuántos años tenía tu madre cuando naciste?

l. Ya estaba embarazada de mí cuando se escapó. Tenía dieciséis años.

a Entonces, ahora tiene la misma edad que yo.

l Es más joven que usted.

s Quiero decir, añade la mujer después de una pausa, quiero decir que siento que te haya pasado esas cosas. Lo siento mucho.

a Sonia la mira. La cabeza le da vueltas, como si tuviera dentro un líquido tibio. De repente, se siente blanda, blanda como la masa.

l. Alguien tiene que pedirte disculpas, dice la mujer. Por eso lo hago yo. Te digo que lo siento.

r Se levanta y, antes de salir de la cocina, vuelve y abraza a Sonia. Tiene el cuerpo huesudo y duro. Mucho después de que se haya marchado, Sonia sigue notando la huella que ha dejado en su carne blanda.

El marido le dice: Sonia, te necesito.

a Está empaquetando sus cosas. Le pide ayuda. Le explica lo que tiene que hacer. Sonia llena cajas y dobla la ropa pulcramente en las maletas. Alisa las camisas dobladas y pone en fila los calcetines enrollados.

Esa noche, Kurt llama.

- o Por fin he ahorrado dinero para el billete, anuncia. Voy a verte.  
Sonia se lo piensa.
- u Nos veremos en Londres, contesta. Quiero ver el palacio de Buckingham y el Big Ben.  
rQuiero ir a algunas discotecas.
- a Muy bien, asiente Kurt, con admiración. Ahora me cuesta un poco menos.
- n Sé de un sitio barato donde podemos alojarnos, dice Sonia.
- a Se alojan en un hostel de Leicester Square, apretujados en una cama individual. Sonia y Kurt nunca han hecho el amor. Él nunca se lo ha pedido. Se pasan toda la noche en una discoteca y el día siguiente durmiendo.  
Mi próximo trabajo será en Londres, dice Sonia. Londres es una gran ciudad.  
Kurt le pregunta por la familia con la que vive.  
Son geniales, contesta Sonia.
- s Y ¿las niñas?  
Las niñas son monísimas.  
Le enseña fotos que les ha hecho con el móvil.

Cuando vuelve a casa, el marido se ha ido. Su habitación está vacía. Está lloviendo, y Sonia se queda un rato mirando la lluvia por las ventanas de esa habitación vacía. Más tarde, el marido llama para pedirle que lleve a las niñas a su casa después del colegio. Sonia les prepara la cena en una cocina desconocida. Vuelve a dormir a la otra casa: no hay espacio suficiente para quedarse en casa de él. No ve a la mujer, pero la oye dar vueltas por la noche.

Al día siguiente lleva de nuevo a las niñas a casa del marido. A última hora de la tarde, la mujer llama al timbre. La niña mayor abre la puerta. Sonia y el marido están sentados a la mesa cenando. La pequeña está sentada en las rodillas de Sonia. Sonia le ha hecho una trenza.

La mujer entra y los observa. Mira a Sonia. Parece horrorizada. Se va a hablar con su marido a alguna parte. Luego vuelve y se lleva a las niñas con ella. Antes de irse, las niñas abrazan a Sonia. No se despegan de ella. Sed buenas, niñas, les dice. Id con mamá.

n Se queda sola con el hombre. Lava los platos y recoge la cocina. Él le dice que ya puede marcharse. No te necesito para nada más, añade.

e En casa, la mujer la está esperando en el vestíbulo.

Quiero que te vayas, dice. No puedes seguir aquí.

Sonia la mira, boquiabierta.

y Aquí ya no hay trabajo para ti. Lo siento.

u A Sonia le cuesta creer que la mujer tenga poder para tomar esa decisión. Seguro que también depende de su marido.

Allí tampoco hay trabajo para ti, dice la mujer. Tenemos que ocuparnos de esto solos.

Sonia decide averiguarlo por su cuenta. Tiene el número del marido en el móvil. Él la llama a todas horas para darle instrucciones. La necesita.

a Créeme, insiste la mujer. Créeme: esto no va a funcionar.

s Tiene un aspecto horrible. Está esquelética. Tiene un lado de la cara hinchado, y no aparta la mano de la mejilla.

Me han sacado una muela, explica. Todavía me duele esta zona.

¿Adónde voy a ir?, pregunta Sonia.

La mujer traga saliva, cierra los ojos, se aprieta la mejilla con la mano.

i. Te encontraré trabajo con otra familia. En Londres.

Por un momento, Sonia tiene la sensación de que un abismo se abre a su lado, y ve un inmenso paisaje urbano y gris donde deberían estar las paredes de la casa. Está asustada. Quiere irse corriendo a su habitación y encerrarse. Quiere meterse debajo de la cama y esconderse allí.

t No, dice Sonia. No quiero.

l No puede hablar. Se quedan mirándose bajo la luz eléctrica del vestíbulo. La mujer hace un mueca de angustia, desagradable. Está al pie de las escaleras, como cerrando el paso a Sonia. Le está echando.

Es un buen sitio, dice por fin, retirando la mano de la mejilla para posarla en el brazo de Sonia. Es la familia de mi hermana. La conociste una vez, ¿te acuerdas? Le he hablado de ti, le sabe todo. Está encantada de que vayas. Es lo menos que podemos hacer, añade, y vuelve a cerrar los ojos.

Londres es grande. Londres es una gran ciudad. En la casa nueva, Sonia tiene un apartamento independiente, en el piso de abajo. Se apunta a un gimnasio. Sale casi todas las noches. Aquí hay cuatro niños en vez de dos, pero tiene menos trabajo, porque a la madre le gusta hacer casi todo ella misma.

a En Navidad se acuerda de la otra familia. Algo le hace pensar en ellos. Ahora es invierno, y a las cuatro ya ha oscurecido. Sonia se pone el abrigo nuevo de piel sintética que se ha comprado en Oxford Street. Vuelve a casa por las calles del barrio residencial. Es un barrio de gente con dinero, de viviendas unifamiliares con setos y jardines impecables. Las luces de las casas están encendidas, y Sonia mira por las ventanas al pasar, mira a la gente en sus habitaciones iluminadas y cálidas. Y entonces se acuerda de cuando se marchó de la otra casa; de que la mujer llamó a un taxi para que la llevara a la estación, y se despidieron en la entrada. La mujer entró y cerró la puerta. Sonia cargó con su maleta sola hasta el taxi, pero antes de subirse se volvió a mirar la casa, con todas las ventanas oscuras, y vio la vaga silueta de la mujer sentada en la oscuridad sola.

Cuando llega a su apartamento, busca la receta de su abuela y prepara un enorme bizcocho de Navidad. Está ocupada desde el atardecer hasta media noche. Hace tanto calor en ese espacio tan pequeño que tiene que abrir las ventanas para que entre el aire gélido. Se quita la sudadera y cocina en camiseta, con los brazos al aire. Cuando el bizcocho está listo y se ha enfriado, coge un cuchillo largo y afilado, lo corta con cuidado en dos partes iguales y las envuelve primero en muselina, luego en papel de aluminio y luego en un papel con dibujos navideños, para enviarlo por correo a la mañana siguiente, una al hombre y otra a la mujer.

a

a

¿Adónde voy a ir?, pregunta Sonia.

La mujer traga saliva, cierra los ojos, se aprieta la mejilla con la mano.

Te encontraré trabajo con otra familia. En Londres.

Por un momento, Sonia tiene la sensación de que un abismo se abre a su lado, y ve un inmenso paisaje urbano y gris donde deberían estar las paredes de la casa. Está asustada. Quiere irse corriendo a su habitación y encerrarse. Quiere meterse debajo de la cama y esconderse allí.

No, dice Sonia. No quiero.

No puede hablar. Se quedan mirándose bajo la luz eléctrica del vestíbulo. La mujer hace una mueca de angustia, desagradable. Está al pie de las escaleras, como cerrando el paso a Sonia. La está echando.

Es un buen sitio, dice por fin, retirando la mano de la mejilla para posarla en el brazo de Sonia. Es la familia de mi hermana. La conociste una vez, ¿te acuerdas? Le he hablado de ti, lo sabe todo. Está encantada de que vayas. Es lo menos que podemos hacer, añade, y vuelve a cerrar los ojos.

Londres es grande. Londres es una gran ciudad. En la casa nueva, Sonia tiene un apartamento independiente, en el piso de abajo. Se apunta a un gimnasio. Sale casi todas las noches. Aquí hay cuatro niños en vez de dos, pero tiene menos trabajo, porque a la madre le gusta hacer casi todo ella misma.

En Navidad se acuerda de la otra familia. Algo le hace pensar en ellos. Ahora es invierno, y a las cuatro ya ha oscurecido. Sonia se pone el abrigo nuevo de piel sintética que se ha comprado en Oxford Street. Vuelve a casa por las calles del barrio residencial. Es un barrio de gente con dinero, de viviendas unifamiliares con setos y jardines impecables. Las luces de las casas están encendidas, y Sonia mira por las ventanas al pasar, mira a la gente en sus habitaciones iluminadas y cálidas. Y entonces se acuerda de cuando se marchó de la otra casa; de que la mujer llamó a un taxi para que la llevara a la estación, y se despidieron en la entrada. La mujer entró y cerró la puerta. Sonia cargó con su maleta sola hasta el taxi, pero antes de subirse se volvió a mirar la casa, con todas las ventanas oscuras, y vio la vaga silueta de la mujer sentada en la oscuridad, sola.

Cuando llega a su apartamento, busca la receta de su abuela y prepara un enorme bizcocho de Navidad. Está ocupada desde el atardecer hasta media noche. Hace tanto calor en ese espacio tan pequeño que tiene que abrir las ventanas para que entre el aire gélido. Se quita la sudadera y cocina en camiseta, con los brazos al aire. Cuando el bizcocho está listo y se ha enfriado, coge un cuchillo largo y afilado, lo corta con cuidado en dos partes iguales y las envuelve primero en muselina, luego en papel de aluminio y luego en un papel con dibujos navideños, para enviarlo por correo a la mañana siguiente, una al hombre y otra a la mujer.

## Agradecimientos

Algunas personas han hecho posible que pudiera escribir este libro, y me gustaría darles la gracias. A mi hermana Sarah, que ha sido mi pilar y mi amiga: a lo largo del último año, ha prestado casi continuamente a mi familia no solo su tiempo, sino también su don para la felicidad y la vida familiar. A Russell Celyn Jones, que ha vivido la creación de estos capítulos y ha tenido un papel decisivo en el proceso: a él le debo, entre otras muchas cosas, la idea de los rastros que es el tema fundamental de este libro. A Hannah Griffiths, que ha mostrado una fidelidad inquebrantable al principio feminista de la escritura autobiográfica, aunque duela. A Andrew Wylie y Sarah Chalfant, que siguieron tratándome como a una escritora hasta que pudiera volver a serlo. A David Rogers, Meg Jensen y Adam Baron, de la Universidad de Kingston, colegas generosos, además de buenos amigos. A mis padres, que me apoyaron sin descanso y, en un momento crucial, me ofrecieron el tiempo necesario para escribir. Y, sobre todo, gracias a mis estupendas hijas, Albertine y Jessye, por soportar tiempos difíciles con tanta fortaleza y dignidad. Es imposible estar con ellas y no animarse por su manera de derrotar a la tristeza. No soy capaz de expresar lo orgullosa que estoy de ellas. Espero que algún día lean este libro y, al menos, no sientan vergüenza.

## Agradecimientos

Algunas personas han hecho posible que pudiera escribir este libro, y me gustaría darles las gracias. A mi hermana Sarah, que ha sido mi pilar y mi amiga: a lo largo del último año, ha prestado casi continuamente a mi familia no solo su tiempo, sino también su don para la felicidad y la vida familiar. A Russell Celyn Jones, que ha vivido la creación de estos capítulos y ha tenido un papel decisivo en el proceso: a él le debo, entre otras muchas cosas, la idea de los rastros, que es el tema fundamental de este libro. A Hannah Griffiths, que ha mostrado una fidelidad inquebrantable al principio feminista de la escritura autobiográfica, aunque duela. A Andrew Wylie y Sarah Chalfant, que siguieron tratándome como a una escritora hasta que pudiera volver a serlo. A David Rogers, Meg Jensen y Adam Baron, de la Universidad de Kingston, colegas generosos, además de buenos amigos. A mis padres, que me apoyaron sin descanso y, en un momento crucial, me ofrecieron el tiempo necesario para escribir. Y, sobre todo, gracias a mis estupendas hijas, Albertine y Jessye, por soportar tiempos difíciles con tanta fortaleza y dignidad. Es imposible estar con ellas y no animarse por su manera de derrotar a la tristeza. No soy capaz de expresar lo orgullosa que estoy de ellas. Espero que algún día lean este libro y, al menos, no sientan vergüenza.

«Recolocaremos el mundo y seguiremos viviendo.»

SANDRA CISNEROS

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Despojos*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com), en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en [www.facebook.com/librosdelasteroide](http://www.facebook.com/librosdelasteroide), donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



«Recolocaremos el mundo y seguiremos viviendo.»

SANDRA CISNEROS

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Despojos*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com), en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en [www.facebook.com/librosdelasteroide](http://www.facebook.com/librosdelasteroide), donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



## Nota biográfica

Rachel Cusk nació en Canadá en 1967 y su infancia transcurrió en Los Ángeles hasta mudarse al Reino Unido en 1974. Estudió Filología Inglesa en Oxford y publicó su primera novela, *La salvación de Agnes* (1993), con veintiséis años; las novelas de Cusk han ganado y sido finalista de numerosos premios. Fue nombrada uno de los Mejores Novelistas Británicos por la revista *Granta* en 2003. Su versión de *Medea* de Eurípides fue dirigida por Rupert Goold y fue finalista del premio Susan Blackburn Smith. La feminidad y la sátira social fueron los temas centrales de sus primeras novelas. Como respuesta a los problemas formales de la novela para representar la experiencia femenina, empezó a escribir también no ficción. Surgieron así sus libros autobiográficos sobre la maternidad y el divorcio, *A Life's Work* (2001) y *Despojos* (2012), que fueron tan revolucionarios como controvertidos.

## Nota biográfica

Rachel Cusk nació en Canadá en 1967 y su infancia transcurrió en Los Ángeles hasta mudarse a Reino Unido en 1974. Estudió Filología Inglesa en Oxford y publicó su primera novela, *La salvación de Agnes* (1993), con veintiséis años; las novelas de Cusk han ganado y sido finalistas de numerosos premios. Fue nombrada uno de los Mejores Novelistas Británicos por la revista *Granta* en 2003. Su versión de *Medea* de Eurípides fue dirigida por Rupert Goold y fue finalista del premio Susan Blackburn Smith. La feminidad y la sátira social fueron los temas centrales de sus primeras novelas. Como respuesta a los problemas formales de la novela para representar la experiencia femenina, empezó a escribir también no ficción. Surgieron así sus libros autobiográficos sobre la maternidad y el divorcio, *A Life's Work* (2001) y *Despojos* (2012), que fueron tan revolucionarios como controvertidos.

## Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Despojos*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com) encontrará más información):

[A contraluz](#), Rachel Cusk

[Tránsito](#), Rachel Cusk

[Prestigio](#), Rachel Cusk

## Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Despojos*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en [www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com) encontrará más información):

[A contraluz](#), Rachel Cusk

[Tránsito](#), Rachel Cusk

[Prestigio](#), Rachel Cusk